JEAN – PAUL SARTRE El diablo y el buen Dios

EL DIABLO Y DIOS

Tres actos y once cuadros

Traducción de JORGE ZALAMEA

Título original

Le diable et le bon Dieu

- @ Librairie Gallimard, Paris, 1951
- © Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1952



ACTO PRIMERO

PRIMER CUADRO

A la izquierda, entre cielo y tierra, una sala del palacio arzobispal; a la derecha, la casa del obispo y las murallas. Por el momento, sólo la sala del palacio está iluminada. El resto de la escena, sumido en sombras.

EL ARZOBISPO (en la ventana). — ¿Vendrá? Señor, el pulgar de mis vasallos ha desgastado mi efigie sobre mis monedas de oro, y tu terrible pulgar ha desgastado mi trono; ya sólo soy una sombra de arzobispo. Si el finalizar de este día me trae la noticia de mi derrota, tan grande será mi usura que podrá verse a través de mi cuerpo. ¿Y qué harías, Señor, con un ministro transparente? (Entra un CRIADO.) ¿Llegó el coronel Linehart?

CRIADO. - No. Es el banquero Foucre. Solicita...

EL ARZOBISPO. — Más tarde. (Pausa). ¿Qué hace Linehart? Debiera estar aquí, con noticias frescas. (Pausa.) ¿Hablan de la batalla en las cocinas?

CRIADO. — No se habla de otra cosa, monseñor.

EL ARZOBISPO. — ¿Qué dicen?

CRIADO. — Que la pelea se ha iniciado admirablemente; que Conrad está atrapado entre el río y la montaña; que...

EL ARZOBISPO. — Lo sé, lo sé. Pero mientras se esté peleando se puede ser derrotado.

CRIADO. — Monseñor...

4

EL ARZOBISPO. — Vete. (Sale el CRIADO.) ¿Por qué lo permitiste, Dios mío? El enemigo ha invadido mis tierras y mi buena ciudad de Worms se ha levantado contra mí. Mientras luchaba contra Conrad, me ha apuñalado por la espalda. Ignoraba, Señor, que tuvieses tan altos designios para conmigo: ¿será menester que vaya a mendigar de puerta en puerta, ciego y

con un niño por lazarillo? Naturalmente, todo mi ser está a tu disposición si es que en verdad deseas que se haga tu voluntad. Pero te suplico consideres que no tengo ya veinte años y que jamas tuve la vocación del martirio. (Se oyen a lo lejos los gritos de "¡Victoria! ¡Victoria!". Los gritos se aproximan. EL ARZOBISPO tiende el oído y se lleva la mano al corazón.)

CRIADO (entrando.) — ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Hemos triunfado,

monseñor! Y aquí está el coronel Linehart.

CORONEL (entrando.) — ¡Victoria, monseñor! Victoria total y reglamentaria. Un modelo de batalla, una jornada histórica: seis mil enemigos degollados o ahogados, y el resto huye en derrota.

EL ARZOBISPO. — ¡Gracias, Dios mío! ¿Y Conrad?

CORONEL. — Muerto.

EL ARZOBISPO. — ¡Gracias, Dios mío! (Pausa.) Si está muerto, lo perdono. (A LINEHART.) Y a ti, te bendigo. Ve a esparcir la noticia.

CORONEL (rectificando la posición). — Poco después de levan-

tarse el sol, percibimos una nube de polvo...

EL ARZOBISPO (interrumpiéndolo). — ¡No, no! ¡Detalles no! ¡Detalles de ninguna manera! Una victoria relatada con detalles es imposible distinguirla de una derrota. Pero no cabe duda de que se trata de una victoria, ¿verdad?

CORONEL. — Una maravillosa victoria: la elegancia misma.

EL ARZOBISPO. — Vete. Quiero rezar. (EL CORONEL sale. EL ARZOBISPO comienza a bailar.) ¡Gané! ¡Gané! (Llevándose la mano al corazón.) ¡Ay! (Se arrodilla en su reclinatorio.) Oremos.

(Se ilumina, a la derecha, una parte de la escena: un camino de ronda en las murallas. HEINZ y SCHMIDT se inclinan entre las almenas.)

HEINZ. — No es posible, no es posible; Dios no lo permitiría. SCHMIDT. — Espera, van a repetirlas. ¡Mira! Uno - dos - tres...

Tres... y uno - dos - tres - cuatro - cinco...

NASTY (apareciendo en las murallas). — ¿Y bien, qué hay?

SCHMIDT. - ¡Nasty! Muy malas noticias.

NASTY. — Las noticias nunca son malas para quien Dios eligió. HEINZ. — Desde hace una hora miramos las señales luminosas. Minuto tras minuto, repiten las mismas. ¡Mira! Uno - dos - tres y cinco. (Le señala la montaña.) El arzobispo ha ganado la batalla.

NASTY. - Lo sé.

SCHMIDT. — La situación es desesperada: nos han atrapado en Worms sin aliados y sin víveres. Tú nos decías que Goetz se cansaría, que acabaría por levantar el sitio, que Conrad aplastaría al arzobispo; pues bien, ya ves: Conrad ha muerto y el ejército del arzobispo va a reunirse con el de Goetz al pie de nuestros muros. Y a nosotros sólo nos restará morir.

GERLACH (entra corriendo). — Conrad está derrotado. El burgomaestre y los regidores se han reunido a deliberar en el Ayuntamiento.

SCHMIDT. — ¡Pardiez! Buscan la manera de someterse.

NASTY. - ¿Tenéis fe, hermanos?

Todos. — Ší, Nasty, sí.

NASTY. — No temáis, entonces. La derrota de Conrad es un signo.

SCHMIDT. — ¿Un signo?

NASTY. — Un signo que me hace Dios. Anda, Gerlach, corre hasta el Ayuntamiento y trata de averiguar qué ha decidido el Consejo. (Las murallas desaparecen en la noche.)

EL ARZOBISPO (levantándose de su reclinatorio). — ¡Hola! (Entra el CRIADO.) Haz entrar al banquero. (Entra el BANQUERO.) Siéntate, banquero. Estás cubierto de barro; ¿de dónde vienes?

EL BANQUERO. — He viajado durante treinta y seis horas seguidas para impediros cometer una locura.

EL ARZOBISPO. — ¿Una locura?

EL BANQUERO. — Vais a torcerle el cuello a una gallina que todos los años pone para vos un huevo de oro.

EL ARZOBISPO. — ¿De qué estás hablando?

EL BANQUERO. — De vuestra ciudad de Worms. Me dicen que la sitiáis. Si vuestras tropas la saquean, os arruináis y me arruináis a mí. ¿Estáis, acaso, en edad de jugar a los soldados?

EL ARZOBISPO. — No fui yo quien provocó a Conrad.

EL BANQUERO. — Acaso no lo provocasteis. ¿Pero quién me dice que no lo provocasteis a que os provocase?

EL ARZOBISPO. — Era mi vasallo y me debía obediencia. Pero el diablo lo movió a incitar a los caballeros a la revuelta y a ponerse a su cabeza.

EL BANQUERO. — ¿Por qué no le disteis lo que quería antes de que se enojase?

EL ARZOBISPO. — Lo quería todo.

EL BANQUERO. — Bueno, pase lo de Conrad. Seguramente fue el agresor, ya que ha sido el vencido. Pero vuestra ciudad de Worms...

EL ARZOBISPO. — Worms, la joya de mis tierras; Worms, la ciudad de mis amores; Worms, la ingrata, se rebeló contra mí el mismo día en que Conrad cruzó la frontera.

EL BANQUERO. — Gran pecado fue. Pero las tres cuartas partes de vuestras rentas vienen de allí. ¿Quién pagará vuestros im-

puestos, quién me reembolsará mis anticipos si, como un senil Tiberio, comenzáis a asesinar a vuestros burgueses?

EL ARZOBISPO. — Injuriaron a los sacerdotes y los obligaron a encerrarse en los conventos; insultaron a mi obispo y le han prohibido salir del Obispado.

EL BANQUERO. — ¡Niñerías! Jamás habrían peleado si no los hubieseis forzado a hacerlo. La violencia está bien para quienes nada tienen que perder.

EL ARZOBISPO. - ¿Qué es lo que quieres?

EL BANQUERO. — Su perdón. Que paguen una buena multa y que no se hable más del asunto.

EL ARZOBISPO. — ; Ay!

EL BANQUERO. — ¿Por qué suspiráis?

EL ARZOBISPO. — Amo a Worms, banquero; de todo corazón la perdonaría incluso sin multa alguna...

EL BANQUERO. — ¿Entonces?

EL ARZOBISPO. — No soy quien la asedia.

EL BANQUERO. — ¿Quién, pues?

EL ARZOBISPO. — Goetz.

EL BANQUERO. — ¿Quién es Goetz? ¿El hermano de Conrad?

EL ARZOBISPO. — Sí, el mejor capitán de toda Alemania.

EL BANQUERO. — ¿Qué hace bajo los muros de vuestra ciudad? ;Acaso es vuestro enemigo?

EL ARZOBISPO. — A decir verdad, no sé muy bien lo que sea. Primero, fue el aliado de Conrad y mi adversario; luego, mi aliado y el enemigo de Conrad; y ahora... Lo menos que de él puede decirse, es que es de humor mudable.

EL BANQUERO. — ¿Por qué buscar aliados tan sospechosos?

EL ARZOBISPO. — ¿Podía vo escoger? Conrad y él invadieron mis tierras conjuntamente. Por suerte me enteré de que la discordia había surgido entre ellos y, en secreto, prometí a Goetz las tierras de su hermano si se unía a nosotros. Si no le hubiese separado de Conrad, hace tiempo que hubiera perdido vo la guerra.

EL BANQUERO. — Se pasó con sus tropas a vuestro lado. Y

luego?

EL ARZOBISPO. — Le confié la custodia de las fronteras. Pero debió aburrirse. Supongo que no le agrada la vida de guarnición, pues un día trajo su ejército hasta las puertas de Worms y comenzó el sitio sin que yo se lo pidiera.

EL BANQUERO. — Ordenadle... (EL ARZOBISPO sonrie triste-

mente, alzándose de hombros.) ¡No os obedece?

EL ARZOBISPO. — ¿De dónde has sacado tú que un general en campaña obedezca nunca a un jefe de Estado?

EL BANQUERO. — En suma: estáis en sus manos.

EL ARZOBISPO. — Sí.

(Se iluminan las murallas.)

GERLACH entrando). — El Consejo ha decidido enviar parlamentarios a Goetz.

HEINZ. - ¡Vaya! (Pausa.) ¡Cobardes!

GERLACH. — Nuestra única esperanza es que Goetz les proponga condiciones inaceptables. Si es tal como lo pintan, ni siguiera guerrá aceptar la rendición incondicional.

EL BANQUERO. — Acaso respete los bienes.

EL ARZOBISPO. — Me temo que ni siquiera respete las vidas humanas.

SCHMIDT (a GERLACH). - Pero ¿por qué? ¿Por qué?

EL ARZOBISPO. — Es un bastardo de la peor especie: por parte de madre. Sólo en hacer el mal se complace.

GERLACH. - ¡Es un cerdo, un bastardo: le gusta hacer daño! Si quiere saquear a Worms, será menester que los burgueses se batan hasta el último instante.

SCHMIDT. — Si se propone arrasar la ciudad, no cometerá la ingenuidad de decirlo. Pedirá que se le deje entrar, prometiendo que no tocará nada.

EL BANQUERO (indignado). — Worms me debe treinta mil ducados: es preciso detenerlo en seguida. Enviad vuestras tropas contra Goetz.

EL ARZOBISPO (abrumado.) — Temo que las derrote.

HEINZ (a NASTY). -- ¿Entonces, estamos totalmente perdidos? NASTY. — Dios está con nosotros, hermanos: no podemos perder. Esta noche saldré de Worms y trataré de atravesar las líneas para llegar a Waldorf. Ocho días bastarán para levantar en armas a diez mil campesinos.

SCHMIDT. — ¿Pero cómo podríamos resistir nosotros ocho días? Son capaces de abrirle las puertas esta misma noche.

NASTY. — Es preciso impedírselo.

HEINZ. — ¿Quieres apoderarte del poder.?

NASTY. — No. La situación es demasiado incierta.

HEINZ. - ; Entonces?

NASTY. - Será menester comprometer a los burgueses, haciéndoles temer por sus cabezas.

Todos. — ¿Cómo?

NASTY. — Organizando una matanza.

(La escena se ilumina bajo las murallas. Una mujer, fija la mirada en el vacío, se halla sentada contra la escalera que lleva al camino de ronda. Pasa un cura levendo su breviario.)

NASTY. — ¿Quién es ese cura? ¿Por qué no está encerrado con los otros?

HEINZ. — ; No lo reconoces?

NASTY. - ¡Ah! Es Heinrich. ¡Cómo ha cambiado! Pero no importa, ;han debido encerrarlo!

HEINZ. - Los pobres lo quieren porque vive con ellos. Y se temió disgustarlos.

NASTY. — Es el más peligroso de todos.

LA MUIER (viendo al cura). — ¡Cura! ¡Cura! (El cura se escapa. Ella grita.) ¿Adónde va tan de prisa?

HEINRICH (deteniéndose). - ¡Ya no tengo nada! ¡Nada! Lo he dado todo.

LA MUJER. — Ésa no es una razón para que huyas cuando se te

HEINRICH (regresando bacia ella con fatiga). — ¡Tienes hambre?

LA MUJER. — No.

HEINRICH. — ¿Que pides, entonces? LA MUJER. — Quiero que me expliques...

HEINRICH (vivamente). - Nada puedo explicar. LA MUJER. — Ni siquiera sabes de qué hablo.

HEINRICH. — Está bien. Habla. ¡Pronto! ¿Qué es lo que quieres que te explique?

LA MUJER. - ¿Por qué murió el niño?

HEINRICH. — ¿Qué niño?

LA MUJER (riendo un poco). - El mío. Vamos, cura, lo enterraste ayer: tenía tres años y murió de hambre.

HEINRICH. — Estoy fatigado, hermana, y ya no te reconozco. Os veo a todas el mismo rostro con los mismos ojos.

LA MUJER. — ¿Por qué murió?

HEINRICH. - No lo sé.

LA MUJER. — Y, sin embargo, eres cura.

HEINRICH. — Sí, lo soy.

LA MUJER. - ¿Quién, si no tú, me lo explicará? (Pausa.) Si ahora me dejase morir yo, ¿obraría mal?

HEINRICH (con fuerza). - ¡Sí, muy mal!

LA MUJER. — Eso pensaba. Y, no obstante, tengo muchas ganas. Ya ves que tienes que explicarme.

(Hay un silencio. HEINRICH se pasa la mano por la frente y hace un violento esfuerzo.)

HEINRICH. - Nada sucede sin la venia de Dios y Dios es la bondad misma. De manera que cuanto acontece, es lo mejor.

LA MUJER. — No comprendo.

HEINRICH. — Dios sabe muchas más cosas que tú; lo que a ti te parece un mal es un bien a sus ojos, porque él pesa todas las consecuencias.

LA MUJER. - ;Y tú puedes entender eso?

HEINRICH. — ¡No! ¡No! ¡No comprendo nada! ¡No puedo ni quiero comprender! ¡Es preciso creer! ¡Creer! ¡Creer!

LA MUJER (con una risita). — Dices que debes creer y no pa-

reces creer siquiera en lo que dices.

HEINRICH. — Lo que digo, hermana, lo he repetido tantas veces desde hace tres meses que ya no sé si lo digo por convicción o por hábito. Pero no te engañes, creo en ello. Creo con todas mis fuerzas y con todo mi corazón. Tú eres testigo, Dios mío, de que ni siquiera por un momento ha rozado la duda mi corazón. (Pausa.) Mujer, tu hijo está en el cielo y allí volverás a encontrarlo. (HEINRICH se arrodilla.)

LA MUJER. — Sin duda, cura. Pero el cielo es otra cosa. Y, además, estoy tan fatigada que ya no encontraré fuerzas para regocijarme. Ni siguiera allá arriba.

HEINRICH. — Perdóname, hermana.

LA MUJER. — ¿De qué habría de perdonarte, cura? Nada me has hecho.

HEINRICH. — Perdóname. Perdona en mí a todos los sacerdotes, tanto a los ricos como a los pobres.

LA MUJER (divertida). — Te perdono de todo corazón. ¿Estás contento ahora?

HEINRICH. — Sí. Y ahora, hermana, vamos a rezar juntos; pidamos a Dios que nos devuelva la esperanza.

(Durante las últimas réplices. NASTY baja lentamente la esca-

lera de las murallas.)

LA MUJER (viendo a NASTY se interrumpe alegremente). —
¡Nasty! ¡Nasty!

NASTY. - ¿Qué me quieres?

LA MUJER. — Panadero, mi hijo murió. Tú que lo sabes todo, debes saber por qué.

NASTY. — Sí, lo sé.

HEINRICH. — Nasty, te lo suplico, ¡cállate! ¡Desventurados los que escandalizan!

NASTY. — Murió porque los ricos burgueses de nuestra ciudad se han rebelado contra el arzobispo, su riquísimo señor. Cuando los ricos se hacen la guerra, son los pobres los que mueren.

LA MUJER. — ¿Y Dios les permitió hacer esa guerra?

NASTY. -- Dios se lo había prohibido.

LA MUJER. — Éste dice que nada sucede sin su permiso.

NASTY. — Nada, a excepción del mal que nace de la perversión de los hombres.

HEINRICH. — Mientes, panadero; mezclas lo verdadero a lo falso para engañar a las almas.

NASTY. — ¿Sostendrías tú, acaso, que Dios permite estos duelos

y sufrimientos inútiles? Yo digo que es inocente de todos ellos. (HEINRICH se calla.)

LA MUJER. - ¿Entonces, Dios no quería que mi hijo muriera?

NASTY. - Si lo hubiera querido, ¿lo habría hecho nacer?

LA MUJER (aliviada). — Prefiero esto. (Al cura.) ¿Ves cómo esto lo comprendo? ¿Entonces, el buen Dios se entristece cuando ve que yo sufro?

NASTY. — Se entristece hasta la muerte.

LA MUJER. — ¿Y nada puede hacer por mí?

NASTY. — Sí. Claro que sí. Te devolverá a tu hijo.

LA MUJER (decepcionada). — Sí, ya lo sé: en el cielo.

NASTY. - En el cielo no. Aquí en la tierra.

LA MUJER (atónita). — ¿En la tierra?

NASTY. — ¡Será preciso pasar primero por el ojo de una aguja y soportar siete años de desventura, y luego comenzará el reino de Dios sobre la tierra; nuestros muertos nos serán devueltos, todo el mundo amará a todo el mundo y nadie tendrá hambre ya!

LA MUJER. — ¿Por qué tendremos que esperar siete años?

NASTY. — Porque se necesitan siete años para librarnos de los malos.

LA MUJER. — Mucho habrá que trabajar para lograrlo.

NASTY. — Por eso necesita el Señor tu ayuda.

LA MUJER. — ¿El Señor Todopoderoso necesita mi ayuda?

NASTY. — Sí, hermana. Durante siete años reinará todavía el Maligno sobre la tierra; pero si cada uno de nosotros pelea valerosamente, nos salvaremos todos y Dios con nosotros. ¿Me crees?

LA MUJER (levantándose). — Sí, Nasty, te creo.

NASTY. — Tu hijo no está en el cielo, mujer, sino en tu vientre. Durante siete años lo llevarás contigo y al cabo de ese tiempo marchará a tu lado, pondrá su mano en la tuya y lo habrás parido por segunda vez.

LA MUJER. — Te creo, Nasty, te creo. (Sale.)

HEINRICH. — ¡La estás perdiendo!

NASTY. — Si tan seguro estás, ¿por qué no interrumpiste?

HEINRICH. — ¡Ay! Porque parecía menos desgraciada. (NASTY se encoge de hombros y sale.) Señor, no tuve valor para callarlo: he pecado. Pero creo, Dios mío, creo en tu omnipotencia, en tu Santa Iglesia, mi madre, cuerpo sagrado de Jesús, del que soy miembro; creo que todo sucede por decreto tuyo, aun la muerte de un niño, y que todo es bueno. ¡Lo creo porque es absurdo! ¡Absurdo! ¡Absurdo!

(Toda la escena se ha iluminado. En torno del palacio del obispo, los burgueses, congregados con sus esposas, esperan.)

LA MULTITUD. — ¿Hay noticias?...

— No las hay...

— ¿Qué hacen aquí?— Esperan...

- ¿Qué esperan?

— Nada...

— Nada..
— ¿Viste?

— À la derecha.

- Sí.

— ¡Qué horrendas jetas!

— Cuando se agita el agua, sube el pozo.

Ya no se puede andar por las calles.
Es preciso acabar esta guerra pronto. Si no,

veremos cosas todavía peores.

— Quisiera ver al obispo, quisiera ver al obispo.

No saldrá. Está muy furioso.

- ¿Quién? ¿Quién?

— El obispo.

— Desde que lo tienen encerrado ahí, se le ve a veces en su ventana: levanta la cortina y mira afuera.

- No tiene buena cara.

- ¿Y qué quieres que te diga el obispo?

Acaso tenga noticias.

(Murmullos.)

VOCES EN LA MULTITUD. — ¡Obispo! ¡Obispo! ¡Sal! ¡Muéstrate!

- ¡Aconséjanos!

- ¿Qué va a suceder?

(Un hombre se destaca de la muchedumbre, salta hasta la fachada del Obispado y se recuesta contra ella. HEINRICH se confunde con la niultitud.)

EL PROFETA. — ¡El mundo está podrido! ¡Podrido! Golpeemos nuestras carroñas.

¡Golpead, golpead: ahí está Dios!

(Gritos y comienzo de pánico.)

UN BURGUÉS. — Calma, calma. Es sólo un profeta.

LA MULTITUD. — ¿Otro todavía? ¡Basta ya! ¡Cállate! Surgen de todas partes. No valía la pena haber encerrado a nuestros curas.

EL PROFETA. — La tierra exhala hedores.

¡El sol se ha quejado al buen Dios! Señor, quiero apagarme. Estoy harto de esta podredumbre. Cuanto más la caliento, más hiede. Empuerca la punta de mis rayos. y sufrimientos inútiles? Yo digo que es inocente de todos ellos. (HEINRICH se calla.)

LA MUJER. — ¿Entonces, Dios no quería que mi hijo muriera?

NASTY. - Si lo hubiera querido, ¿lo habría hecho nacer?

LA MUJER (aliviada). — Prefiero esto. (Al cura.) ¿Ves cómo esto lo comprendo? ¿Entonces, el buen Dios se entristece cuando ve que yo sufro?

NASTY. — Se entristece hasta la muerte.

LA MUJER. — ¿Y nada puede hacer por mí?

NASTY. — Sí. Claro que sí. Te devolverá a tu hijo.

LA MUJER (decepcionada). — Sí, ya lo sé: en el cielo.

NASTY. - En el cielo no. Aquí en la tierra.

LA MUJER (atónita). - ¿En la tierra?

NASTY. — ¡Será preciso pasar primero por el ojo de una aguja y soportar siete años de desventura, y luego comenzará el reino de Dios sobre la tierra; nuestros muertos nos serán devueltos, todo el mundo amará a todo el mundo y nadie tendrá hambre ya!

LA MUJER. — ¿Por qué tendremos que esperar siete años?

NASTY. — Porque se necesitan siete años para librarnos de los malos.

LA MUJER. — Mucho habrá que trabajar para lograrlo.

NASTY. - Por eso necesita el Señor tu ayuda.

LA MUJER. — ¿El Señor Todopoderoso necesita mi ayuda?

NASTY. — Sí, hermana. Durante siete años reinará todavía el Maligno sobre la tierra; pero si cada uno de nosotros pelea valerosamente, nos salvaremos todos y Dios con nosotros. ¿Me crees?

LA MUJER (levantándose). — Sí, Nasty, te creo.

NASTY. — Tu hijo no está en el cielo, mujer, sino en tu vientre. Durante siete años lo llevarás contigo y al cabo de ese tiempo marchará a tu lado, pondrá su mano en la tuya y lo habrás parido por segunda vez.

LA MUJER. — Te creo, Nasty, te creo. (Sale.)

HEINRICH. - ¡La estás perdiendo!

NASTY. — Si tan seguro estás, ¿por qué no interrumpiste?

HEINRICH. — ¡Ay! Porque parecía menos desgraciada. (NASTY se encoge de hombros y sale.) Señor, no tuve valor para callarlo: he pecado. Pero creo, Dios mío, creo en tu omnipotencia, en tu Santa Iglesia, mi madre, cuerpo sagrado de Jesús, del que soy miembro; creo que todo sucede por decreto tuyo, aun la muerte de un niño, y que todo es bueno. ¡Lo creo porque es absurdo! ¡Absurdo! ¡Absurdo!

(Toda la escena se ha iluminado. En torno del palacio del obispo, los burgueses, congregados con sus esposas, esperan.)

LA MULTITUD. — ¿Hay noticias? . . .

- No las hay...
- ¿Qué hacen aquí?— Esperan...
- ¿Qué esperan?
- Nada...
 ¿Viste?
- À la derecha.
- Sí.
- ¡Qué horrendas jetas!
- Cuando se agita el agua, sube el pozo.
- Ya no se puede andar por las calles.

 Es preciso acabar esta guerra pronto. Si no, veremos cosas todavía peores.

- Quisiera ver al obispo, quisiera ver al obispo.
- No saldrá. Está muy furioso.
- ¿Quién? ¿Quién?
- El obispo.
- Desde que lo tienen encerrado ahí, se le ve a veces en su ventana: levanta la cortina y mira afuera.
 - No tiene buena cara.
 - ¿Y qué quieres que te diga el obispo?

Acaso tenga noticias.

(Murmullos.)

Voces en la multitud. — ¡Obispo! ¡Obispo! ¡Sal! ¡Muéstrate!

— ¡Aconséjanos!

- ¿Qué va a suceder?

(Un hombre se destaca de la muchedumbre, salta hasta la fachada del Obispado y se recuesta contra ella. HEINRICH se confunde con la niultitud.)

EL PROFETA. — ¡El mundo está podrido! ¡Podrido! Golpeemos nuestras carroñas.

¡Golpead, golpead: ahí está Dios!

(Gritos y comienzo de pánico.)

UN BURGUÉS. — Calma, calma. Es sólo un profeta.

LA MULTITUD. — ¿Otro todavía? ¡Basta ya! ¡Cállate! Surgen de todas partes. No valía la pena haber encerrado a nuestros curas.

EL PROFETA. - La tierra exhala hedores.

¡El sol se ha quejado al buen Dios! Señor, quiero apagarme. Estoy harto de esta podredumbre. Cuanto más la caliento, más hiede.

Empuerca la punta de mis rayos.

:Maldición, dice el sol! Mi bella cabellera de oro se remoja en la inmundicia.

UN BURGUÉS (golpeándolo). — ¡Cierra ya la jeta!

(EL PROFETA cae sentado en tierra. La ventana del Obispado se abre violentamente. EL OBISPO aparece en el balcón con vestiduras de gran aparato.)

LA MULTITUD. — ¡El obispo!

EL OBISPO. - ¿Dónde están los ejércitos de Conrad? ¿Dónde están los caballeros? ¿Dónde la legión de los ángeles que debía derrotar al enemigo? Estáis solos, sin amigos, sin esperanza, y malditos. Vamos, burgueses de Worms, responded: ¿si era grato al Señor que aprisionaseis a sus ministros, por qué os ha abandonado Dios? (Gemidos de la muchedumbre.) :Responded!

HEINRICH. - ¡No les quitéis el valor que les queda!

EL OBISPO. — ¿Quién habla?

HEINRICH. — Yo, Heinrich, cura de Saint-Gilhaud.

EL OBISPO. — Trágate la lengua, sacerdote apóstata. Te atreves a mirar de frente a tu obispo?

HEINRICH. — Monseñor, si os ofendieron, perdonadles su agravio como yo os perdono esos insultos.

EL OBISPO. — ¡Judas! ¡Judas Iscariote! ¡Ve a ahorcarte!

HEINRICH. - No soy Judas.

EL OBISPO. — ¿Qué haces, entonces, entre ellos? ¿Por qué los

apoyas? ¿Por qué no estás preso con nosotros? HEINRICH. — Me dejaron libre porque saben que los amo. Y si no he ido a reunirme con los demás sacerdotes, es porque se digan misas y se administren sacramentos en esta ciudad perdida. Sin mí, la Iglesia está ausente, entregada Worms sin defensa a la herejía y morirían las gentes como perros... Monseñor, ¡no les quitéis el valor!

EL OBISPO. — ¿Quién te alimentó a ti? ¿Quién te crió? ¿Quién te enseñó a leer? ¿Quién te dio ciencia? ¿Quién te hizo sa-

cerdote?

HEINRICH. — La Iglesia, mi Santísima Madre.

EL OBISPO. — Se lo debes todo. Eres de la Iglesia primero.

HEINRICH. — Soy de la Iglesia primero; pero también hermano de ellos.

EL OBISPO (fuertemente). — De la Iglesia primero.

HEINRICH. — Sí, de la Iglesia primero, pero...

EL OBISPO. — Voy a hablar a estos hombres. Si se obstinan en sus errores y quieren prolongar su rebelión, te ordeno que te unas a las gentes de Iglesia, tus verdaderos hermanos, y que te encierres con ellos en el convento de los Mínimos o en el Seminario. ¿Obedecerás a tu obispo?

UN HOMBRE DEL PUEBLO. — No nos abandones, Heinrich, eres el cura de los pobres; nos perteneces.

HEINRICH (abrumado, pero con voz firme). — Soy de la Iglesia

primero; os obedeceré, monseñor.

EL OBISPO. — Habitantes de Worms: mirad bien a vuestra blanca y populosa ciudad; miradla por última vez; ahora va a convertirse en la sede infecta del hambre y de la peste; y, para terminar, los ricos y los pobres se degollarán entre sí. Cuando los soldados de Goetz entren, sólo encontrarán escombros y carroñas. (Pausa.) Puedo salvaros, pero será preciso que sepáis enternecerme.

LAS VOCES. — ¡Sálvanos, monseñor! ¡Sálvanos!

EL OBISPO. — ¡De rodillas, orgullosos burgueses, y pedid perdón a Dios! (Los burgueses se arrodillan unos tras otros. Los hombres del pueblo permanecen de pie.) ¡Heinrich! ¿Vas a arrodillarte? (HEINRICH se arrodilla.) Señor Dios, perdónanos nuestras culpas y calma la cólera del arzobispo. ¡Repetid!

LA MULTITUD. — Señor Dios, perdónanos nuestras culpas y cal-

ma la cólera del arzobispo.

EL OBISPO. — Amén. ¡Levantaos! (Pausa.) Empezaréis por poner en libertad a los sacerdotes y monjes; abriréis luego las puertas de la ciudad; de rodillas en el atrio de la catedral, esperaréis en el arrepentimiento. Nosotros, entre tanto, iremos a Goetz en procesión a implorarle vuestro perdón.

UN BURGUÉS. — ¿Y si no quisiese oíros?

EL OBISPO. — Por encima de Goetz está el arzobispo. Es nues-

tro padre, y su justicia será paternal.

(Un momento antes, NASTY ha aparecido en el camino de ronda. Escucha en silencio y durante la última réplica desciende en silencio dos escalones.)

NASTY. — Goetz no pertenece al arzobispo. Pertenece al diablo. Prestó juramento a Conrad, su propio hermano, y lo traiciona sin embargo. ¿Si os promete hoy la salvación, seréis bastante necios para creer su palabra?

EL OBISPO. — Tú, quienquiera que seas, te ordeno...

NASTY. — ¿Quién eres tú para mandarme? Y vosotros, ¿qué necesidad tenéis de oírle? No tenéis que recibir órdenes de nadie, como no sea de los jefes que elegisteis.

EL OBISPO. - Y a ti quién te eligió, mamarracho?

NASTY. — Los pobres. (A los demás.) Los soldados están con nosotros; he colocado guardias en las puertas de la ciudad; si alguien habla de abrirlas, pagará con la vida.

EL OBISPO. — ¡Valor, desgraciado, llévalos a su pérdida! Sólo les quedaba una oportunidad de salvarse y tú acabas de quitársela. NASTY. — Si no hubiera ya esperanza, yo sería el primero en

aconsejaros que os rindieseis. ¿Pero quién pretende que Dios nos abandona? ¿Han querido hacernos dudar de los ángeles? Hermanos míos: ahí están los ángeles. No, no levantéis los ojos: el cielo está vacío. Los ángeles están trabajando sobre la tierra, y se ensañan sobre el campo enemigo.

UN BURGUÉS. — ¿Cuáles ángeles?

NASTY. — El ángel del cólera y el ángel de la peste, el ángel del hambre y el de la discordia. Sosteneos: la ciudad es inexpugnable y Dios nos ayuda. Levantarán el sitio.

EL OBISPO. — Habitantes de Worms: quienes escuchen a ese heresiarca irán al infierno; doy testimonio de ello con mi por-

ción de paraíso.

NASTY. — Tu porción de paraíso hace mucho tiempo que la

arrojó Dios a los perros.

EL OBISPO. — ¡En tanto que la tuya, seguramente, la guarda calentita esperando que vayas a buscarla! ¿Y en este momento se regocija oyéndote insultar a su sacerdote?

NASTY. - ¿Quién te hizo sacerdote?

EL OBISPO. — La Santa Iglesia.

NASTY. — Tu Iglesia es una cortesana que vende sus favores a los ricos. ¿Tú me confesarías? ¿Tú perdonarías mis pecados? ¡Pero si a Dios le rechinan los dientes cuando ve tu alma sarnosa! Hermanos: no necesitamos sacerdotes. Todos los hombres pueden bautizar, todos los hombres pueden absolver, todos los hombres pueden predicar. En verdad os digo: todos los hombres son profetas, o Dios no existe.

EL OBISPO. — ¡Uy! ¡Uy! ¡Anatema!

(Le arroja su escarcela al rostro.)

NASTY (señalando la puerta del palacio.) — Esta puerta está carcomida; con un empellón se la echaría abajo. (Silencio.) ¡Cuán pacientes sois, hermanos! (Pausa. A los hombres del pueblo.) Todos están en el pastel: el obispo, el Consejo, los ricos; quieren entregar la ciudad porque os tienen miedo. ¿Y quién pagará por todos si la entregan? ¡Vosotros! ¡Siempre vosotros! Vamos, levantaos, hermanos: para ganar el cielo es preciso matar.

(Los hombres del pueblo gruñen.)

UN BURGUÉS (a su esposa). — Ven. Retirémonos.

OTRO (a su hijo). — ¡Pronto! Vamos a cerrar los postigos de la

tienda y a atrincherarnos en casa.

EL OBISPO. — Dios mío: eres testigo de que he hecho cuanto he podido para salvar a este pueblo. Moriré sin remordimientos, en tu gloria, pues ahora sé que tu cólera se abatirá sobre Worms y la reducirá a polvo.

NASTY. — Ese viejo os devora vivos. ¿Por qué tiene tan potente

la voz? Por todo lo que traga. Asomaos a sus graneros: encontraréis en ellos bastante pan para alimentar a un regimiento durante seis meses.

EL OBISPO (con voz fuerte). — ¡Mientes! Mis graneros están vacíos, y tú lo sabes.

NASTY. — Andad a verlo, hermanos. Andad a verlo. ¿O vais a creerlo de palabra?

(Los burgueses se retiran apresuradamente. Quedan solo los hombres del pueblo con NASTY.)

HEINRICH (aproximándose a NASTY). — ¡Nasty!

NASTY. — ¿Qué quieres tú?

HEINRICH. — Tú sabes que sus graneros están vacíos. Tú sabes que apenas come... que da su ración a los pobres.

NASTY. — ¿Estás con nosotros o contra nosotros?

HEINRICH. — Estoy con vosotros cuando sufrís; contra vosotros cuando queréis verter la sangre de la Iglesia.

NASTY. — Estás con nosotros cuando nos asesinan, y contra nosotros cuando osamos defendernos.

HEINRICH. — Soy de la Iglesia, Nasty.

NASTY. — : Echad abajo la puerta!

(Los hombres atacan la puerta. El OBISPO, de pie, reza en silencio.)

HEINRICH (arrojándose frente a la puerta). — Tendréis que matarme...

UN HOMBRE DEL PUEBLO. — ¿Matarte? ¿Para qué? (Lo golpean y lo arrojan por tierra.)

HEINRICH. — ¡Me habéis golpeado! ¡Os amaba más que a mi alma y me habéis golpeado! (Se levanta y se abalanza hacia NASTY.) ¡Al obispo, no, Nasty, al obispo no! ¡A mí, si quieres, pero no al obispo!

NASTY. — ¿Por qué no? ¡Es uno de los que explotan al pueblo! HEINRICH. — ¡Tú sabes que no! Lo sabes. ¿Si quieres libertar a tus hermanos de la opresión y la mentira, por qué comienzas por mentirles?

NASTY. - Yo nunca miento.

HEINRICH. — ¡Mientes! No hay grano en sus graneros.

NASTY. — ¡Qué me importa! Hay oro y joyas en sus iglesias.

Todos los que han muerto de hambre al pie de sus Cristos de mármol y de sus Vírgenes de marfil, digo yo que murieron por su culpa.

HEINRICH. — No es lo mismo. Acaso no digas mentiras, pero no dices la verdad.

NASTY. — No digo la tuya; digo la nuestra. Y si Dios ama a los pobres, será nuestra verdad la que haga suya en el día del Juicio.

HEINRICH. — Pues bien, déjale a él juzgar al obispo. Pero no

viertas la sangre de la Iglesia.

NASTY. — Sólo conozco una Iglesia: la sociedad de los hombres. HEINRICH. — De todos los hombres, entonces; de todos los cristianos unidos por el amor. Pero tú inauguras tu sociedad con una matanza.

NASTY. — Es demasiado pronto para amar. Vertiendo sangre com-

praremos el derecho a hacerlo.

HÉINRICH. — Dios ha prohibido la violencia. Abomina de ella. NASTY. — ¿Y el infierno? ¿Crees que no se hace violencia a los condenados?

HEINRICH. — Dios ha dicho: el que desenvainare la espada...
NASTY. — Por la espada perecerá... Pues bien, sí, pereceremos por la espada. Todos. Pero nuestros hijos verán Su Reino so-

bre la Tierra. ¡Anda, vete! No vales más que los otros.

HEINRICH. — ¡Nasty! ¡Nasty! ¿Por qué no me amáis? ¿Qué os he hecho?

NASTY. — ¿Que qué no has hecho? Que eres cura, y un cura sigue siendo cura haga lo que haga.

HEINRICH. — Soy uno de vosotros. Pobre e hijo de pobre.

NASTY. — Eso sólo prueba que eres un traidor, y nada más.

HEINRICH (gritando). — ¡Han hundido la puerta! (La puerta, en efecto, ha cedido y los hombres se precipitan dentro del palacio. HEINRICH cae de rodillas.) Dios mío: si todavía amas a los hombres, si no los tienes en horror a todos, impide este crimen.

EL OBISPO. — ¡No necesito tus oraciones, Heinrich! A todos vosotros, que no sabéis lo que hacéis, os perdono. Pero a ti, sacerdote apóstata, ¡te maldigo!

HEINRICH. — ; Ay!

(Cae postrado.)

EL OBISPO. — ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! (Los hombres lo hieren. Cae sobre el balcón.)

NASTY (a SCHMIDT). — ¡Y ahora, que traten de entregar la ciudad!

UN HOMBRE DEL PUEBLO (apareciendo en la puerta). — No había grano en el granero.

NASTY. — Lo habrán escondido en el convento de los Mínimos. EL HOMBRE (gritando). — ¡Al convento de los Mínimos! ¡Al convento!

(Salen unos hombres corriendo.)

HOMBRES DEL PUEBLO. — ¡Al convento! ¡Al convento!

NASTY (a SCHMIDT). — Esta noche trataré de franquear las líneas. (Salen. HEINRICH se levanta y mira en torno de sí. Está solo

con el Profeta. Ve al Obispo que, con los ojos muy abiertos, lo mira.)

HEINRICH (va a entrar en el palacio. EL OBISPO tiende el brazo para rechazarlo). - No entraré. Baja tu brazo, bájalo. Si no estás muerto del todo, perdona. Un rencor es cosa pesada, cosa terrestre. Déjalo sobre la tierra; muere aligerado de peso. (EL OBISPO trata de hablar.) ¿Que? (EL OBISPO ríe.) ¿Un traidor? Sí, desde luego. ¿Sabes que también ellos me llaman traidor? Pero dime, entonces: ¿cómo puedo arreglármelas para traicionar a todo el mundo a la vez? (EL OBISPO sigue riéndose.) ¿Por qué ríes? ¡Vamos! (Pausa.) Me golpearon. Y, sin embargo, los amaba. ¡Cómo los amaba, Dios mío! (Pausa.) Los amaba, pero les mentía. Les mentía con mi silencio. ¡Me callaba! ¡Me callaba! Cosida la boca, apretados los dientes. Ellos reventaban como moscas y yo me callaba. Cuando querían pan, yo llegaba con el crucifijo. ¿Crees que eso se come, el crucifijo? ¡Ah!, baja ya el brazo; somos cómplices. Yo quise vivir su pobreza, sufrir su hambre y su frío. Lo que no impidió que continuaran muriendo, ¿verdad? ¿Ves? Era una manera de traicionarlos, haciéndoles creer que la Iglesia era pobre. Ahora, la rabia se ha apoderado de ellos y han matado. Se pierden. Jamás conocerán otra cosa que el infierno: primero, en esta vida; mañana, en la otra. (EL OBISPO pronuncia algunas palabras ininteligibles.) ¿Pero qué quieres que haya yo? ¿Cómo podría detenerles? (Va al fondo y mira a la calle.) La plaza hierve de gente: golpean con los bancos la puerta del convento. Es sólida; resistirá hasta mañana. Yo nada puedo hacer. ¡Nada! ¡Nada! Vamos, cierra ya la boca: muere dignamente. (EL OBISPO deja caer una llave.) ¿Qué llave es ésa? ¿Qué puerta abre? ¿Una puerta de tu palacio? ¡No? ¡De la catedral? ¡Sí? ¡De la sacristía? ¡No?... ¿De la cripta?... ¿Es la puerta de la cripta? ¿La que siempre está cerrada? ¿Y bien?

EL OBISPO. — Subterráneo.

HEINRICH. — ¿Que lleva adónde?... ¡No lo digas!... ¡Ojalá mueras antes de decirlo!

EL OBISPO. — Afuera.

HEINRICH. — No la recogeré. (Silencio.) ¿Un subterráneo parte de la cripta y lleva fuera de la ciudad? ¿Quieres que vaya a buscar a Goetz y que lo haga entrar en Worms por el subterráneo? No cuentes conmigo.

EL OBISPO. — Doscientos sacerdotes. Su vida está en tus manos. (Pausa.)

HEINRICH. — Pardiez! ¿Por eso te reías? Es una buena farsa. Gracias, buen Obispo, gracias. Los pobres degollarán a los sacerdotes o Goetz degollará a los pobres. Doscientos sacerdotes o veinte mil hombres: bonita elección me dejas. Sin duda, veinte mil hombres son mucho más que doscientos; la cuestión está en saber cuántos hombres vale un sacerdote. Y me toca a mí decidir; después de todo, soy de la Iglesia. No, no recogeré la llave: los curas se irán derecho al cielo. (EL OBISPO se desploma.) A menos que mueran como tú, con la ira en el pecho. Y bien: ya acabaste. Buenas noches. Perdónalo, Señor, como yo le perdono. No la recogeré. ¡No! ¡No! ¡No! (Recoge la llave.)

EL PROFETA (que se ha levantado). — Señor, que se cumpla tu voluntad.

¡El mundo está podrido! ¡Podrido!

Hágase tu voluntad!

HEINRICH. — Señor, maldijiste a Caín y a los hijos de Caín: hágase tu voluntad. Permitiste que los hombres tuviesen roído el corazón, podridas sus intenciones y que sus acciones se descompongan y hiedan: hágase tu voluntad. Señor, has querido que la traición fuese mi lote sobre la tierra: ¡hágase tu voluntad! ¡Hágase tu voluntad!

EL PROFETA. — ¡Golpeemos nuestras carroñas! Golpead, golpead; ahí está Dios.

TELÓN

SEGUNDO CUADRO

En los alrededores del campamento de Goetz. Es de noche. Al fondo, la ciudad. Entra un oficial y mira hacia Worms. Inmediatamente después entra otro oficial.

ESCENA I

Los oficiales. HERMANN

OFICIAL 29 - ¿Qué haces?

OFICIAL 19 — Miro la ciudad: por si acaso un buen día levantara el vuelo...

OFICIAL 29 — No, no volará. No tendremos esa suerte. (Volviéndose bruscamente.) ¿Qué es eso?

(Pasan dos hombres llevando en una parihuela un bulto cubierto con un paño. El OFICIAL 1º se acerca, levanta el paño y lo deja caer de nuevo.) OFICIAL 1º — ¡Al río! ¡Y de prisa! OFICIAL 2º — ¿Está...? OFICIAL 1º — Negro.

(Pausa. Los dos enfermeros se ponen en marcha. El enfermo gime.)

OFICIAL 20 - Esperad!

(Se detienen.)

OFICIAL 10 - Qué pasa? OFICIAL 20 - Está vivo.

OFICIAL 1º — No quiero saberlo, : Al río!

OFICIAL 29 (a los enfermeros). — ¿De qué regimiento?

ENFERMERO. — Cruz azul.

OFICIAL 20 - ¿Eh? Es el mío. ¡Media vuelta!

OFICIAL 1º — ¿Estás loco? ¡Al río! OFICIAL 2º — No dejaré que ahoguen a mis hombres como si se tratase de una camada de gatos.

(Se miran. Los enfermeros se hacen guiños regocijados y, es-

perando, dejan la paribuela en el suelo.)

OFICIAL 1º - Si lo dejamos, vivo o muerto contagiará el cólera al ejército entero.

OFICIAL 30 — Y si no es el cólera, será el pánico. ¡Vamos, echadlo al río!

ENFERMERO. — ¡Se queja!

(Pausa. El Oficial 2º se vuelve malhumorado hacia los enfermeros, saca rabiosamente su daga y la hunde en el cuerpo.)

OFICIAL 29 — Ya no se quejará más. ¡Vamos! (Salen los dos hombres.) Tres. Tres desde ayer.

HERMANN (entrando). - Cuatro. Hay otro que acaba de caer en mitad del campamento.

OFICIAL 29 — ¿Lo vieron los hombres?

HERMANN. — ¿No me oíste? ¡En mitad del campamento!

OFICIAL 30 — Si mandase vo, esta noche se levantaba el sitio. HERMANN. — De acuerdo, pero da la casualidad de que no eres

tú quien manda.

OFICIAL 19 — Es preciso hablarle!

HERMANN. — ¿Quién va a hablarle? (Silencio. Mirándolos.) Haréis todo lo que él quiera.

OFICIAL 29 - Entonces, estamos perdidos. Si el cólera nos perdona, nos degollarán nuestras tropas.

HERMANN. — A menos que sea él quien reviente.

OFICIAL 1º — ¿Él? ¿Del cólera? . HERMANN. — Del cólera o de otra cosa. (Silencio.) Me han dicho que el arzobispo no vería con malos ojos su muerte. (Silencio.)

OFICIAL 20 - Yo no podría.

OFICIAL 10 - Tampoco vo; me asquea de tal manera, que me horrorizaría hacerle daño.

HERMANN. - Nadie te pide nada. Como no sea que te calles y dejes obrar a los que están menos asqueados que tú. (Silencio. Entran GOETZ V CATALINA.)

ESCENA II

Los mismos, GOETZ V CATALINA

GOETZ (entrando). - ¿No tenéis nada que decirme? ¿Ni siquiera que los soldados carecen de pan? ¡Ni siquiera que el cólera va a diezmar las tropas? ¿Ni siquiera que levante el sitio para impedir una catástrofe? (Pausa.) ¿Tanto miedo os causo?

CATALINA. — ¡Cómo te miran, joya mía! Estas gentes no te quieren nada y no me sorprendería que cualquier día te encontraran por ahí, tendido de espaldas y con un gran cuchillo en la panza.

GOETZ. — Y tú, ;me amas?

CATALINA. — ¡Maldito si te quiero!

GOETZ. - ¿Ves? Y, sin embargo, no me has matado.

CATALINA. — No por falta de ganas.

GOETZ. — Lo sé: ¡bonitos sueños tienes! Pero estov tranquilo: en el momento de mi muerte, veinte mil hombres te acariciarán. Y veinte mil hombres es un poco excesivo, incluso

CATALINA. — Más valen veinte mil hombres que uno solo que

causa horror.

GOETZ. — Eso es lo que en ti quiero: el horror que te causo. (A los oficiales.) ¿Cuándo queréis, pues, que levante el sitio? ¿El jueves? ¿El martes? ¿El domingo? Pues bien, amigos míos: no será el jueves ni el martes cuando tomaré la ciudad, sino esta noche.

OFICIAL 2º — ¿Esta noche?

GOETZ. — Ahora mismo. (Mirando a la ciudad.) ¿Veis allá lejos una lucecita azul? Todas las noches la miro y todas las noches, en este mismo minuto, se apaga. ¡Mirad! ¿Qué os decía? Acabo de verla apagarse por la ciento una y última vez... Buenas noches: es preciso matar lo que se ama. He ahí otras... otras luces que se apagan. ¡Diablo! Hay gentes que se acuestan temprano porque quieren levantarse temprano mañana. Y no habrá mañana. Hermosa noche, ¿eh? No muy clara, pero hormigueante de estrellas. Dentro de un momento saldrá la luna. Precisamente la clase de noche en que nada

sucede. Lo han previsto todo, lo han aceptado todo, incluso la matanza; pero no para esta noche. El cielo es tan puro que inspira confianza; esta noche les pertenece. (Bruscamente.) ¡Qué poderío! Dios: esta ciudad es mía y te la doy. Dentro de pocos instantes la haré llamear en tu gloria. (A los oficiales.) Un sacerdote se escapó de Worms y pretende hacernos entrar a la ciudad. El capitán Ulrich lo está interrogando.

OFICIAL 30 - Hum!

GOETZ. — ¿Qué? OFICIAL 3º — Desconfío de los traidores.

GOETZ. — Yo, en cambio, los adoro.

(Entran un oficial y un soldado que empuja al sacerdote.)

ESCENA III

Los mismos, HEINRICH y el CAPITÁN

HEINRICH (cayendo a los pies de GOETZ). — ¡Tortúrame! ¡Arránçame las uñas! ¡Desuéllame vivo!

(GOETZ se echa a reir.)

GOETZ (cavendo a los pies del sacerdote). - ¡Destripame! ¡Enródame! ¡Descuartizame! (Se levanta.) Bueno, ya rompimos el hielo. (Al CAPITÁN.) ¿Quién es?

EL CAPITÁN. - Heinrich, el cura de Worms que debía entregarnos la ciudad.

GOETZ. - ¿Y bien?

EL CAPITÁN. - Ya no quiere hablar.

GOETZ (acercándose a HEINRICH). - ;Por qué?

EL CAPITÁN. - Dice simplemente que ha cambiado de pa-

OFICIAL 39 - ¿Que ha cambiado de parecer? ¡Voto a Dios! ¡Rompedle los dientes! ¡Quebradle el espinazo!

GOETZ. — ¡Qué energúmeno! (A HEINRICH.) ¿Por qué querías entregarnos la ciudad?

HEINRICH. — Para salvar a los sacerdotes que el populacho quiere asesinar.

GOETZ. — ¿Y por qué cambiaste de idea? HEINRICH. — He visto los hocicos de tus reitres.

GOETZ. - ¿Y qué más?

HEINRICH. - Sus jetas hablan.

GOETZ. - ¿Qué dicen?

HEINRICH. — Que queriendo impedir unos asesinatos, produciría una hecatombe.

GOETZ. — Y, sin embargo, no es la primera vez que ves reitres. Y sabías ya que no tienen buena cara.

HEINRICH. — Éstos son peores que los otros.

GOETZ. — ¡Bah! ¡Bah! Todos los soldados se parecen. ¿Qué

esperabas encontrar aquí? ¿Ángeles?

HEINRICH. — Hombres. Y quería pedir a esos hombres que perdonasen a otros hombres. Habrían entrado en la ciudad con sólo que me jurasen dejar con vida a todos sus habitantes.

GOETZ. — Entonces, ¿creías en mi palabra?

HEINRICH. — ¿En tu palabra? (Lo mira.) ¿Tú eres Goetz?

GOETZ. — Sí.

HEINRICH. — Yo... pensaba poder fiarme de ella.

GOETZ (sorprendido). — ¿En mi palabra? (Pausa.) Te la doy. (HEINRICH calla.) Si nos haces entrar en la ciudad, te juro dejar con vida a sus habitantes.

HEINRICH. — ¿Y querrías que yo te creyese?

GOETZ. — ¿No tenías esa intención?

HEINRICH. — Sí, antes de haberte visto.

GOETZ (echándose a reír). — Sí, ya lo sé: quienes me ven, rara vez fían en mi palabra. Debo tener un aire demasiado inteligente como para cumplirla. Pero escúchame: tómame la palabra. ¡Sólo por ver! Aunque sea sólo por ver... Después de todo, soy cristiano... ¿Qué dirías si te jurase sobre la Biblia? Ten confianza, imbécil. ¿No es el papel de vosotros, los sacerdotes, tentar a los malos con el Bien?

HEINRICH. — ¿Tentarte a ti con el Bien? ¡Te haría demasiado

feliz!

GOETZ. — Me conoces. (Lo mira sonriendo.) ¡Idos todos! (Salen los Oficiales y CATALINA.)

ESCENA IV

GOETZ y HEINRICH

GOETZ (con una especie de ternura). — Estás sudando. ¡Cómo sufres!

HEINRICH. — ¡No bastante! Son los otros quienes sufren, no yo. Dios ha permitido que me obseda el sufrimiento ajeno, sin sentirlo yo jamás. ¿Por qué me miras?

GOETZ (siempre con ternura). — También yo he tenido esa cara de moneda falsa. Es a ti a quien miro y es de mí de quien tengo lástima: somos de la misma especie.

HEINRICH. — ¡Falso! Tú entregaste a tu hermano. Yo no entregaré a los míos.

GOETZ. — Los entregarás esta noche.

HEINRICH. — Ni esta noche, ni nunca. (Pausa.)

GOETZ (con tono despreocupado). — ¿Qué harán los pobres con los sacerdotes? ¿Los guindarán de los garfios de los carniceros?

HEINRICH (con un grito). — ¡Cállate! (Se domina.) Son los horrores de la guerra. Sólo soy un humilde cura, impotente para impedirlos.

GOETZ. ___ ¡Hipócrita! Esta noche tienes poder de vida y muerte sobre veinte mil hombres.

HEINRICH. — No quiero ese poder que viene del diablo.

GOETZ. — No lo quieres, però lo tienes. (HEINRICH buye corriendo.) ¡Hola! ¿Qué haces? Si huyes, quiere decir que ya decidiste. (HEINRICH regresa, lo mira y se echa a reír.)

HEINRICH. — Tienes razón. Con huir o con matarme, nada arreglo. Serían maneras de callarme. Soy el elegido de Dios.

GOETZ. — Di mejor que estás atrapado como una rata.

HEINRICH. — Es lo mismo; un elegido es un hombre al que el dedo de Dios arrincona contra un muro. (Pausa.) ¿Por qué yo, Señor?

GOETZ (dulcemente). — He aquí el momento de la agonía. Qui-

siera abreviártela. Déjame que te ayude.

HEINRICH. — ¿Ayudarme tú, cuando Dios se calla? (Pausa.) Vamos: he mentido. No soy su elegido. ¿Por qué iba a serlo? ¿Qué me obligaba a salir de la ciudad? ¿Quién me dio mandato para venir en tu busca? La verdad es que me elegí a mí mismo. Cuando venía a pedirte merced para mis hermanos, estaba seguro ya de no obtenerla. No fue la maldad de vuestros rostros lo que me hizo cambiar de opinión, sino su realidad. Soñaba con hacer el Mal y cuando te vi comprendí que iba a hacerlo de verdad. ¿Sabes que odio a los pobres?

GOETZ. — Sí, lo sé.

HEINRICH. — ¿Por qué se van cuando les tiendo los brazos?
¿Por qué sufren siempre tanto más de lo que podría yo sufrir nunca? ¿Por qué has permitido, Señor, que haya pobres?
¿O por qué no me hiciste monje? En un convento, sólo sería tuyo. Pero, ¿cómo ser sólo tuyo mientras haya hombres que mueren de hambre? (A GOETZ.) Venía a entregártelos a todos,

a fin de poder olvidar que alguna vez vivieron.

GOETZ. — ¿Y entonces?

HEINRICH. — Entonces, cambié de parecer: no entrarás en la ciudad.

GOETZ. — ¿Y si fuese la voluntad de Dios que nos hicieses entrar? Escucha: si te callas, los sacerdotes mueren esta noche. Eso es seguro. Pero, ¿y los pobres? ¿Crees que van a sobrevivir? Yo no levantaré el sitio; dentro de un mes, todo el mundo habrá reventado de hambre en Worms. No se trata

para ti de disponer de su muerte o de su vida, sino de escoger para ellos entre dos géneros de muerte. ¡Escoge la más rápida, cretino! ¿Sabes lo que irán ganando? Si mueren esta noche, antes de matar a los sacerdotes, conservarán las manos puras. Y todo el mundo se encontrará de nuevo en el cielo. En el caso contrario, a cambio de las pocas semanas que les dejas, los mandarás, todos sucios de sangre, al infierno. Vamos, cura: es el demonio el que te aconseja prolongar su vida terrenal para darles tiempo a que se condenen. (Pausa.) Dime cómo se entra en la ciudad.

HEINRICH. — Tú no existes.

GOETZ. - ¿Eh?

HEINRICH. — No existes. Tus palabras mueren antes de entrar en mis oídos, tu rostro no es de los que se encuentran en pleno día. Sé todo lo que vas a decir, preveo todos tus gestos. Eres mi criatura y te dicto tus pensamientos. Sueño, todo está muerto y el aire tiene sabor de sueño.

GOETZ. — En ese caso, también yo sueño pues tan minuciosamente te preveo que ya me fastidias. Queda por saber cuál

de los dos habita el sueño del otro.

HEINRICH. — ¡No he salido de la ciudad! ¡No he salido! Representamos ante telas pintadas. Vamos, buen parlachín, hazme la cemedia. ¿Sabes tu papel? El mío es decir no. ¡No! ¡No! ¡No! Y tú, ¿no dices nada? Todo esto no es más que una tentación harto vulgar y no muy verosímil. ¿Qué haría yo en el campamento de Goetz? (Muestra la ciudad.) ¡Si pudiesen apagarse esas luces! ¿Qué hace allí, si yo estoy dentro? (Pausa.) Hay tentación, pero no sé donde está. (A GOETZ.) Lo que sé perfectamente, es que voy a ver al diablo; cuando se prepara para hacerme sus muecas, comienza el espectáculo con fantasmagorías.

GOETZ. — ¿Lo has visto ya?

HEINRICH. — Más a menudo que tú a tu propia madre.

GOETZ. — ¿Me parezco yo a él?

HEINRICH. — ¿Tú, pobre hombre? Tú eres el bufón.

GOETZ. - ¿Qué bufón?

HEINRICH. — Siempre hay un bufón. Su papel es contrariarme. (Pausa.) He ganado.

GOETZ. — ¿Qué?

HEINRICH. — He ganado. Acaba de apagarse la última luz: desapareció el simulacro diabólico de Worms. Vamos. A tu vez, vas a desaparecer, y se concluirá esta ridícula tentación. La noche, la noche por doquiera. ¡Qué reposo!

GOETZ. — Continúa, cura, continúa. Recuerdo todo lo que vas a decir. Hace un año...; Oh sí, hermano, lo recuerdo! ¡Como querrías que te entrase toda esta noche en la cabeza! ¡Cómo lo quise yo!

HEINRICH (murmura). - ¿Dónde voy a despertarme?

GOETZ (riendo de repente). — Estás despierto, bribón, y lo sabes. Todo es verdad. Mírame, tócame, soy de carne y hueso. Mira, la luna se levanta y tu ciudad diabólica sale de la sombra. Mírala: ¿es una imagen? ¡Vamos! Es roca pura, auténticas murallas; una ciudad de verdad, con habitantes de verdad. Y tú, tú eres un traidor de verdad.

HEINRICH. — Se es traidor cuando se traiciona. Y hagas lo que

hagas, yo no traicionaré.

GOETZ. — Se traiciona cuando se es traidor: tú traicionarás. Vamos, cura, ya eres un traidor: dos partidos se enfrentan y tú pretendes pertenecer a los dos a la vez. Luego juegas doble, luego piensas en dos lenguas: al sufrimiento de los pobres lo llamas prueba en latín de iglesia e iniquidad en alemán. ¿Qué más puede sucederte si me haces entrar en la ciudad? Simplemente, te convertirás en el traidor que ya eras. Un traidor que traiciona es un traidor que se acepta.

HEINRICH. — ¿Cómo sabes si no soy yo quien te dicta esas

palabras?

GOETZ. — Porque yo soy un traidor. (Pausa.) Yo ya hice el camino que te falta por recorrer. Y, sin embargo, mírame: ¿no tengo un rostro floreciente?

HEINRICH. — Estás floreciente porque has seguido tu naturaleza. Cosa sábida es que todos los bastardos traicionan. Pero

yo no soy bastardo.

GOETZ (vacila en golpearle, pero se contiene). — Generalmente, a los que me llaman bastardo no les doy la oportunidad de repetirlo.

HEINRICH. - ¡Bastardo!

GOETZ. — Cura, cura, sé serio. No me obligues a cortarte las orejas. Y eso nada arreglaría, pues te dejaría la lengua. (Bruscamente, lo abraza.) ¡Salud, hermanito! ¡Salud en la bastardía! Pues también tú eres bastardo. Para engendrarte, el clero se acostó con la miseria: ¡qué desabrida voluptuosidad! (Pausa.) ¡Claro que los bastardos traicionan! ¿Qué otra cosa querías que hlcieran? Soy, por nacimiento, agente doble: mi madre se dio a un villano y estoy hecho de dos mitades que no ajustan entre sí: cada una de ellas produce horror a la otra. ¿Pero crees que es mejor tu lote? Un semicura agregado a un semi-hombre, jamás hacen un hombre completo. Nosotros no somos y nada tenemos. Todos los hijos legítimos pueden gozar de la tierra sin pagar. Tú no. Yo tampoco. Desde mi infancia, miro el mundo por el ojo de una cerradura: es un hermoso hueve-

cillo bien henchido en el que cada uno ocupa el sitio que le fue asignado; pero puedo asegurarte que nosotros no estamos dentro. ¡Fuera! ¡Rechaza ese mundo que no quiere saber nada de ti! Haz el Mal y verás qué ligero se siente uno. (Entra un oficial.) ¡Qué quieres?

EL OFICIAL. — Ha llegado el enviado del arzobispo.

GOETZ. — Que venga acá.

EL OFICIAL. — Trae noticias. El enemigo, en su derrota, deja siete mil muertos.

GOETZ. — ¿Y mi hermano? (El oficial quiere hablarle al oído.) No te acerques, y habla en voz alta.

EL OFICIAL. — Conrad ha muerto.

(A partir de ese momento, HEINRICH mira atentamente a GOETZ.)

GOETZ. — Bien. ¿Encontraron su cuerpo?

EL OFICIAL. — Sí.

GOETZ. - ¿En qué estado? ¡Responde!

EL OFICIAL. — Desfigurado.

GOETZ. — ¿Un sablazo?

EL OFICIAL. — Los lobos.

GOETZ. — ¿Qué lobos? ¿Dónde hay lobos?

EL OFICIAL. — En el bosque de Arnheim...

GOETZ. — Está bien. Que me dejen arreglar esta cuenta, y marcharé contra ellos con el ejército entero; desollaré a todos los lobos de Arnheim. Vete. (Sale el oficial. Pausa.) Muerto sin confesión... y los lobos le devoraron el rostro. Pero, ¿ves?

HEINRICH (dulcemente). - ¿Por qué lo traicionaste?

GOETZ. — Porque tengo el gusto de lo definitivo. Cura, yo me he hecho a mí mismo. Era bastardo de nacimiento, pero el bello título de fratricida sólo a mis méritos lo debo. (Pausa.) Ahora es mía, solamente mía.

HEINRICH. - ¿Qué es lo que es tuya?

GOETZ. — La casa de los Heidenstamm. Concluidos los Heidenstamm, hasta Conrad, el último heredero varón. Mírame bien, cura: soy un panteón de familia. ¿Por qué te ríes?

HEINRICH. — Creí que solamente yo vería al diablo esta noche, pero ahora creo que lo veremos ambos.

GOETZ. — ¡Me río del diablo! Recibe las almas, pero no es él quien las condena. Sólo con Dios me digno entenderme; los monstruos y los santos sólo de él dependen. Dios me ve, clérigo; sabe que he matado a mi hermano, y su corazón sangra. Pues bien; sí, lo he matado, Señor. ¿Y qué puedes contra mí? He cometido el peor de los crímenes y el Dios

de justicia no puede castigarme: hace más de quince años que me condenó. Vamos, basta por hoy. ¡Es fiesta y quiero beber!

HEINRICH (acercándose). — Toma.

GOETZ. - ¿Qué es?

HEINRICH. — Una llave.

GOETZ. - ¿Qué llave?

HEINRICH. — La de Worms.

GOETZ. — Basta por hoy, te digo. ¡Un hermano! ¡Demonios! No todos los días se entierra a un hermano. Puedo darme vacaciones hasta mañana.

HEINRICH (avanza hasta el). - ¡Cobarde!

GOETZ. — Si tomo esa llave, lo incendiaré todo.

HEINRICH. — En el fondo de aquella barranca, hay una gran roca blanca. En su base, oculto por la maleza, hay un hueco. Seguirás el subterráneo y encontrarás una puerta que se abre con esta llave.

GOETZ. — ¡Cómo van a bendecirte tus pobres!' ¡Cómo van a bendecirte!

HEINRICH. — Eso ya no me atañe. Yo me pierdo. Pero te confío a mis pobres, bastardo. Ahora, te toca a ti escoger.

GOETZ. — Hace poco decías que bastaba ver mi jeta...

HEINRICH. - No la había visto bastante bien.

GOETZ. - ¿Y qué ves ahora?

HEINRICH. — Que te produces horror.

GOETZ. — Es verdad, ¡pero no te fíes! Desde hace quince años tengo horror de mí mismo. ¿Y qué? ¿Acaso no comprendes que el Mal es mi razón de ser? Dame esa llave. (La toma.) Y bien sacerdote, te habrás mentido hasta el final. Pensabas haber hallado un truco para ocultarte tu traición. Pero, para concluir, has traicionado de todos modos. Has entregado a Conrad.

HEINRICH. — ¿Conrad?

GOETZ. — No te inquietes, te pareces tanto a mí, que te tomé por mí mismo.

(Sale.)

TELÓN

TERCER CUADRO

La tienda de campaña de Goetz.

Por la abertura se percibe, muy lejana, la ciudad iluminada por la luna.

ESCENA I

HERMANN, CATALINA

(HERMANN entra y trata de ocultarse bajo el lecho de campaña. Su cabeza y su cuerpo desaparecen bajo él, viéndose solamente sus enormes nalgas.

CATALINA entra, se le acerca y le da un puntapié.

Él se levanta aterrado.

Ella, riendo, da un salto atrás.)

HERMANN. — Si gritas...

CATALINA. — Si grito, te agarran y Goetz te mandará ahorcar. Vale más que hablemos. ¿Qué vas a hacerle?

HERMANN. — ¡Lo que hace tiempo debieras haberle hecho tú, ramera, si tuvieses sangre en las venas! ¡Vamos! Ve a pasearte y da gracias a Dios de que otros se encarguen de la tarea. Me oves?

CATALINA. — ¿Y que será de mí si él muere? Todo el campamento me saltará encima.

HERMANN. - Te haremos huir.

CATALINA. - ¿Y me daréis dinero?

HERMANN. — Algo te daremos.

CATALINA. — Págame la dote y entraré en un convento.

HERMANN (riendo). - ; Al convento tú? Si quieres vivir er. comunidad, más bien te aconsejo el burdel: con el talento que tienes en los muslos, te harás de oro. Vamos, decídete. Sólo te pido silencio.

CATALINA. — Por lo que hace al silencio, puedes contar con él: de ninguna manera te denunciaría. En cuanto a dejarte que lo mates, depende...

HERMANN. — ¿Depende de qué?

CATALINA. - No tenemos los mismos intereses, mi capitán. El honor del hombre se repara con la punta de la espada. Pero él hizo de mí una ramera y eso es mucho más difícil de enmendar. (Pausa.) ¡Esta noche se tomará la ciudad! Concluida la guerra, cada cual a casita. Cuando Goetz venga aquí, dentro de un momento, le preguntaré qué piensa hacer conmigo. Si se queda conmigo...

HERMANN. — ¿Quedarse Goetz contigo? ¿Estás loca! ¿Qué quieres que haga contigo?

CATALINA. — Si se queda conmigo, no lo tocarás.

HERMANN. - ¿Y si te echa?...

CATALINA. - Entonces, te lo entrego. Si grito: "¡Tú lo has querido!", sal de tu escondite y lo tendrás a merced tuya.

HERMANN. - No me gusta nada todo esto. No quiero que mi empresa dependa de una cuestión de trasero.

CATALINA (que desde hace un momento mira afuera). — Entonces, sólo te queda ponerte de rodillas y pedirle perdón: ahí viene.

(HERMANN corre a esconderse. CATALINA se echa a reir.)

ESCENA II

GOETZ, CATALINA, HERMANN oculto

GOETZ (entrando). — ¿De qué te ríes?

CATALINA. - De mis sueños: te veía muerto con una daga en la espalda. (Pausa.) ¿Habló, entonces?

GOETZ. - ¿Quién?

CATALINA. — Ei cura.

GOETZ. - ¿Qué cura? ¡Ah! Sí. Sí, sí, naturalmente.

CATALINA. - ¿Y será esta noche?

GOETZ. — ¿A ti qué te importa? Quitame las botas. (Ellas se las quita.) Conrad murió.

CATALINA. — Lo sé; todo el campamento lo sabe.

GOETZ. — Dame de beber. Hay que celebrarlo. (Ella le sirve.) Bebe tú también.

CATALINA. - No tengo ganas.

GOETZ. — ¡Bebe, maldición, que estamos de fiesta!

CATALINA. — Bella fiesta que comienza con una matanza y terminará en una carnicería.

GOETZ. — La más bella fiesta de mi vida. Mañana parto para mis tierras.

CATALINA (sorprendida). — ;Tan pronto?

GOETZ. - ¡Tan pronto! Hace treinta años que sueño con ello. No esperaré un día más. (CATALINA parece turbada.) ¡No te sientes bien?

CATALINA (dominándose). — Es el oírte hablar de tus tierras cuando todavía está caliente el cadáver de Conrad.

GOETZ. — Hace ya treinta años que son mías en secreto. (Le-

vanta su vaso.) Bebo por mis tierras y por mi castillo. ¡Brinda! (Ella levanta su vaso en silencio.) Di: ¡por tus tierras!

CATALINA. — No.

GOETZ. - ¿Por qué, zorra?

CATALINA. — Porque no son tuyas. Dejarás de ser bastardo por haber asesinado a tu hermano? (GOETZ se echa a reír y le envía una bofetada; ella la esquiva y se echa hacia atrás riendo.) Las tierras se transmiten por herencia.

GOETZ. — Mucho habrían tenido que pagarme para que las aceptase en herencia. Lo que es mío es lo que me tomo por mi cuenta. Vamos, brinda o me enfado.

CATALINA. - ¡Por tus tierras! ¡Por tu castillo!

GOETZ. — Y que haya por las noches, en los pasillos, muchos

fantasmas indignados.

CATALINA. — ¡Es verdad! ¿Qué harías tú, comiquillo, sin público? Bebo por tus fantasmas. (Pausa.) ¿De modo, querido, que lo que es tuyo es lo que tomas?

GOETZ. — Unicamente.

CATALINA. — Entonces, además de tu casa solariega y tu dominio, posees un tesoro invaluable del que no pareces cuidarte.

GOETZ. — ¿Cuál?

CATALINA. — Yo, mi amor, yo. ¿No me tomaste por fuerza? (Pausa.) ¿Qué piensas hacer conmigo? Decide.

GOETZ (la mira y reflexiona). -- Ya está: te llevo conmigo.

CATALINA. — ¿Me llevas? (Anda con vacilación.) ¿Por qué me llevas? ¿Para instalar a una ramera en un castillo histórico? GOETZ. — Sí. Y para que se acueste en el lecho de mi madre.

CATALINA. — ¿Y si yo me negase? ¿Si no quisiese seguirte?

GOETZ. — Espero que no lo hagas.

CATALINA. — ¡Ah! Me llevas por la fuerza. Eso me alivia. Me hubiera avergonzado de seguirte voluntariamente. (Pausa.) ;Por qué quieres arrebatar siempre lo que acaso te concedieran con agrado?

GOETZ. — Para estar seguro de que se me lo concede con desagrado. (Va hacia ella.) Mírame, Catalina. ¿Qué es lo que

me ocultas?

CATALINA (vivamente). — ¡Yo, nada!

GOETZ. — Desde hace algún tiempo no eres la misma. Me detestas siempre mucho, ¿verdad?

CATALINA. — De eso puedes estar seguro: ¡mucho!

GOETZ. -- ¿Sueñas siempre que me asesinas?

CATALINA. — Varias veces por noche.

GOETZ. — ¡No olvidas tampoco que te mancillé y envilecí?

CATALINA. — Mucho me cuido de no hacerlo.

GOETZ. — ¿Y sufres mis caricias con repugnancia?

CATALINA. — Me hacen temblar.

GOETZ. — Perfecto. Si te diese por desfallecer entre mis brazos, te echaría inmediatamente.

CATALINA. — Pero...

GOETZ. — Ya nunca aceptaré nada más, ni siquiera los favores de una mujer.

CATALINA. — ; Por qué?

GOETZ. — Porque he recibido demasiado. Durante veinte años me lo dieron todo graciosamente, hasta el aire que respiraba: los bastardos deben besar la mano que los alimenta. ¡Ah!, ¡cómo voy a dar ahora! ¡Cómo voy a dar!

FRANTZ (entrando). — Está ahí el enviado de Su Excelencia.

GOETZ. — Que entre.

ESCENA III

Los mismos, el BANQUERO

EL BANQUERO. — Soy Foucre.

GOETZ. — Yo soy Goetz, y ésta es Catalina.

EL BANQUERO. — Me felicito de saludar a tan gran capitán.

GOETZ. — Y yo a tan rico banquero.

EL BANQUERO. — Soy portador de muy excelentes noticias.

GOETZ. — El arzobispo está victorioso, mi hermano muerto y sus tierras son mías. ¿No es eso?

EL BANQUERO. — Justamente. Y bien, yo...

GOETZ. — Festejémoslas. ¿Quiere beber?

EL BANQUERO. — Mi estómago no soporta ya el vino. Yo...

GOETZ. — ¿Quieres esta hermosa muchacha? Tuya es.

EL BANQUERO. — No sabría qué hacer con ella. Soy demasiado viejo.

GOETZ. — ¡Mi pobre Catalina! Te rechaza. (Al BANQUERO.) ¿Prefieres los muchachos? Esta misma noche habrá uno bajo tu tienda.

EL BANQUERO. — ¡No, no! ¡Nada de muchachos! ¡Nada de muchachos! Yo...

GOETZ. — ¿Qué dirías de un lansquenete? Tengo uno de seis pies de alto, con el rostro cubierto de pelos; jurarías que es el mismo Polifemo.

EL BANQUERO. - ¡Oh! ¡Oh! Sobre todo no...

GOETZ. — En ese caso, vamos a darte la gloria. (Llama.) ¡Frantz! (Aparece Frantz.) Pasearás a este caballero a través del campamento, cuidando de que los soldados griten: "¡Viva el ban-

quero!", arrojando sus sombreros al aire. (Sale FRANTZ.)

EL BANQUERO. — Muy agradecido, pero desearía primero hablaros a solas.

GOETZ (sorprendido). — ¿Y qué otra cosa haces desde que entraste? (Mostrando a CATALINA.) ¡Ah!, lo dices por ésta... Es un animal doméstico; habla sin preocuparte.

EL BANQUERO. — Su Eminencia ha sido siempre pacifista y vos sabéis que vuestro difunto hermano era responsable de la guerra...

GOETZ. — ¡Mi hermano! (Con gran violencia.) Si ese viejo borrico no lo hubiese hostigado...

EL BANQUERO. — Señor...

GOETZ. — Sí. Olvida lo que acabo de decir, pero te agradecería que dejaras a mi hermano fuera de todo esto. Después de todo, estoy de duelo por él.

EL BANQUERO. — Su Eminencia ha decidido, pues, celebrar el retorno a la paz con excepcionales medidas de clemencia.

GOETZ. — ¡Bravo! ¿Abrirá las prisiones? EL BANQUERO. — ¿Las prisiones? ¡Oh, no!

GOETZ. — ¿Desea que levante sus penas a los soldados que he castigado?

EL BANQUERO. — Seguramente lo desea. Pero la amnistía que proyecta es de un carácter más general. Desea extenderla a todos sus vasallos de Worms.

GOETZ. - ¡Ah! ¡Vaya!

EL BANQUERO. — Ha decidido no castigarles su pasajero extravío.

GOETZ. — Me parece una excelente idea.

EL BANQUERO. — ¿Estaremos de acuerdo... tan pronto?

GOETZ. — Enteramente de acuerdo.

(El BANQUERO se frota las manos.)

EL BANQUERO. — Bien, entonces todo está perfecto. Sois un hombre razonable. ¿Cuándo pensáis levantar el sitio?

GOETZ. — Mañana todo habrá concluido.

EL BANQUERO. — Mañana es un poco pronto, de todos modos. Su Eminencia desea entrar en negociaciones con los sitiados. Si vuestro ejército permanece todavía unos días bajo sus muros, se facilitarán las negociaciones.

GOETZ. — Ya veo. ¿Y quién va a negociar con ellos?

EL BANQUERO. — Yo.

GOETZ. — ¿Cuándo?

EL BANQUERO. — Mañana.

GOETZ. — Imposible.

EL BANQUERO. - ; Por qué?

GOETZ. - ¡Catalina! ¿Se lo decimos?

CATALINA. — Claro, joya mía.

GOETZ. — Díselo tú. Yo no me atrevo: va a causarle mucha pena.

CATALINA. — Mañana, banquero, todas esas gentes estaran muertas.

EL BANQUERO. — ; Muertas?

GOETZ. — Todos.

EL BANQUERO. — ; Muertos todos?

GOETZ. — Todos muertos. Esta noche. ¿Ves esta llave? Es la de la ciudad. Dentro de una hora, comenzaremos la matanza. EL BANQUERO. — ¿Todos? ¿También los ricos?

GOETZ. — También los ricos.

EL BANQUERO. — Pero hace un momento aprobabais la cle-

mencia del arzobispo.

GOETZ. — La apruebo todavía. Él es el ofendido y, además, es sacerdote: dos razones para perdonar. Pero, ¿por qué perdodonaría yo? Los habitantes de Worms no me han ofendido. No, no, soy militar, luego mato. Los mataré conforme a mi oficio y el arzobispo los perdonará conforme al suyo.

(Una pausa. Luego el BANQUERO comienza a reir. CATALINA

primero y luego GOETZ se echan también a reir.)

EI. BANQUERO (riendo). — Os gusta reír.

GOETZ (riendo). — Nada me gusta más.

CATALINA. - ¿Verdad que es muy ingenioso?

EL BANQUERO. — Mucho. Y lleva muy bien su negocio.

GOETZ. - ¿Qué negocio?

EL BANQUERO. — Desde hace treinta años me guío por este principio: el interés mueve al mundo. Delante de mí, los hombres han justificado su conducta con los más nobles motivos. Yo los escuchaba con un oído y me decía: busca el interés.

GOETZ. — ¿Y cuando lo encontrabas?

EL BANQUERO. — Conversábamos.

GOETZ. - ¿Has encontrado el mío?

EL BANQUERO. — ¡Vamos!

GOETZ. — ¿Cuál es?

EL BANQUERO. — Despacito. Pertenecéis a una categoría difícilmente manejable. Con vos, es preciso avanzar paso a paso.

GOETZ. — ¿Qué categoría?

EL BANQUERO. — La de los idealistas.

GOETZ. - ¿Qué quiere decir eso?

EL BANQUERO. — Mirad: yo dividido a los hombres en tres categorías; los que tienen mucho dinero, los que no tienen ninguno y los que tienen un poco. Los primeros quieren con-

servar lo que tienen: su interés está en mantener el orden. Los segundos quieren tomar lo que no tienen: su interés está en destruir el orden actual y establecer otro que les sea favorable. Unos y otros son realistas, gentes con la que uno puede entenderse. Los terceros quieren derrocar el orden social para tomar lo que no tienen, pero conservándolo a la vez para que no les quiten lo que tienen. Entones, conservan en el hecho lo que destruyen en la idea, o bien destruyen realmente lo que fingen conservar. Éstos son los idealistas.

GOETZ. — ¡Pobrecillos! ¿Cómo curarlos?

EL BANQUERO. — Haciendolos pasar a otra categoría social. Si los enriquecéis, defenderán el orden establecido.

GOETZ. — Enriquéceme, pues. ¿Qué me ofreces?

EL BANQUERO. — Las tierras de Conrad.

GOETZ. — Ya me las habéis dado:

EL BANQUERO. — En efecto. Recordad tan sólo que las debéis a la bondad de Su Eminencia.

GOETZ. — Cree que no lo olvido. ¿Y qué más?

EL BANQUERO. — Vuestro hermano tenía deudas.

GOETZ. — ¡Pobrecillo!

(Se santigua. Sollozo nervioso.)

EL BANQUERO. — ¿Qué os pasa?

GOETZ. — Poca cosa: el espíritu de familia. ¿De manera que tenía deudas?

EL BANQUERO. — Podríamos pagarlas.

GOETZ. — No es ése mi interés, pues no tenía intención de reconocerlas. Es el interés de sus acreedores.

EL BANQUERO. — ¿Una renta de mil ducados?...

GOETZ. — ¿Y mis soldados? ¿Si se negasen a partir con las manos vacías?

EL BANQUERO. — Mil ducados más para repartir a las tropas. ¿Es bastante?

GOETZ. — Es demasiado.

EL BANQUERO. — ¿Entonces, estamos de acuerdo?

GOETZ. — No.

EL BANQUERO. — ¿Dos mil ducados de renta? ¿Tres mil? No daré uno más.

GOETZ. - ¿Quién te lo pide?

EL BANQUERO. — ¿Qué queréis, pues?

GOETZ. — Tomar la ciudad y destruirla.

EL BANQUERO. — Pase aun que la toméis. ¡Pero, voto a Dios!, ¿por qué querer destruirla?

GOETZ. — Porque todo el mundo quiere que la salve.

EL BANQUERO (aterrado). — Debo estar equivocado...

GOETZ. — ¡Claro que sí! ¡No supiste encontrar mi interés! Vea-

mos: ¿cuál es? ¡Busca! ¡Busca, pues! Pero date prisa: es menester que lo encuentres antes de una hora; si en ese plazo no descubres las cuerdas que hacen mover a la marioneta, haré que te paseen a través de las calles y verás encenderse uno a uno los focos del incendio.

EL BANQUERO. — Traicionáis la confianza del arzobispo.

GOETZ. — ¿Traicionar? ¿Confianza? Vosotros, los realistas, sois todos iguales: cuando no sabéis qué decir, tomáis de prestado el lenguaje de los idealistas.

EL BANQUERO. — Si arrasáis la ciudad, no tendréis las tierras de Conrad.

GOETZ. — ¡Guárdalas! Mi interés, banquero, era tenerlas y vivir en ellas. Pero no estoy tan seguro de que el hombre actúe por interés. Vamos, guárdalas y que Su Eminencia se las meta donde pueda. ¿Sacrifiqué mi hermano al arzobispo y ahora se pretende que perdone a veinte mil villanos? ¡Ofrezco los habitantes de Worms a los manes de Conrad; en honor suyo, se asarán! En cuanto al dominio de Heidenstamm, que se retire a él el arzobispo, si lo quiere, y se dedique allí a la agricultura: lo necesitará, pues esta noche me propongo arruinarlo. (Pansa.) ¡Frantz! (Aparece FRANTZ.) Agarra a este viejo realista, cuida de que le rindan honores, y cuando esté bajo su tienda, átale sólidamente las manos y los pies.

EL BANQUERO. — ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

GOETZ. - ¿Qué pasa?

EL BANQUERO. — Sufro de atroces reumatismos. Las cuerdas me asesinarán. ¿Queréis que os dé mi palabra de que no saldré de mi tienda?

GOETZ. — ¿Tu palabra? Tu interés está en dármela, pero dentro de un momento tu interés estará en faltar a ella. Anda, Frantz. y aprieta bien los nudos.

(FRANTZ y el BANQUERO salen. Inmediatamente se escuchan los gritos de "¡Viva el banquero!" muy próximos, que luego se van alejando y debilitando.)

ESCENA IV

GOETZ, CATALINA, HERMANN, oculto

GOETZ. — ¡Viva el banquero! (Se echa a reír.) ¡Adiós las tieras! ¡Adiós los campos y los ríos! ¡Adiós el castillo!

CATALINA (riendo). — ¡Ádiós las tierras! ¡Adiós el castillo! ¡Adiós los retratos de familia!

GOETZ. — ¡No lamentes nada! ¡Nos hubiésemos aburrido de

muerte! (Pausa.) ¡Viejo imbécil! (Pausa.) ¡Ah! ¡No debieron desafiarme!

CATALINA. — ¿Sufres?

GOETZ. — ¿Por qué te metes tú? (Pausa.) El Mal es cosa que debe hacer mal a todo el mundo. Y, primero, a quien lo hace.

CATALINA (timidamente). — ¡Y si no tomases la ciudad?

GOETZ. — Si no la tomase, serías castellana.

CATALINA. — No pensaba en eso.

GOETZ. — Claro que no. Entonces, regocíjate: la tomaré.

CATALINA. — Pero, ¿por qué?

GOETZ. — Porque es malo.

CATALINA. — ¿Y por qué hacer el Mal? GOETZ. — Porque el Bien va está hecho.

CATALINA. — ¿Quién lo ha hecho?

GOETZ. — Dios Padre. Yo, invento. (Llama.) ¡Hola! El capitán Schoene. En seguida.

(GOETZ permanece en la entrada de la tienda y mira afuera.)

CATALINA. - ¿Qué miras?

GOETZ. — La ciudad. (Pausa.) Me pregunto si había luna.

CATALINA. — ¿Cuándo? ¿Dónde?

GOETZ. — El año pasado, cuando iba a tomar Halle. Era una noche semejante a ésta; yo estaba a la entrada de la tienda y miraba a la atalaya, por encima de las murallas. Atacamos al amanecer. (Regresa hacia ella.) En todo caso, me largaré antes de que comience la hediondez. ¡A caballo y adiós!

CATALINA. — ;Tú... te vas?

GOETZ. — Mañana, antes del mediodía y sin avisar a nadie.

CATALINA. - ¿Yo yo?

GOETZ. — ¿Tú? Tápate la nariz y desea que el viento no sople de este lado. (Entra el CAPITÁN.) Dos mil hombres armados: los regimientos de Wolfmar y de Ulrich. Que estén listos para seguirme dentro de media hora. El resto del ejército, en estado de alerta. Todo en la oscuridad y sin ruido. (Sale el CAPITÁN. Hasta el fin del acto, se escucharán los ruidos sofocados de los preparativos.) De modo, pues, linda, que no serás castellana.

CATALINA. — Me lo temo.

GOETZ. - ¿Muy decepcionada?

CATALINA. - No lo crei nunca.

GOETZ. - ; Por que?

CATALINA. — Porque te conozco.

GOETZ (violentamente). — ¡Tú, tú me conoces? (Se detiene y ríe). Después de todo, yo también debo ser previsible. (Pausa.) Debes haberte hecho tus pequeñas ideas sobre la manera de manejarme: me observas, me miras...

CATALINA. — Hasta un perro mira a un obispo.

GOETZ. — Sí, pero ve a un obispo con cabeza de perro. ¿De qué tengo yo cabeza? ¿De perro? ¿De alcahuete? ¿De cerdo? (La mira.) Ven a la cama.

CATALINA. — No.

GOETZ. - Ven, te digo: quiero hacer el amor.

CATALINA. — Nunca te vi tan apremiante. (Él la agarra por el hombro.) Ni con tanta prisa. ¿Qué te pasa?

GOETZ. — Es el Goetz de cabeza de cerdo quien me llama. Él y yo queremos mezclarnos. Además, la angustia incita al amor

CATALINA. — ¿Estás angustiado?

GOETZ. — Sí. (Se sienta en el lecho, de espaldas al oficial oculto.) ¡Vamos, ven!

(CATALINA se le acerca y lo tira de allí violentamente. Luego, se sienta en su lugar.)

CATALINA. — Sí, aquí estoy, soy tuya. Pero dime primero qué va a ser de mí.

GOETZ. — ¿Cuándo:

CATALINA. — A partir de mañana.

GOETZ. — ¿Cómo quieres que yo lo sepa? Lo que quieras.

CATALINA. — Es decir: ramera.

GOETZ. — Me parece la mejor solución, ¿verdad?

CATALINA. — ¿Y si a mí no me gusta?

GOETZ. — Busca entonces un consentido que se case contigo.

CATALINA. - ¿Qué vas a hacer tú?

GOETZ. — Dicen que los Hussitas están nerviosos. Iré a martillar allí.

CATALINA. — Llévame. GOETZ. — ¿Para qué?

CATALINA. — Hay días en que necesitarás una mujer, cuando haya claro de luna y necesites tomar una ciudad, y tengas angustias y te sientas amoroso.

GOETZ. — Todas las mujeres son iguales. Si tengo deseos, mis hombres me las llevarán por docenas.

CATALINA (bruscamente). - : No quiero!

GOETZ. - ; No quieres?

CATALINA. — Puedo ser veinte mujeres, ciento, si quieres, todas las mujeres. Súbeme a la grupa... peso poco, tu caballo no me sentirá. ¡Quiero ser tu burdel!

(Se estrecha contra él.)

GOETZ. — ¿Qué es lo que te sucede? (Pausa. La mira. Bruscamente.) ¡Vete! ¡Siento vergüenza por ti!

CATALINA (suplicante). — ¡Goetz!

GOETZ. — No soportaré que me mires con esos ojos. Preciso es que seas una altanera gorrina para que te atrevas a amarme después de todo lo que te he hecho. CATALINA (gritando). — ¡No te amo! ¡Te lo juro! ¡Y si te amase, nunca lo sabrías! ¿Y qué puede importante que te amen si no te lo dicen?

GOETZ. — ¿Qué tengo yo que ver con el amor? ¡Si me amas, eres tú la que tendrá todo el placer! ¡Vete, gorrina! No quiero que se aprovechen de mí.

CATALINA (gritando). — ¡Goetz! ¡Goetz, no me eches! ¡No ten-

go a nadie más en el mundo!

(GOETZ trata de echarla fuera de la tienda. Ella se agarra de sus manos.)

GOETZ. — ¿Te irás de una vez?

CATALINA. — ¡Tú lo habrás querido, Goetz! ¡Tú lo habrás querido! (HERMANN sale de su escondite y se precipita, con el cuchillo en alto.) ¡Ah!, ¡ten cuidado!

GOETZ (se vuelve y agarra por el puño a HERMANN). — ¡Frantz! (Entran soldados. El ríe.) De todos modos, hubiese podido dar cuenta de éste

HERMANN (a CATALINA). — ¡Puerca! ¡Traidora!

GOETZ (a CATALINA). — ¿Eras su cómplice? Lo prefiero; lo prefiero así. (Le acaricia la barbilla.) Llevadlo... Luego decidiré de su suerte. (Los soldados salen, llevándose a HERMANN. Pausa.)

CATALINA. — ¿Qué vas a hacerle?

GOETZ. — No puedo tener rencor a las gentes que tratan de matarme. Las comprendo demasiado bien. Haré que lo perforen, simplemente.

CATALINA. - ¿Y a mí, qué me harás?

GOETZ. — Es verdad... debo castigarte.

CATALINA. — No estás obligado a hacerlo.

GOETZ. — Sí. (Pausa.) A muchos de mis soldados se les reseca el gaznate cuando te ven pasar. Voy a regalarte a ellos. Después, si quedas con vida, buscaremos algún reitre tuerto y bien podrido con quien te case el cura de Worms.

CATALINA. — No te creo.

GOETZ. - ¿No?

CATALINA. — No. Tú no eres... No lo harás... Estoy segura. ¡Estoy segura!

GOETZ. — ¿No lo haré? (Llama.) ¡Frantz! ¡Frantz! (Entran FRANTZ y dos soldados.) ¡Ocúpate de la novia, Frantz!

FRANTZ. — ¿De qué novia?

GOETZ. — Catalina. Primero, la casarás con todos, con gran ceremonia, luego...

ESCENA V

Los mismos. NASTY

(NASTY entra, se acerca a GOETZ y le da un golpe en la oreja.)

GOETZ. — ¡Eh!, patán, ¿qué haces?

NASTY. — Pegarte en la oreja.

GOETZ. — Ya lo sentí. (Sujetándolo.) ¿Quién eres?

NASTY. - Nasty, el panadero.

GOETZ (a los soldados). — ¿Es éste Nasty?

LOS SOLDADOS. - Sí, es él.

GOETZ. — Buena presa, a fe mía.

NASTY. - No me has apresado, me he entregado.

GOETZ. — Como quieras: el resultado es el mismo. Dios me colma hoy de dones. (Lo mira.) He aquí, pues, a Nasty, señor de todos los mendigos de Alemania. Exactamente así te imaginaba: desalentador como la virtud.

NASTY. — No soy virtuoso. Nuestros hijos lo serán, si vertemos bastante sangre para darles derecho a serlo.

GOETZ. - ¡Ya veo: eres profeta!

NASTY. - Como todo el mundo.

GOETZ. — ¿Realmente? ¿Entonces, también yo soy profeta?

NASTY. — Toda palabra es testimonio de Dios; toda palabra lo dice todo sobre toda cosa.

GOETZ. — ¡Diablos! Tendré que cuidarme de lo que digo. NASTY. — ¿Para qué? No podrás dejar de decirlo todo.

GOETZ. — Bueno. Ahora, responde a mis preguntas aunque tratando de no decirlo todo, pues de otro modo nunca acabaríamos. De manera que eres Nasty, profeta y panadero.

NASTY. — Sí, lo soy.

GOETZ. — Decían que estabas en Worms.

NASTY. — De allí he salido.

GOETZ. — ;Esta noche?

NASTY. — Sí.

GOETZ. — ;Para hablarme?

NASTY. — Para buscar refuerzos y atacarte por la espalda. GOETZ. — Excelente idea. ¿Y qué te hizo cambiar de plan?

NASTY. — Al atravesar el campamento me enteré de que un traidor te había entregado la ciudad.

GOETZ. - ; Pasarías un mal rato, no?

NASTY. — Sí, muy malo. GOETZ. — ¿Entonces?

NASTY. — Estaba sentado en una piedra, detrás de la tienda.

Vi que la tienda se iluminaba y unas sombras se agitaban. En ese momento, recibí el mandato de venir a ti y hablarte.

GOETZ. — ¿Quién te dio ese mandato? NASTY. — ¿Quién quieres que fuese?

GOETZ. — ¿Quién, en efecto? ¡Hombre feliz: recibes mandatos y sabes quién te los da! ¡También yo los tengo, imagínate!... Por ejemplo, el de incendiar a Worms. Pero no acierto a saber quién me los da. (Pausa.) ¿Fue Dios el que te ordenó pegarme en la oreia?

NASTY. — Sí.

GOETZ. - ¿Por qué?

NASTY. — No lo sé. Acaso para despegar la cera que te tapona el oído

GOETZ. — Tu cabeza está puesta a precio. ¿Te previno de ello Dios?

NASTY. — Dios no necesitaba prevenirme. Siempre supe cómo terminaría vo.

GOETZ. — Es verdad que eres profeta.

NASTY. — No se necesita ser profeta: nosotros, los pobres, sólo tenemos dos maneras de morir. Los que se resignan, mueren de hambre; a los que no se resignan, los ahorcan. A los doce años se sabe ya si te resignarás o no.

GOETZ. — Perfecto. ¡Y ahora, échate pronto a mis pies!

NASTY. - ;Para qué?

GOETZ. — Para implorar mi piedad, supongo. ¿Acaso no te lo ordenó Dios?

(FRANTZ le pone las botas.)

NASTY. — No; tú no tienes piedad. Tampoco la tiene Dios. ¿Y por qué habría de implorarte yo? Yo, que cuando llegue mi día, no tendré piedad de nadie.

GOETZ. - ¿Entonces, qué diablos vienes a hacer aquí?

NASTY. — A abrirte los ojos, hermano.

GOETZ. — ¡Oh! Noche maravillosa en que todo alienta: Dios anda sobre la tierra, mi tienda es un cielo colmado de estrellas fugaces y he aquí a la más hermosa de todas: Nasty, profeta de la molienda que viene a abrirme los ojos. ¿Quién hubiera creído que el cielo y la tierra armasen tanto escándalo por una ciudad de veinticinco mil almas? Y a propósito, panadero: ¿quién te prueba que no eres víctima del diablo?

NASTY. — Cuando el sol te deslumbra, ¿quién te prueba que no es de noche?

GOETZ. — ¿Y de noche, cuando sueñas con el sol, quién te prueba que es de día? ¿Y si también yo hubiese visto a Dios? ¿Eh? ¡Ah! Entonces seríamos sol contra sol. (Pausa.) Os tengo a todos en mis manos, a todos: al que quería asesinarme, al enviado del Arzobispo y a ti, el rey de los mendigos; su índice ha deshecho un complot y desenmascarado a los culpables; más aún: uno de sus ministros es quien me ha traído, de su parte, las llaves de la ciudad.

NASTY (con una voz cambiada, imperativa y breve). — ¿Uno

de sus ministros? ¿Cuál?

GOETZ. — ¿Qué te importa, si vas a morir? Vamos, confiesa que Dios está conmigo.

NASTY. - ¿Contigo? No. Tú no eres el hombre de Dios. Cuan-

do más su zángano.

GOETZ. — ¿Qué sabes tú?

NASTY. — Los hombres de Dios destruyen o construyen y tú conservas.

GOETZ. - ;Yo?

NASTY. — Tú desordenas. Y el desorden es el mejor servidor del orden establecido. Has debilitado a la caballería entera traicionando a Conrad, y debilitarás a la burguesía destruyendo a Worms. ¿A quién aprovecha eso? A los grandes. Sirves a los grandes, Goetz, y los servirás hagas lo que hagas: toda destrucción confunde, debilita a los débiles, enriquece a los ricos, acrecienta el poder de los poderosos.

GOETZ. — ¿De manera que hago lo contrario de lo que deseo? (Con ironia.) Felizmente, Dios te envió para que me ilumi-

nases. ¿Qué me propones?

NASTY. — Una nueva alianza.

GOETZ. — ¡Oh! ¿Una nueva traición? Linda cosa: al menos, de esto tengo costumbre. No me sentiré muy incómodo. Pero si no debo aliarme ni con los burgueses ni con los caballeros ni con los príncipes, no veo muy bien con quién he de hacerlo.

NASTY. — Toma la ciudad, degüella a los ricos y a los sacerdotes; entrégasela a los pobres, levanta un ejército de campesinos y expulsa al Arzobispo, y mañana todo el país irá detrás de ti

GOETZ (estupefacto). — ¿Quieres que me alíe con los pobres? NASTY. — ¡Con los pobres, sí! Con la plebe de las ciudades y los campos.

GOETZ. — ¡Qué extraña propuesta!

NASTY. — Son tus aliados naturales. Si quieres destruir porque sí, arrasar los palacios y las catedrales edificados por Satanás, romper las obscenas estatuas de los paganos, quemar los millares de libros que propagan un saber diabólico, suprimir el oro y la plata, ven con nosotros. Sin nosotros, girarás en torno a ti mismo y sólo a ti mismo harás daño. Con nosotros, serás el azote de Dios.

GOETZ. — ¿Qué haríais con los burgueses?

NASTY. — Nos apoderaremos de sus bienes, para vestir a los desnudos y nutrir a los hambrientos.

GOETZ. — ¿Y con los sacerdotes?

NASTY. — Enviarlos de vuelta a Roma.

GOETZ. - ¿Y con los nobles? NASTY. — Cortarles la cabeza.

GOETZ. - ;Y cuando hayamos expulsado al Arzobispo?

NASTY. — Será hora de edificar la ciudad de Dios.

GOETZ. — ¿Sobre qué bases?

NASTY. - Todos los hombres son iguales y hermanos, todos son en Dios y Dios es en todos; el Espíritu Santo habla por todas las bocas; todos los hombres son sacerdotes y profetas; cada cual puede bautizar, casar, anunciar la buena nueva y perdonar los pecados; cada cual vive públicamente sobre la tierra a la faz de todos y solitariamente en su alma a la faz de Dios.

GOETZ. — No se reirá todos los días en tu ciudad.

NASTY. - ¿Se puede reír de quienes se ama? La ley será el Amor.

GOETZ. — ¿Y yo, qué seré allí? NASTY. — El igual de todos.

GOETZ. — ;Y si no quiero ser el igual vuestro?

NASTY. — El igual de todos los hombres o el criado de todos los príncipes: escoge.

GOETZ. — Tu propuesta es honrada, panadero. Sólo que he de confesarte una cosa: los pobres me hacen morir de tedio; les horroriza todo lo que me place.

NASTY. - ;Y qué es lo que te place?

GOETZ. — Todo lo que queréis destruir: las estatuas, el lujo, la guerra.

NASTY. — La luna no te pertenece, ingenuo, y te bates para que los nobles puedan gozar de ella.

GOETZ (profunda y sinceramente). — Pero me gustan los nobles.

NASTY. — ¿A ti? Tú los asesinas.

GOETZ. - Bah! Asesino a algunos, de vez en cuando, porque sus mujeres son fecundas y hacen diez por cada uno que yo mato. Pero no quiero que me los ahorquéis a todos. Por qué habría de ayudaros a apagar el sol y todas las antorchas terrestres? Sería la noche polar.

NASTY. — ¿Continuarás, pues, siendo sólo un estrépito inútil? GOETZ. — Ínútil, sí. Inútil para los hombres. ¡Pero qué me importan los hombres! Dios me escucha. Es a Dios a quien le rompo los oídos, y eso me basta, pues es el único enemigo digno de mí. Existimos Dios, yo y los fantasmas. Es a Dios a quien crucificaré yo esta noche, sobre ti y sobre veinte mil

hombres, porque su sufrimiento es infinito y torna infinito a quien le hace sufrir. Esa ciudad va a arder. Dios lo sabe. En este momento, tiene miedo... Yo lo siento: siento su mirada sobre mis manos, siento su soplo sobre mis cabellos. y sus ángeles lloran. Se dice: "Acaso Goetz no se atreva"..., como si fuese sólo un hombre. Llorad, ángeles, llorad: me atreveré. Dentro de un momento, marcharé bajo su miedo v bajo su cólera. Arderá la ciudad: el alma del Señor es una galería de espejos, el fuego se reflejará en millones de espejos. Entonces sabré que soy un monstruo absolutamente puro. (A FRANTZ.) Mi cinturón.

NASTY (con voz cambiada). — Perdona a los pobres. El Arzobispo es rico: puedes divertirte arruinándolo; pero a los po-

bres. Goetz, no es divertido hacerlos sufrir.

GOETZ. - ;Oh! no, no es divertido.

NASTY. — ¿Entonces? GOETZ. — También yo tengo mi mandato.

NASTY. — De rodillas te lo suplico.

GOETZ. — Creí que te estaba prohibido suplicar.

NASTY. — Nada está prohibido si se trata de salvar a los hombres.

GOETZ. — Me parece, profeta, que Dios te ha hecho caer en una emboscada. (NASTY se encoge de hombros.) ;Sabes lo que va a sucederte?

NASTY. — Tortura y horca, sí. Ya te dije que lo supe siempre. GOETZ. — Tortura y horca... Tortura y horca... Qué monó-

tono es. Lo fastidioso con el Mal, es que uno se acostumbra; se necesita genio para inventar. Y esta noche no me siento inspirado.

CATALINA. — Dale un confesor.

GOETZ. — Un...

CATALINA. — No puedes dejarlo morir sin absolución.

GOETZ. - ¡Nasty! He aquí el genio. ¡Claro está, buen hombre, voy a darte un confesor! Es mi deber de cristiano. Además, te reservo una sorpresa. (A FRANTZ.) Ve a buscar al sacerdote... (A NASTY.) He aquí un acto de los que me gustan: con varias caras. ¿Es bueno? ¿Es malo? La razón se

NASTY. — No me mancillará un romano.

GOETZ. — Para bien tuyo, te torturarán hasta que te confieses. (Entra HEINRICH.)

Los mismos. HEINRICH

HEINRICH. — Me has hecho todo el mal que podías. Déjame ya.

GOETZ. — ¿Qué hacía?

FRANTZ. — Estaba sentado en la oscuridad y meneaba la cabeza.

HEINRICH. - ¿Qué quieres de mí?

GOETZ. — Que trabajes en tu oficio. A esta mujer, hay que casarla en seguida. En cuanto a éste, le administrarás los últimos sacramentos.

HEINRICH. — ¿A éste?... (Ve a NASTY.) ¡Ah!...

GOETZ (simulando asombro). — ¡Os conocíais?

NASTY. — ¿Es éste el ministro de Dios que te dio la llave, verdad?

HEINRICH. — ¡No! ¡No! ¡No!

GOETZ. — Cura, ¿no te avergüenzas de mentir?

HEINRICH. — ¡Nasty! NASTY ni siquiera lo mira.) No podía dejar que asesinasen a los sacerdotes. (NASTY no responde. HEINRICH se le acerca.) ¿Dime, podía dejar que los asesinasen? (Pausa. Se vuelve y se dirige hacia GOETZ.) Y bien: ¿por qué debo confesarlo?

GOETZ. — Porque van a colgarlo.

HEINRICH. — ¡Pronto, entonces! ¡Pronto! ¡Ahorcadlo ya! Y buscad otro que lo confiese.

GOETZ. — O tú, o nadie.

HEINRICH. — Entonces, nadie.

(Trata de salir.)

GOETZ. — ¡Eh! ¡Eh! (HEINRICH se detiene.) ¿Vas a dejarlo morir sin confesión?

HEINRICH (volviendo lentamente sobre sus pasos). — No, bufón, no. Tienes razón: no puedo hacerlo. (A NASTY.) Arrodíllate. (Pausa.) ¿No quieres? ¡Hermano, mi culpa no recae sobre la Iglesia y es en nombre de la Iglesia como haré la remisión de tus pecados! ¿Quieres que me confiese públicamente? (A todos.) He entregado mi ciudad al exterminio por malicia y por rencor; merezco el desprecio de todos. Escúpeme en el rostro y no hablemos más. (NASTY no se mueve.) ¡Tú, soldado, escupe!

FRANTZ (divertido, a GOETZ). — ¿Le escupo?

GOETZ (bonachón). - Escupe, hijo mío, sin prisa.

(FRANTZ escupe.)

HEINRICH. — Ya está consumado. Heinrich ha muerto de ver-

güenza. Pero queda el sacerdote. Un sacerdote cualquiera: ante él debes arrodillarte. (Después de un momento de espera. golpea a NASTY bruscamente.) ¡Asesino! ¡Tengo que estar loco para humillarme así ante ti, cuando todo lo que sucede es culpa tuva!

NASTY. — ¿Culpa mía?

HEINRICH. — ¡Sí! ¡Sí! Culpa tuya. Tú quisiste jugar al profeta, y ahora estás vencido, cautivo, maduro para la horca y todos cuantos en ti confiaron van a morir. ¡Todos! ¡Todos! ¡Ja! ¡Ja! Pretendías saber amar a los pobres, y que yo lo ignoraba; pues bien: mira cómo les has causado mayor mal que yo.

NASTY. — ¡Más que tú, estercolero! (Se arroja sobre HEINRICH.

Los separan.) ¿Quién traicionó? ¿Tú o yo?

HEINRICH. - ¡Yo! ¡Yo! Pero nunca lo hubiese hecho si no

hubieras asesinado al obispo.

NASTY. — Dios me ordenó herirlo porque explotaba a los pobres. HEINRICH. — ¿Dios, de verdad? ¡Qué fácil es eso! ¡Entonces, también Dios me ordenó traicionar a los pobres porque querían degollar a los sacerdotes!

NASTY. — Dios no puede ordenar que se traicione a los pobres

porque está con ellos.

HEINRICH. — Si está con ellos, ¿por qué han fracasado entonces todas sus rebeliones? ¿Por qué ha permitido, todavía hoy, que la revuelta tuya concluya en la desesperación? ¡Vamos, res-

ponde! ¡Responde, pues! ¿No puedes?

GOETZ. — He aquí. He aquí el momento. He aquí la angustia y el sudor de sangre. ¡Vamos! ¡Vamos! La angustia es buena. Qué dulce es tu rostro: lo miro y siento que veinte mil hombres van a morir. Te amo. (Lo besa en la boca.) Vamos, hermano, no todo está dicho: he decidido tomar Worms, pero si Dios está contigo, puede suceder algo que me lo impida. NASTY (sordamente, con convicción). — Algo sucederá.

HEINRICH (gritando). — ¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Nada sucederá! Sería demasiado injusto. Si Dios hubiese debido hacer un milagro, por qué no lo habría hecho antes de que

yo traicionara? ¿Por qué me ha perdido, si te salva?

(Entra un oficial. Todos se sobresaltan.)

EL OFICIAL. - Todo está listo. Los soldados, detrás de los carros, se hallan en fila al borde de la barranca.

GOETZ. - ¡Ya! (Pausa.) Di al capitán Ulrich que voy en seguida. (Sale el oficial. GOETZ se deja caer sobre una silla.)

CATALINA. - Ahí tienes tu milagro, querido. (GOETZ se pasa la mano por el rostro.) ¡Anda! ¡Saquea y degüella! Buenas noches.

GOETZ (con una lasitud que se cambiará progresivamente en

exaltación ficticia). — Es el momento de los adioses. Cuando regrese, estaré cubierto de sangre y mi tienda vacía. ¡Lástima! Me había acostumbrado a vosotros. (A NASTY y a HEINRICH.) Pasaréis la noche juntos como un par de enamorados. (A HEINRICH.) Cuida tenerle la mano dulcemente mientras lo atenazan. (A FRANTZ, señalando a NASTY.) En cuanto acepte confesarse, suspended la tortura; en cuanto esté absuelto, colgadle. (Como si acabase de acordarse de la existencia de CATALINA.) ¡Ah! La novia, Frantz. ¡Buscarás a los palafreneros y les presentarás a la dama! Que hagan con ella lo que quieran, menos matarla.

CATALINA (se arroja bruscamente a sus pies). — ¡Goetz! ¡Pie-

dad! ¡Eso no! ¡Ese horror no! ¡Piedad!

GOETZ. — ¿Y tus bravuconadas de hace un momento?... ;No creías, acaso?

CATALINA. - No, Goetz, no creía.

GOETZ. — En el fondo, tampoco yo creía. En el Mal, se cree después. (Ella le abraza las rodillas.) Frantz, líbrame de ella. (FRANTZ la agarra y la arroya sobre el lecho.) Bien. Bien. ¿No me olvido de nada?...; No! Creo que está todo. (Pausa.) Y no llega el milagro; comienzo a creer que Dios me deja carta blanca. Gracias, Dios, muchas gracias. Gracias por las mujeres violadas, gracias por los niños empalados, gracias por los hombres decapitados. (Pausa.) ¡Si yo quisiese hablar! ¡Harto sé, sucio hipócrita! Oye, Nasty, voy a quitarte el bocado de la boca: Dios se sirve de mi. ¿Has visto, esta noche? Pues bien, me ha provocado con sus ángeles.

HEINRICH. — ; Sus ángeles?

GOETZ. — Todos vosotros. Seguramente Catalina es un ángel. También, tú, y el banquero también. (Volviendo a NASTY.) ¿Y esta llave? ¿Acaso pedía yo esta llave? Ni siquiera sospechaba su existencia: pero fue menester que encargase a uno de sus curas que me la pusiese en la mano. Naturalmente, tú sabes lo que él quiere: que le salve a su clerigalla y a sus monjas. Entonces me tienta, a hurtadillas... promueve ocasiones, sin comprometerse. Si caigo, tendrá derecho a renegarme: después de todo, yo podía arrojar la llave a la barranca.

NASTY. — Pues sí, lo podías. Y todavía puedes hacerlo.

GOETZ. — Vamos, ángel mío: tú sabes que no puedo.

NASTY. - ¿Por qué no?

GOETZ. — Porque no puedo ser distinto a mí mismo. Vamos, voy a darme un buen bañiro de sangre en su servicio. Pero cuando haya terminado, se tapará de nuevo la nariz y clamará que no quería aquello. De verdad no lo quieres. Se-

ñor? Entonces, todavia hay tiempo para impedirlo. No pido que el cielo se derrumbe sobre mi cabeza: bastaría un escupitajo. Un escupitajo sobre el cual resbalase... me rompería una pierna y ya nada habría que hacer hoy. ;No? Bien, bien. No insisto. Anda, Nasty, mira esta llave: es cosa buena, una llave; cosa útil. ¿Y qué me dices de las manos? Hermosa obra: debemos dar gracias a Dios por habérnoslas dado. De modo, pues, que una llave en una mano no puede ser cosa mala: alabemos a Dios por todas las manos que tienen llaves en este instante en todas las comarcas del mundo, pero en cuanto a lo que la mano hace con la llave, el Señor declina toda la responsabilidad; eso ya no le atañe al pobrecillo. Sí, Señor, eres la inocencia misma; ¿cómo concebirías tú la Nada si eres la plenitud? Tu mirada es luz y cambia todo en luz: ¿cómo conocerías la penumbra de mi corazón? ¿Y cómo podría entrar tu entendimiento infinito en mis razones sin hacerlas estallar? Odio y debilidad, violencia, muerte, disgusto, es lo único que proviene del hombre; ése es mi único imperio y sólo yo estoy dentro; lo que allí pase, sólo a mí es imputable. Anda, anda, yo cargaré con todo y nada diré. ¡En el día del juicio, chitón!, cosidos los labios; soy demasiado orgulloso, me dejaré condenar sin chistar palabra. Pero no te incomoda un poco, ni siquiera un poquitín, el condenar a tu testaferro? Ya voy, ya voy; los soldados esperan, la buena llave me arrastra, quiere encontrar su cerradura natal. (Se vuelve, a la salida.) ¿Conocéis a alguien que se me asemeje? Soy el hombre que inquieta al Todopoderoso. ¡En mí, Dios se horroriza de sí mismo! ¡Hay veinte mil nobles, treinta arzobispos, quince reves; se han visto, a la vez, tres emperadores, un papa y un antipapa, pero citadme a otro Goetz! A veces, me imagino el infierno como un desierto que sólo me espera a mí. Adiós. (Va a salir. HEINRICH se echa a reir.) ¿Qué pasa?

HEINRICH. — ¡El infierno es una feria, imbécil! (GOETZ se detiene y lo mira. A los demás.) Ahí tenéis al más extraño visionario: el hombre que cree ser el único que hace el Mal. Todas las noches la tierra de Alemanía se ilumina con antorchas vivas; esta noche, como todas las noches, las ciudades arden por docenas y los capitanes que las saquean no hacen tanta bulla. Matan en los días laborales y, el domingo, se confiesan modestamente. Pero éste se cree el diablo en persona porque cumple con su deber de soldado. (A GOETZ.) ¿Si eres el diablo, bufón, quién soy yo, que pretendía amar a los miserables y te los entrega?

(GOETZ lo mira, un poco fascinado durante toda la réplica.

Al final, se sacude.)

GOETZ. — ¿Qué es lo que reclamas? ¿El derecho a condenarte? Te lo concedo. El infierno es suficientemente grande para que te encuentre ailí.

HEINRICH. - ¿Y los demás?

GOETZ. — ¿Quiénes?

HEINRICH. — Todos los demás. No todos tienen la suerte de matar, pero todos tienen el deseo de hacerlo.

GOETZ. — Mi maldad no es la suya: ellos hacen el Mal por

lujuria o por interés. Yo hago el Mal por el Mal.

HEINRICH. — Qué importan las razones si está establecido que sólo puede hacerse el Mal.

GOETZ. — ¿Está establecido?

HEINRICH. — Sí, bufón, establecido.

GOETZ. - ¿Por quién?

HEINRICH. — Por el mismo Dios. Dios ha querido que el Bien fuese imposible sobre la tierra.

GOETZ. — ¿Imposible?

HEINRICH. — Absolutamente imposible. ¡Imposible el Amor! ¡Imposible la Justicia! ¡Anda, trata de amar a tu prójimo y cuéntame luego qué sucede!

GOETZ. — ¿Y por qué no habría de amarlo, si tal fuese mi ca-

pricho?

HEINRICH. — Porque basta que un solo hombre odie a otro para que el odio vaya contagiando de uno en uno a la humanidad entera.

GOETZ (señalando a NASTY). — Éste amaba a los pobres.

HEINRICH. — Les mentía deliberadamente, excitaba sus pasiones más bajas, los obligó a asesinar a un viejo. (Pausa.) ¿Qué podía hacer yo? ¿Eh? ¿Qué podía hacer? Era inocente y el crimen saltó sobre mí como un ladrón. ¿Dónde estaba el bien, bastardo? ¿Dónde estaba el mal menor? (Pausa.) Te tomas mucho trabajo para nada, ¡fanfarrón del vicio! Si quieres merecer el infierno, basta con que te quedes en la cama. El mundo es iniquidad; si lo aceptas eres cómplice; si lo cambias, verdugo. (Riendo.) ¡Ah! ¡El hedor de la tierra llega hasta las estrellas!

GOETZ. — ¿Entonces, todos condenados?

HEINRICH. — ¡Ah, no! No todos. (Pausa.) Yo tengo fe, Dios mío, tengo fe. No cometeré el pecado de desesperación: estoy infectado hasta los tuétanos, pero sé que me salvarás si lo tienes decidido. (A GOETZ.) Todos somos igualmente culpables, bastardo, todos merecemos igualmente el infierno, pero Dios perdona cuando le place perdonar.

GOETZ. — No me perdonará contra mi deseo.

HEINRICH. — Miserable pajuela, ¿cómo podrías luchar contra su misericordia? ¿Cómo fatigarías su infinita paciencia? Si le place, te tomará entre sus dedos para llevarte hasta su paraíso; con su dedo meñique quebrantará tu mala voluntad, te abrirá las mandíbulas, te cebará con su benevolencia y te sentirás hacerte bueno a pesar tuyo. ¡Anda! Ve a incendiar Worms, ve a saquear y a degollar; pierdes tu tiempo y tu trabajo; cualquiera de estos días te despertarás en el purgatorio como todo el mundo.

GOETZ. - ¿De modo que todo el mundo hace el Mal?

HEINRICH. — Todo el mundo.

GOETZ. - ¿Y nadie ha hecho nunca el Bien?

HEINRICH. — Nadie.

GOETZ. — Perfecto. (Vuelve a entrar en la tienda.) Apuesto a que yo lo hago.

HEINRICH. — ¿El qué?

GOETZ. — El Bien. ¿Aceptas la apuesta?

HEINRICH (encogiéndose de hombros). — No, bastardo, no apuesto nada.

GOETZ. — Haces mal. Me has dicho que el Bien es imposible; apuesto, pues, a que haré el Bien; sigue siendo la mejor manera de estar solo. Yo era criminal, ahora me cambio; cambio de casaca y apuesto que seré un santo.

HEINRICH. — ¿Quién juzgará?

GOETZ. — Tú, dentro de un año y un día. No tienes más que apostar.

HEINRICH. — ¡Si apuestas, pierdes de antemano, imbécil! Harás

el Bien para pagar una apuesta.

GOETZ. — ¡Justo! Bien, juguemos a los dados. Si gano yo, triunfa el Mal. Si pierdo, ¡ah! Si pierdo, no sospecho siquiera lo que haré. Bueno, ¿quién juega contra mí? ¡Nasty!

NASTY. - No.

GOETZ. - ¿Por qué?

NASTY. — Está mal hecho.

GOETZ. — Sí, está mal. ¿Qué te imaginas? Vamos, panadero, todavía soy malo.

NASTY. — Si quieres hacer el Bien, no tienes más que decidir

hacerlo, simplemente.

GOETZ. — Quiero poner al Señor al pie del muro. Esta vez tiene que ser sí o no: si me hace ganar, arde la ciudad y sus responsabilidades estarán bien establecidas. Vamos, juega: si Dios está contigo, no tienes por qué temer. ¿No te atreves, cobarde? ¿Prefieres que te ahorquen? ¿Quién se atreve?

CATALINA. - Yo!

GOETZ. — ¿Tú, Catalina? (La mira.) ¿Por qué no? (Le da los dados.) Juega.

CATALINA (jugando). — Dos y uno. (Se estremece.) Será difícil

que pierdas.

GOETZ. — ¿Quién te ha dicho que quiera perder? (Echa los dados en el cubilete.) Estás atrapado, Señor. Ha llegado el momento de tender las cartas.

(Juega.)

CATALINA. — Par de ases... ¡Perdiste!

GOETZ. — Me conformaré, pues, a la voluntad de Dios. Adiós, Catalina.

CATALINA. — Bésame. (Él la besa.) Adiós, Goetz.

GOETZ. — Toma esta bolsa y vete donde quieras. (A FRANTZ.) Frantz, ve a decir al capitán Ulrich que mande acostar a los soldados. Tú, Nasty, regresa a la ciudad, todavía es tiempo de detener el motín. Si abres las puertas al amanecer, si los sacerdotes salen de Worms sanos y salvos y vienen a colocarse bajo mi protección, levantaré el sitio al mediodía. ¿De acuerdo?

NASTY. - De acuerdo.

GOETZ. — ¿Recuperaste la fe, profeta? NASTY. — Jamás la había perdido.

GOETZ. — ¡Afortunado!

HEINRICH. — Les devuelves la libertad, les devuelves la vida y la esperanza ¿Pero a mí, perro, a mí a quien me obligaste a traicionar, me devolverás mi pureza?

GOETZ. — Cosa tuya es recuperarla. Después de todo, no se hizo

mayor mal.

HEINRICH. — ¡Qué importa lo que se hiciera! Mi intención era lo que contaba. Pero te seguiré, te seguiré paso a paso, de día y de noche; cuenta conmigo para pesar tus actos. Y puedes estar tranquilo: dentro de un año y un día, donde quiera que

te halles, cumpliré la cita.

GOETZ. — Ya viene el alba. ¡Qué fría está! El alba y el Bien han entrado en mi tienda y ya no estamos alegres; ésta solloza, aquél me odia; se creería uno al día siguiente de una catástrofe. Acaso el Bien sea desesperante... Poco me importa, por lo demás; no me toca juzgarlo, sino hacerlo. Adiós. (Sale. CATALINA se echa a reír.)

CATALINA (riendo hasta las lágrimas). — ¡Hizo trampa! ¡Yo lo

vi, lo vi; hizo trampa para perder!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUARTO CUADRO

ESCENA I

KARL y dos campesinos

CAMPESINO 1º. - ¡Cómo aúllan ahí dentro!

KARL. — Son los barones; ¡imagínate si no estarán locos de rabia!

CAMPESINO 1°. — ¿Y si se asusta y renuncia?

KARL. — No hay peligro; es testarudo como una vaca. Escondeos, ahí viene.

ESCENA II

Los campesinos, ocultos, GOETZ y KARL

GOETZ. — Hermano, ¿quieres traernos una garrafa de vino? Bastará con tres vasos; yo no bebo. Hazlo por amor a mí.

KARL. — Por amor a tí lo haré, hermano.

(Sale GOETZ. Los campesinos salen de su escondite, riéndose y golpeándose los muslos.)

Los CAMPESINOS. — ¡Hermano, hermanito, hermanillo! ¡Toma! ¡Toma por amor a tí!

(Se dan de palmadas, riendo.)

KARL (colocando los vasos en una bandeja). — Todos los criados son sus hermanos. Dice que nos ama; nos mima y a veces nos besa. Ayer se divirtió lavándome los pies. ¡El gentilísimo señor! ¡El buenísimo hermano! ¡Puah! (Escupe.) Es una palabra que me quema la boca. Tengo que escupir cada vez que la pronuncio. Lo ahorcarán por haberme llamado hermano y cuando

le echen la soga al cuello lo besaré en los labios y le diré: "Buenas noches, hermanillo. Muere por amor a mí."

(Sale, llevando los vasos y la bandeja.)

CAMPESINO 1º. — Ése es un hombre. A él no le vienen con cuentos.

CAMPESINO 2º. — Me dijeron que sabía leer.

CAMPESINO 1°. — ¡Diablos!

KARL (regresando). — He aquí las órdenes. Recorred las tierras de Nossak y de Schulheim. Dad la noticia hasta en el más pequeño caserío: "Goetz regala a los campesinos las tierras de Heidenstamm." Dejadlos que se recobren y agregad: "Si os regala sus tierras el putañero, el bastardo, ¿por qué no da las suyas el muy alto señor el Schulheim?" Excitadlos, enloquecedlos de rabia, sembrad la inquietud por doquiera. ¡Idos! (Salen.) Goetz, mi querido hermano, ya verás cómo echo a perder tus buenas obras. Reparte, pues, tus tierras; un día lamentarás no haber muerto antes de repartirlas. (Ríe.) ¡Amor! ¡Todos los días te visto y te desvisto, veo tu ombligo, los dedos de tus pies, tu trasero, y quieres que te ame! ¡Cochino amor! Conrad era duro y brutal, pero sus insultos me ofendían menos que tu bondad. (Entra NASTY.) ¿Tú, qué quieres?

ESCENA III

KARL y NASTY

NASTY. - Goetz me hizo llamar

KARL. - ¡Nasty!

NASTY (reconociéndolo). - ¡Eres tú!

KARL. — ¿Conoces a Goetz? ¡Buenas relaciones tienes!

NASTY. — No te metas en eso. (Pausa.) Sé lo que proyectas hacer, Karl. Obrarás con prudencia si te estás tranquilo y esperas mis órdenes.

KARI. — Los campos no tienen nada que hacer con las órdenes

de la ciudad.

NASTY. — Si intentas ese sucio golpe, haré que te cuelguen.

KARL. — Ten cuidado, no seas tú el ahorcado. Ante todo: ¿qué haces aquí? Me parece sospechoso. Vienes a hablar con Goetz y luego nos disuades de la revuelta: ¿quién me dice que no te han comprado?

NASTY. — ¿Y quién me dice a mí que no te han pagado a ti para hacer que estalle prematuramente la rebelión y puedan

aplastarla los señores?

KARL. - Aquí está Goetz.

GOETZ, NASTY, los BARONES

(GOETZ entra de espaldas, acosado por los barones SCHUL-HEIM, NOSSAK y RIETSCHEL que lo rodean vociferando.)

NOSSAK. — Tú te ríes de los campesinos; lo que quieres es nuestro pellejo.

SCHULHEIM. - Quieres lavar con nuestra sangre las juergas de tu madre?

NOSSAK. - ¿Y convertirte en el enterrador de la nobleza ale-

GOETZ. — Hermanos, queridísimos hermanos míos, ni siguiera sé de qué me habláis.

RIETSCHEL. - No sabes que tu gesto va a encender la pólvora? ¿Que nuestros campesinos se volverán locos rabiosos si no les damos inmediatamente las tierras y nuestra bendición, por añadidura?

SCHULHEIM. — ¿No sabes que irán a sitiarnos en nuestros cas-

RIETSCHEL. — ¿Que si aceptamos, será la ruina, y si nos negamos, la muerte?

NOSSAK. — ¿No sabes todo esto?

GOETZ. — Mis queridísimos hermanos...

SCHULHEIM. — ¡Déjate de mojigangas! ; Renuncias? Contesta sí o no.

GOETZ. — Perdonadme, hermanos, pero mi respuesta es no.

SCHULHEIM. — ¡Eres un asesino!

GOETZ. — Sí, hermano, como todo el mundo.

SCHULHEIM. — ¡Un bastardo! GOETZ. — Sí, como Jesucristo.

SCHULHEIM. — ¡Saco de inmundicia! ¡Excremento de la tierra! (Le da un punetazo en el rostro. GOETZ se tambalea, pero se endereza y avanza sobre SCHULHEIM; todos retroceden. De repente, GOETZ se arroja por tierra cuan largo es.)

GOETZ. — ¡Socorro, ángeles! ¡Ayudadme a vencerme! (Todo su cuerpo tiembla.) No pegaré. Me cortaré la mano derecha, si quiero pegar. (Se retuerce en el suelo. SCHULHEIM le da un puntapié.) Rosas, lluvia de rosas, caricias. ¡Cómo me ama, Dios! Lo acepto todo. (Se levanta.) ¡Soy un perro bastardo, un saco de inmundicia, un traidor, orad por mí!

SCHULHEIM (pegándole). — ; Renuncias? GOETZ. — Si me pegas, te mancharás.

RIETSCHEL (amenazante). - ; Renuncias?

GOETZ. — ¡Líbrame, Señor, del abominable deseo de reír! SCHULHEIM. — ¡Dios mío! RIETSCHEL. — Venid, perdemos el tiempo.

ESCENA V

NASTY, GOETZ, KARL

GCETZ (alegremente, dirigiéndose hacia NASTY). - Salud, Nasty. Salud, hermano mío. Me alegra mucho verte de nuevo. Hace dos meses, bajo los muros de Worms, me ofreciste la alianza de los pobres. Pues bien, la acepto. Espera: me toca hablar a mí: voy a darte buenas noticias. Antes de hacer el Bien, me dije que era menester conocerlo y reflexioné largamente. Pues bien, Nasty, lo conozco va. El Bien es el Amor. Está bien; pero el hecho es que los hombres no se aman; ¿y qué es lo que les impide amarse? La desigualdad de las condiciones, la servidumbre y la miseria. Es preciso, pues, suprimirlas. Hasta aquí estamos de acuerdo, ¿verdad? No me sorprende: he aprovechado tus lecciones. Sí, Nastv, he pensado mucho en ti estos últimos tiempos. Sólo que tú quieres dejar para más tarde el reino de Dios; pero yo soy más ladino: he encontrado un medio para que comience en seguida, al menos en un rincón de la tierra, aquí. Primero: abandono mis tierras a los campesinos. Segundo: organizo en esta misma tierra la primera comunidad cristiana; ¡todos iguales! ¡Ah!, Nasty: soy capitán y estoy librando la batalla del Bien, que pretendo ganar inmediatamente y sin efusión de sangre. ¿Quieres ayudarme? Tú sabes hablar a los pobres. Entre los dos reconstruiremos el Paraíso pues el Señor me ha elegido para borrar nuestro pecado original. Óveme, he encontrado un nombre para mi falansterio: lo llamo la Ciudad del Sol. ¿Qué pasa? ¡Aĥ! ¡Cabeza de mulo! ¡Aguafiestas! ¿Qué tienes que reprocharme ahora?

NASTY. — Guarda para ti tus tierras.

GOETZ. — ¿Guardar mis tierras? ¿Y eres tú, Nasty, el que me lo pide? ¡Pardiez, todo esperaba menos esto!

NASTY. — Guárdalas. Si quieres nuestro bien, quédate tranquilo y, sobre todo, no toques nada.

GOETZ. — Entonces, también crees tú que los campesinos van a rebelarse?

NASTY. - No lo creo, lo sé.

GOETZ. — He debido sospecharlo. He debido prever que escandalizaría tu alma estrecha y terca. Hace un momento, esos cerdos, y ahora, tú. ¡Cuánta razón he de tener para que gritéis tan fuerte! Pues bien, eso me estimula. Daré esas tierras. ¡Vava si las daré! Se hará el Bien contra todos.

NASTY. — ¿Quien te ha pedido que las des?

GOETZ. — Sé que debo darlas.

NASTY. - Pero quién te lo ha pedido?

GOETZ. — Lo sé, te digo. Veo mi camino como te veo a ti: Dios me ha prestado su luz.

NASTY. — Cuando Dios se calla, se le puede hacer decir lo que uno quiera.

GOETZ. - Oh, profeta admirable! Treinta mil campesinos se mueren de hambre, yo me arruino para aliviar su miseria y tú me anuncias tranquilamente que Dios me prohíbe salvarlos.

NASTY. — ¡Tú, salvar a los pobres? Sólo puedes corromperlos.

GOETZ. — ¿Quién los salvará entonces?

NASTY. - No te inquietes por ellos; se salvarán solos.

GOETZ. - Y qué será de mí, si se me quitan los medios de hacer el Bien?

NASTY. — Tienes trabajo; administrar tu fortuna y acrecentarla, basta para llenar una vida.

GOETZ. - ¿Debo, pues, convertirme en un mal rico para complacerte?

NASTY. - No hay malos ricos. Hay ricos, simplemente.

GOETZ. — Nasty, soy de los tuyos. NASTY. — No.

GOETZ. — ¡No fui pobre toda mi vida?

NASTY. — Hay dos especies de pobres: los que son pobres en comunidad y los que lo son en soledad. Los primeros son los auténticos; los otros son ricos que no tuvieron suerte.

GOETZ. — Supongo que tampoco son pobres los ricos que dieron sus bienes.

NASTY. — No, ésos son antiguos ricos.

GOETZ. — Entonces, yo estaba perdido de antemano. Avergüénzate, Nasty, de condenar sin remisión a un cristiano. (Marcha agitadamente.) Por orgullosos que sean los hidalgüelos que me odian, no lo son tanto como vosotros y me sería menos difícil entrar en su casta que en la vuestra. ¡Paciencia! Gracias, Señor: los amaré, pues, sin esperar igual pago. Mi amor hará que se derrumben los muros de tu alma acerba; desarmará el enojo de los pobres. Te amo, Nasty, os amo a todos.

NASTY (con mayor dulzura). — Si nos amas, renuncia a tu provecto.

GOETZ. — No.

NASTY (cambiando de tono, más apremiante). — Escucha; necesito siete años.

GOETZ. — ¿Para qué?

NASTY. — Dentro de siete años estaremos listos para comenzar la guerra santa. No antes. Si arrojas ahora los campesinos a la revuelta, no les doy ocho días de plazo para que los exterminen. Se necesitará más de medio siglo para reconstruir lo que, de esta manera, destruirías en una semana.

KARL. — Acaban de llegar los campesinos, señor.

NASTY. — Despídelos, Goetz. (GOETZ no responde.) Escucha; si realmente quieres ayudarnos, puedes hacerlo.

GOETZ (a KARL). — Ruégales que esperen, hermano. (Sale KARL.) ¿Qué es lo que me propones?

NASTY. — Conservarás tus tierras.

GOETZ. — Depende de lo que me propongas.

NASTY. — Si las conservas, pueden servirnos de lugar de asilo y reunión. Yo me instalaré en una de tus aldeas. De allí irradiarán mis órdenes para toda Alemania; de allí partirá, dentro de siete años, la semana de la guerra. Puedes prestarnos inestimables servicios. ¿Qué dices?

GOETZ. - No.

NASTY. - Te niegas?

GOETZ. — No haré el Bien a plazos. ¿No me has comprendido, pues, Nasty? Gracias a mí, antes de que termine el año la felicidad, el amor y la virtud reinarán sobre diez mil arpendes de tierra. Quiero construir en mi dominio la Ciudad del Sol y tú quieres que haga de él una guarida de asesinos.

NASTY. — Se sirve al Bien como un soldado, Goetz, ¿y cuál es el soldado que por sí solo gana una guerra? Comienza por ser

modesto.

GOETZ. — No seré modesto. Humilde, todo lo que quieran, pero no modesto. La modestia es la virtud de los tibios. (Pausa.) ¿Por qué habría de ayudarte yo a preparar la guerra? ¡Dios ha prohibido verter sangre y tú quieres ensangrentar a Alemania! No seré yo tu cómplice.

NASTY. — ¿No verterás sangre? Anda, reparte tus tierras, regala tu castillo y verás cómo comienza a sangrar la tierra alemana.

GOETZ. — No sangrará. El Bien no puede engendrar el Mal.

NASTY. — El Bien no engendra el Mal, convenido. Pero como tu loca generosidad va a provocar una matanza, habrá que convenir Igualmente en que no haces el Bien.

GOETZ. - ¿Sería hacerlo, perpetuar el sufrimiento de los po-

bres?

NASTY. — Pido siete años.

GOETZ. — ¿Y los que mueran de aquí a entonces? ¿Los que habiendo pasado su vida en el odio y el terror, revienten en la desesperación?

NASTY. - ¡Dios salve sus almas!

GOETZ. — ¡Siete años! Y después de siete años de espera vendrán siete años de guerra y luego siete años de penitencia porque habrá que reconstruir las ruinas, y sabe Dios lo que vendrá después; acaso una nueva guerra y una nueva penitencia y unos nuevos profetas que pedirán siete años de paciencia. Charlatán: ¿los harás esperar hasta el día del Juicio? Yo digo que el Bien es posible, todos los días, a toda hora, en este mismo instante: yo seré el que hace el Bien de inmediato. Heinrich decía: "Basta que dos hombres se odien para que el odio, de uno a uno, contagie al universo entero." Y yo digo que, en verdad, basta que un hombre ame a todos los hombres con un amor sin reservas para que ese amor se contagie, de uno a uno, a toda la humanidad.

NASTY. — ¿Y tú serás ese hombre?

GOETZ. — Lo seré, sí, con la ayuda de Dios. Sé que el Bien es más difícil que el Mal. El Mal sólo era yo, el Bien es todo. Pero no temo. Es preciso recalentar la tierra y yo la recalentaré. Dios me ha dado el mandato de deslumbrar, y deslumbraré, sangraré luz. Soy un carbón ardiente; el soplo de Dios me atiza; ardo vivo. Estoy enfermo del Bien, panadero, y quiero que esta enfermedad sea contagiosa. Seré testimonio, mártir y tentación.

NASTY. — Impostor.

GOETZ. — ¡No me inquietarás! Veo, sé, la luz lo inunda todo; profetizaré.

NASTY. — Aquel que dice: "Haré lo que creo bueno, aunque perezca el mundo", es un falso profeta, un agente del diablo.

GOETZ. — Falso profeta y agente del diablo es el que dice: "Perezca primero el mundo y veré luego si el Bien es posible."

NASTY. — Goetz, si me estorbas, te aplastaré.

GOETZ. — ¿Podrías tú matarme, Nasty?

NASTY. — Ší, si me estorbas.

GOETZ. — Yo no podría hacerlo: el amor es mi destino. Voy a repartir mis tierras.

TELÓN

QUINTO CUADRO

Ante el portal de una iglesia de aldea. Bajo el porche, dos bancos. Sobre uno de ellos hay un tambor, sobre el otro, una flauta.

ESCENA I

GOETZ y NASTY, luego los CAMPESINOS

GOETZ (entra llamando). — ¡Hola! Ni un alma en treinta leguas; se esconden bajo tierra. Mi bondad ha caído sobre ellos como una catástrofe. ¡Imbéciles! (Se vuelve bruscamente hacia NASTY.) ¿Por qué me sigues?

NASTY. - Para asistir a tu fracaso.

GOETZ. — No habrá fracaso. Hoy coloco la primera piedra de mi ciudad. Me imagino que estarán en las bodegas. Paciencia. Que atrape yo siquiera a media docena y verás si sé convencerlos. (Gritos, música de pífanos.) ¿Qué es esto? (Entra una procesión de campesinos, medio ebrios, trayendo una santa de yeso sobre una parihuela.) ¡Felices estáis! ¿Festejáis el gracioso don de vuestro antiguo Señor?

UN CAMPESINO. — Dios nos libre, buen monje.

GOETZ. — Yo no soy monje.

(Se quita la capucha.)

LOS CAMPESINOS. — ¡Goetz!

(Retroceden espantados. Algunos se santiguan.)

GOETZ. — ¡Goetz, sí, Goetz, el enterrador! Goetz, el Atila que ha dado sus tierras por caridad cristiana. ¿Tan temible parezco? Acercaos: quiero hablaros. (Pausa.) ¿Y bien, qué esperáis? ¡Acercaos! (Silencio obstinado de los campesinos. Con un tono más imperioso.) ¿Quién manda aquí?

UN ANCIANO (a regañadientes). — Yo.

GOETZ. — Acércate.

(El ANCIANO se separa del grupo y se le acerca. Los CAMPE-SINOS los miran en silencio.)

GOETZ. — Dime: he visto unos sacos de grano en la granja señorial. ¿Es que no me habéis entendido? No más diezmos, no más impuestos.

£L ANCIANO. — Queremos que todavía por algún tiempo todo siga lo mismo.

GOETZ. - Por qué?

EL ANCIANO. — Para ver qué pasa.

GOETZ. — Está bien. El grano se pudrirá. (Pausa.) ¿Y qué decís de vuestra nueva condición?

EL ANCIANO. - No hablemos de eso, señor.

GOETZ. — Yo ya no soy tu señor. Llámame hermano, ¿me oyes? EL ANCIANO. — Sí, señor.

GOETZ. - Hermano, te digo.

EL ANCIANO. - No, eso no.

GOETZ. — Te lo or... Te lo suplico.

EL ANCIANO. — Serás mi hermano, si te empeñas, pero yo no seré el tuyo. Cada cual en su lugar, señor.

GOETZ. — Anda, anda. Ya te acostumbrarás. (Señalando la flauta y el tambor.) ¿Qué es eso?

EL ANCIANO. — Una flauta y un tambor.

GOETZ. — ¿Quién los toca?

EL ANCIANO. — Los monjes.

GOETZ. - ¿Hay monjes aquí?

EL ANCIANO. — El hermano Tetzel vino de Worms con dos frailucos para vendernos indulgencias.

GOETZ (amargamente). — Por eso estáis contentos, ¿eh? (Bruscamente.) ¡Al diablo! No quiero aquí esas cosas. (Silencio del ANCIANO.) Esas indulgencias no valen nada. ¿Crees que Dios va a chalanear sus perdones? (Pausa.) ¿Si todavía fuese tu amo y te ordenase expulsar de aquí a esos tres ladrones, lo harías?

EL ANCIANO. — Sí, lo haría.

GOETZ. — Pues bien: por última vez, es tu amo quien te ordena. EL ANCIANO. — Ya no eres nuestro señor.

GOETZ. — Vete. Eres demasiado viejo. (Lo rechaza, salta sobre la escalinata y se dirige a todos.) ¿Os habéis preguntado siquiera por qué os he regalado mis tierras? (Señalando a un campesino.) Responde tú.

EL CAMPESINO. — No sé.

GOETZ (a una mujer). — ¿Y tú?

LA MUJER (vacilando). — Tal vez... porque quisiste hacernos felices.

GOETZ. — ¡Bien contestado! Sí, eso es lo que he querido. Pero la felicidad no es más que un medio. ¿Qué pensáis hacer?

LA MUJER (asustada). — ¿Con la felicidad? Habría que tenerla primero...

GOETZ. — La tendréis, no temas. Qué haréis con ella?

LA MUJER. — No hemos pensado. Ni siquiera sabemos lo que es.

GOETZ. — Pero vo lo he pensado por vosotros. (Pausa.) Vosotros sabéis que Dios nos manda amar. Hasta ahora, esto era imposible. Todavía ayer, hermanos míos, erais demasiado desdichados para que se pensase en pediros amor. Pero yo he querido que no tengáis excusa alguna. Voy a haceros gordos y ricos, y amaréis, pardiez, exigiré que améis a todos los hombres. Renuncio a mandar en vuestros cuerpos, pero es para guiar vuestras almas que Dios me ilumina. Yo soy el arquitecto y vosotros los obreros: todo es de todos, las herramientas y las tierras en común, no más pobres, no más ricos, no más ley que la ley del amor. Seremos el ejemplo de toda Alemania. ¿Vamos, muchachos, intentamos la empresa? (Silencio.) No me disgusta asustaros al comienzo; nada es más tranquilizador que un buen diablo viejo. Pero los ángeles, hermanos míos, los ángeles son sospechosos. (La multitud suspira, suspira y se agita.) ¡Por fin! ¡Por fin me sonreís!

LA MULTITUD. — ¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! GOETZ (volviéndose, ve a TETZEL, con despecho). — ¡Que el

diablo se lleve a los monjes!

ESCENA II

Los mismos, TETZEL, dos frailucos y un cura

(Los dos frailucos toman sus instrumentos. Traen una mesa que colocan en el escalón superior. TETZEL pone sobre la mesa sus rollos de pergamino.)

TETZEL. — ¡A ver, los abuelos! ¡Acercáos! ¡Acercáos, que no he comido ajo! (Se ríen.) ¿Cómo van por acá las cosas? ¿Es buena la tierra?

LOS CAMPESINOS. — No muy mala.

TETZEL. — ¿Y las esposas? Detestables siempre?

LOS CAMPESINOS. — ¡Diablo! ¡Como en todas partes!

TETZEL. — No os quejéis: os protegen del diablo porque son más zorras que él. (La multitud ríe.) ¡Bueno, muchachos, esto no es todo: vamos a hablar de cosas serias! ¡Música! (Tambor y píjano.) Trabajar siempre, es cosa buena y bella, pero, a veces, se apoya uno en su azadón, mira a lo lejos y se dice: "¿Qué va a pasarme después de muerto?" No basta con tener una hermosa tumba muy florida: el alma no se queda allí. ¿Adónde irá? ¡Al infierno? (Tambor.) ¿O al paraíso? (Flauta.) Buenas gentes, Dios se ha hecho la misma pregunta. Tanto se inquieta por vosotros el buen Dios, que ya no duerme. A ver, tú ¿cómo te llamas?

EL CAMPESINO. — Peter.

TETZEL. — Bueno, Peter, de vez en cuando te tomas una copita de más, ¿verdad? ¡Vamos, no mientas!

EL CAMPESINO. — ¡Eh!, a veces me pasa.

TETZEL. — ¿Y a tu mujer, le pegas?

EL CAMPESINO. — Cuando he bebido.

TETZEL. — ¿Pero tú temes a Dios?

EL CAMPESINO. — ¡Oh! sí, hermano.

TETZEL. — ¿Y amas a la Virgen?

EL CAMPESINO. — Más que a mi madre.

Tetzel. — Pues ahí tienes a Dios en un conflicto. "Ese hombre, se dice Dios, no es muy malo. Y no tengo ganas de hacerle mucho mal. Sin embargo, ha pecado y debo castigarlo."

EL CAMPESINO (desolado). — ¡Ay!

TETZEL. — Espera. ¡Felizmente, ahí están los santos! Cada uno de ellos ha merecido cien mil veces el cielo, pero eso no les sirve de nada puesto que sólo pueden entrar una vez. ¿Entonces, qué se dice el buen Dios? Se dice: "Para no dejar perder las entradas que no se usan, voy a distribuirlas entre quienes no las merecen. El bueno de Peter, si compra una indulgencia al hermano Tetzel, entrará en mi paraíso con una de las invitaciones de San Martín". ¿Eh? ¿Eh? ¿No os parece un lindo truco? (Aclamaciones.) Vamos, Peter, saca la bolsa. Hermanos míos: Dios les propone este negocio increíble: el paraíso por dos escudos; ¿quién es el miserable, quién es el roñoso que no dará dos escudos por su vida eterna? (Toma los dos escudos de PETER.) Gracias. Vete a tu casa y no peques más. ¿Quien quiere? Mirad: he aquí un artículo utilísimo. Cuando presenteis este rollo a vuestro cura, estará obligado a perdonaros el pecado mortal que escojáis. ¿Verdad, cura?

EL CURA. - Obligado, es verdad.

TETZEL. — ¿Y qué? (Blande un pergamino.) ¡Ah! ¡Hermanos míos! ¡Éste es una delicadeza del buen Dios! Estas indulgencias que veis aquí, han sido especialmente estudiadas para las buenas gentes que tienen familia en el purgatorio. Si dais la suma necesaria, toda vuestra familia difunta desplegará sus alas y se remontará al cielo: Dos escudos por cada persona transferida; la transferencia es inmediata. ¡Vamos! ¿Quién quiere? ¿A ver, tú, a quién has perdido?

UN CAMPESINO. — A mi madre.

TETZEL. — ¿A tu madre solamente? ¿A tu edad, sólo has perdido a tu madre?

EL CAMPESINO (vacilante). — Bueno, también un tío pero...

TETZEL. — ¿Y dejarás a tu pobre tío en el purgatorio? ¡Vamos, vamos! Cuéntame cuatro escudos. (Los toma y los mantiene encima de su escarcela.) Atención, muchachos, atención: cuando caigan los escudos, volarán las almas. (Deja caer los escudos en la escarcela. Flauta.) ¡Una! (Flauta.) ¡Y dos! ¡Vedlas! ¡Vedlas! ¡Revolotean por encima de vosotros; dos blancas mariposas! (Flauta.) ¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto! Rezad por nosotros y saludad a todos los santos. ¡Vamos, muchachos, un pequeño saludo para esos dos encantos! (Aplausos.) ¿A quién le toca el turno? (Los campesinos se acercan en manada.) ¿Por tu mujer y tu abuela? ¿Por tu hermana? (Flauta. Flauta.) ¡A pagar! ¡A pagar!

GOETZ. - ¡Atrás!

(Rumores en la multitud.)

TETZEL (al CURA). - ¿Quién es éste?

EL CURA. — Es su antiguo señor. Nada que temer.

GOETZ. — Insensatos que os creéis pagados con una limosna: ¿pensáis acaso que los mártires se dejaron quemar vivos para que vosotros entraseis al paraíso como se entra a un molino? ¡Y en cuanto a los santos, no os salvaréis comprando sus méritos sino adquiriendo sus virtudes!

UN CAMPESINO. — Entonces, prefiero ahorcarme y que me condenen de una vez. No puede uno hacerse santo cuando se trabajan dieciséis horas al día.

TETZEL (al campesino). — Tú cállate, borrico. No se te pide tanto. Compra de vez en cuando un par de indulgencias y Dios te concederá misericordia.

GOETZ. — ¡Anda! Cómprale sus papelotes. ¡Con dos escudos te hará pagar el derecho a incurrir de nuevo en tus vicios, pero Dios no ratificará el trato! ¡Irás al infierno!

TETZEL. — ¡Quítales la esperanza! ¡Quítales la fe! ¡Valor! ¿Y qué les darás en cambio?

GOETZ. — El amor.

TETZEL. — ¿Qué sabes tú de amor?

GOETZ. — ¿Qué sabes tú de él? ¿Cómo podría amarlos quien los desprecia lo bastante como para venderles el cielo?

TETZEL (a los campesinos). — ¿Os desprecio yo, corderillos míos?

Topos. — ¡Oh!

TETZEL. — ¿No os amo yo, pollitos míos?

LOS CAMPESINOS. — ¡Sí, sí! ¡Nos amas!

TETZEL. — Soy de Iglesia, hermanos míos: fuera de la Iglesia

no hay amor. La Iglesia es madre de todos nosotros; por el canal de sus monjes y de sus sacerdotes, dispensa a todos sus hijos, a los más desheredados lo mismo que a los favoritos de la suerte, el mismo amor maternal. Se oyen una campanilla y una carraca. Entra el LEPROSO. Los campesinos se refugian al otro lado de la escena, presas del pánico.) ¿Qué pasa?

(El cura y los frailucos entran corriendo en la Iglesia.)

LOS CAMPESINOS (mostrándole al LEPROSO con el dedo). — ¡Míralo! ¡Ahí viene! ¡Ten cuidado! ¡El leproso!

TETZEL (horrorizado). — ¡Ay, mi dulce Jesús!

(Pausa. GOETZ se aproxima al LEPROSO.)

GOETZ (a TETZEL, señalándole al LEPROSO). — ¡Bésalo!

TETZEL. - ¡Puah!

GOETZ. — Si la Iglesia ama sin asco ni reserva al más desheredado de sus hijos, ¿qué esperas para besarlo? (TETZEL dice que no con la cabeza.) Jesús lo hubiese tomado en sus brazos. Yo lo amo más que tú.

(Pausa. GOETZ. se acerca al LEPROSO.)

EL LEPROSO (entre dientes). — Otro que me va a hacer el truco del beso al leproso.

GOETZ. - Acércate, hermano.

EL LEPROSO. — ¡Ya está! (Se aproxima a regañadientes.) Si con eso te salvas, no puedo negarme, pero date prisa. Todos son iguales: se creería que Dios me hizo leproso expresamente para darles la ocasión de ganar el cielo. (GOETZ va a besarlo.) En la boca no, ¿ch? (Beso.) ¡Puah! (Se limpia.)

TETZEL (echándose a reír). — ¿Y bien? ¿Estás contento? ¡Mira cómo se limpia la boca! ¿Está menos leproso que antes? Dime,

leproso, ¿cómo va la vida?

EL LEPROSO. — Iría mejor si hubiese menos hombres santos y más leprosos.

TETZEL. — ¿Dónde vives?

EL LEPROSO. — En el bosque, con otros leprosos.

TETZEL. — ¿Y qué hacéis todo el día?

EL LEPROSO. — Nos contamos cuentos de leprosos.

TETZEL. — ¿Por qué viniste a la aldea?

EL LEPROSO. — Para ver si podía recoger una indulgencia.

TETZEL. — Enhorabuena.

EL LEPROSO. — ¿Es verdad que las vendes?

TETZEL. - A dos escudos.

EL LEPROSO. — Ni tengo un ochavo.

TETZEL (triunfante, a los campesinos). — Mirad! ¿Ves esta bella indulgencia nuevecita? ¿Qué prefieres? ¿Qué te la dé o que te bese en los labios?

EL LEPROSO. — Pardiez...

TETZEL. - ¡Ah!, no, haré lo que tú quieras. Escoge.

EL LEPROSO. — Pardiez, prefiero que me la des.

TETZEL. — Ahí la tienes, gratis pro Deo, es un regalo de tu Santa Madre Iglesia. Toma.

EL LEPROSO. - ¡Viva la Iglesia!

(TETZEL le arroja la indulgencia, que el LEPROSO atrapa en el aire.)

TETZEL. - ¡Y ahora, vete! ¡De prisa!

(Sale el LEPROSO. Ruido de campanilla y carraca.)

TETZEL. — ¿Y bien? ¿Quién lo amaba más?

LA MUCHEDUMBRE. — ¡Tú! ¡Tú! ¡Viva Tetzel!

TETZEL. — Y ahora, hermanos, continuemos. A quién le toca el turno? Por tu hermana que murió en país remoto. (Flauta.) Por las tías que te educaron. Por tu madre. Por tu padre y tu madre, por tu hijo mayor. A pagar! A pagar! A pagar!

GOETZ. — ¡Perros! (Golpea la mesa y echa a rodar el tambor por la escalinata.) Cristo atrojó a los mercaderes del templo... (Se detiene, mira a los campesinos silenciosos y hostiles, se echa el capuchón sobre el rostro y cae de rodillas contra el muro de la iglesia, gimiendo.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Vergüenza de mí, que no sé hablarles! ¡Señor, haz que encuentre el camino de sus corazones! (Los campesinos lo miran, TETZEL sonríe; los campesinos miran a TETZEL. TETZEL guiña el ojo, se lleva el dedo a los labios para imponer silencio y, con un movimiento de la cabeza, les indica la puerta de la iglesia. Por ella entra de puntillas. Los campesinos entran en la iglesia llevando a la santa en la parihuela. Desaparecen todos. Un momento de silencio. Luego, vestido de laico, aparece HEINRICH en el umbral de la iglesia.)

ESCENA III

HEINRICH, GOETZ, NASTY

(HEINRICH baja hacia GOETZ, sin ver a NASTY.)

HEINRICH. — Tomas a las almas por legumbres.

GOETZ. — ¿Quién habla?

HEINRICH. — El hortelano puede decidir lo que conviene a las zanahorias, pero nadie puede escoger el bien de los demás por cuenta propia.

GOETZ. - ¿Quién habla? ¿Heinrich?

HEINRICH. — Sí.

GOETZ (se levanta y echa atrás su capuchón). — Estaba seguro de volver a verte en cuanto diera el primer paso en falso. (Pausa.) ¿Qué vienes a hacer aquí? ; A alimentar tu odio?

HEINRICH. — "El que siembra el Bien cosechará el Bien". ¿Lo dijiste tú, verdad?

GOETZ. — Lo dije, y lo repito todavía.

(Pausa.)

HEINRICH. — He venido a traerte la cosecha.

GOETZ. — Es demasiado pronto para cosechar. (Pausa.)

HEINRICH. — Catalina se muere: es tu primera cosecha.

GOETZ. — ¿Se muere? Que Dios reciba su alma. ¿Qué quieres que haga yo? (HEINRICH se rie.) ¡No te rias, imbécil! Bien ves que no sabes reir.

HEINRICH (con tono de excusa). — Él me hace muecas.

GOETZ (volviéndose vivamente). — ¿Quién? (Comprende.) ¡Ah! (Volviéndose hacia HEINRICH.) ¡Ah!, ¿ya no os separáis nunca?

HEINRICH. — Nunca más.

GOETZ. — Es una compañía.

HEINRICH (pasándose la mano por el rostro). — Fatigante.

GOETZ (acercándosele). — Heinrich... si te he hecho mal, perdóname.

HEINRICH. — Perdonarte... ¿para que vayas a jactarte en todas partes de haber cambiado el odio en amor, como el Cristo cambiaba el agua en vino?

GOETZ. — Tu odio me pertenece. Te libraré de él y del diablo. HEINRICH (con una voz cambiada, como si otro hablase por su boca). — En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre soy yo; el diablo es mi Hijo; el odio es el Espíritu Santo. Menos tiempo tardarás en hacer pedazos la Trinidad celeste que en cortar en tres nuestra Trinidad.

GOETZ. — Buenas noches, entonces. Anda a decir tus misas en

Worms y encontrémonos dentro de nueve meses.

HEINRICH. — Nunca regresaré a Worms ni jamás diré ya una misa. Ya no soy de Iglesia, bufón. Me retiraron el derecho a celebrar los oficios y administrar los sacramentos.

GOETZ. — ¿Qué pueden reprocharte?

HEINRICH. — El haberme hecho pagar la entrega de la ciudad.

GOETZ. — Es una infecta mentira.

HEINRICH. — Fui yo quien dijo esa mentira. Subí al púlpito y lo confesé todo ante todos; mi amor al dinero, mi envidia, mi indisciplina y mis deseos carnales.

GOETZ. — Mentías.

HEINRICH. — ¿Y qué? Por doquiera se repetía en Worms que la Iglesia abominaba de los pobres y que me había dado orden de entregarlos a la matanza. Había que suministrarle un pretexto para que renegase de mí.

GOETZ. - Pues bien; has expiado.

HEINRICH. — ¡Muy bien sabes tú que jamás se expía!

GOETZ. — Es verdad. Nada borra nada. (Pausa. Bruscamente, acercándose a HEINRICH.) ¿Qué le pasa a Catalina?

HEINRICH. — Su sangre se pudre, su cuerpo está cubierto de úlceras. Hace ya tres semanas que ni duerme ni come.

GOETZ. - ¿Por qué no te quedaste a su lado?

HEINRICH. — Nada tiene ella que hacer conmigo, ni yo con ella. (NASTY entra y permanece al fondo.)

GOETZ. — Es preciso curarla.

HEINRICH. — No puede curar, es preciso que muera.

GOETZ. - ¿De qué se muere?

HEINRICH. — De vergüenza. Su cuerpo le produce horror a causa de todas las manos de hombres que se posaron sobre él. Su corazón le asquea todavía más porque tu imagen ha quedado dentro de él. Su enfermedad mortal eres tú.

GOETZ. — Eso fue el año pasado, cura, y no reconozco las culpas del año último. Pagaré por esa falta en el otro mundo y por toda la eternidad. Pero en este mundo, eso se acabó; no tengo un minuto que perder.

HEINRICH. — Luego hay dos Goetz.

GOETZ. — Dos, sí. Uno vivo, que hace el Bien, y otro, muerto, que hace el Mal.

HEINRICH. — ¿Y has enterrado tus pecados con el muerto?

Goetz. — Sí.

HEINRICH. — Perfecto. Sólo que no es el muerto el que está asesinando a la chica, sino el bello, el purísimo Goetz que se ha consagrado al amor.

GOETZ. — ¡Mientes! Quien cometió el crimen fue el Goetz mal-

HEINRICH. — Ése no era un crimen. Al mancillarla, le diste mucho más de lo que tú mismo poseías: el amor. El hecho es que ella te amaba, no sé por qué. Y luego, un buen día, la gracia te tocó; entonces pusiste una bolsa en manos de Catalina y la despediste. Y de eso muere.

GOETZ. — Había que renunciar al Bien o renunciar a ella.

HEINRICH. — Si la hubieses guardado, acaso la salvaras, y a ti con ella. Pero, ¿y qué? ¿Salvar un alma, una sola? ¿Podía rebajarse un Goetz a eso? Se tenían más grandes proyectos.

GOETZ (bruscamente). — ¿Dónde está?

HEINRICH. — En tus propias tierras.

GOETZ. - ¿Quiere volver a verme?

HEINRICH. — Sí. Y luego el Mal la abatió en el camino.

GOETZ. - ¿Dónde?

HEINRICH. — No te lo diré; ya le has hecho bastante daño.

GOETZ (levantando el puño, furioso). — Y. ... (Se calma.) Está bien, yo mismo la encontraré. Adios, Heinrich. (Haciendo una reverencia del lado del diablo.) ¡Mis respetos! (Volviéndose hacia NASTY.) Ven, Nasty.

HEINRICH (sorprendido). - ¡Nasty!

(NASTY quiere seguir a GOETZ, pero HEINRICH le cierra el camino.)

ESCENA IV

HEINRICH, NASTY

HEINRICH (timidamente). — ¡Nasty! (Más fuerte.) Te buscaba, Nasty. ¡Detente! Es preciso que te hable. Despréciame cuanto quieras con tal de que me escuches. He atravesado las tierras de Schulheim; la rebelión cunde.

NASTY. — Déjame pasar. Lo sé.

HEINRICH. — ¿Deseas esa revuelta? ¿Dime, la deseas tú?

NASTY. - ¿Qué te importa a ti eso? Déjame pasar.

HEINRICH (extendiendo el brazo). — No pasarás sin haberme contestado.

NASTY (lo mira en silencio, luego se decide). — Deséela o no, ya nadic puede impedirla.

HEINRICH. — Yo puedo hacerlo. En dos días puedo levantar un dique contra el mar. En cambio, Nasty, quisiera que me perdonaras

NASTY. — ¿Otra vez el juego del perdón? (Pausa.) Es un juego que me aburre; no entro en él. No tengo calidad para condenar ni para absolver; eso le corresponde a Dios.

HEINRICH. — Si Dios me diese a escoger entre su perdón y el

tuyo, escogería el tuyo.

NASTY. — Harías una mala elección; perderías el paraíso por un soplo de voz.

HEINRICH. — No, Nasty; cambiaría el perdón del cielo por el de la tierra

NASTY. — La tierra no perdona.

HEINRICH. — Me fatigas. NASTY. — ¿Qué dices?

HEINRICH. — No es a ti a quien hablo. (A NASTY.) No me facilitas las cosas; me fuerzan al odio, Nasty; me fuerzan al odio y tú no me ayudas. (Se santigua tres veces.) Bueno, por un momento estaré tranquilo. Escucha, entonces. Pronto. Los campesinos se organizan. Van a parlamentar con los barones. Esto nos da unos días.

NASTY. - ¿Qué harás con ellos?

HEINRICH (señalando la iglesia). — Ya los has visto; se dejarían hacer picadillo por la Iglesia; hay más fe en estos campos que en todo el resto de Alemania.

(NASTY menea la cabeza.)

NASTY. — Tus curas son impotentes. Es verdad que se les quiere; pero si condenan la revuelta, predicarán en el desierto.

HEINRICH. — No cuento con sus sermones, sino con su silencio. Imagina: una buena mañana, al despertar, los aldeanos encuentran abierta la puerta de su iglesia y la iglesia vacía; ha volado el pájaro. Nadie ante el altar; nadie en la sacristía ni en la cripta, nadie en el presbiterio...

NASTY. - ¿Es eso realizable?

HEINRICH. - Todo está listo. ¿Tienes gentes aquí?

NASTY. — Algunos hombres.

HEINRICH. — Que recorran el país y voceen más que todos; que blasfemen, sobre todo. Es menester que provoquen el escándalo y el horror. Luego, en Righi, el domingo próximo, que se apoderen del cura en plena misa, que lo lleven al bosque y que regresen con sus espadas manchadas de sangre. Todos los sacerdotes de la región abandonarán en secreto sus aldeas a la noche siguiente y se reunirán en el castillo de Markstein, en donde se les espera. A partir del lunes, Dios sube al cielo. Ya no se bautizará a los niños, no se absolverán las culpas y los enfermos temerán morir sin confesión. El miedo ahogará la rebelión. NASTY (reflexionando). — Puede ser...

(Se abre la puerta de la iglesia. Se oyen los ecos del órgano. Los

campesinos salen, llevando la estatua en la parihuela.)

NASTY. - Si puede ser, se hará.

HEINRICH. — Nasty, te lo suplico: dime que me perdonarás si la empresa tiene éxito.

NASTY. — Quisiera decirlo. Lo malo es que sé quién eres.

TELÓN

SEXTO CUADRO

El interior de la iglesia, quince días más tarde. Todos los aldeanos se han refugiado allí y no salen ya. Allí comen y duermen. En este momento rezan. NASTY y HEINRICH los miran rezar. Hay hombres y mujeres tendidos en el suelo, pues se ha llevado a los enfermos a la iglesia. Hay quienes gimen y se agitan al pie del púlpito.

ESCENA I

Los campesinos en oración, NASTY y HEINRICH

NASTY (a sí mismo). — ¡No puedo oírlos más! ¡Ay! No teníais otra cosa que vuestra cólera y soplé sobre ella para apagarla.

HEINRICH. - ¿Qué dices?

NASTY. — Nada.

HEINRICH. - No estás contento?

NASTY. - No.

HEINRICH. — Por doquiera, las gentes se acumulan en las iglesias, el temor las atenaza y la revuelta ha muerto en el huevo. ¿Qué más quieres? (NASTY no responde.) Me alegraré, pues, por ambos. (NASTY lo golpea.) ¿Qué te pasa ahora?

NASTY. — Si te alegras, te rompo las costillas.

HEINRICH. — ¿No quieres que me alegre de nuestra victoria? NASTY. — No quiero que te alegres de haber puesto a los hom-

bres en cuatro patas.

HEINRICH. — Lo que he hecho, lo he hecho por ti y con tu beneplácito. ¿Podía yo dudar de ti, profeta? (NASTY se encoge de hombros.) Sin embargo, no es la primera vez que les mientes.

NASTY. — Es la primera vez que los hago hincarse para impedirles que se defiendan; es la primera vez que pacto con la superstición y me alío con el diablo.

HEINRICH. - ¿Tienes miedo?

NASTY. — El diablo es la criatura de Dios; si Dios quiere, el diablo me obedecerá. (Bruscamente.) Me asfixio en esta iglesia, vámonos.

ESCENA II

HEINRICH y NASTY van a salir. GOETZ entra bruscamente y se abalanza sobre HEINRICH

GOETZ. — :Perro! Todos los medios te parecen buenos para ganar tu apuesta. Me has hecho perder quince días; diez veces he recorrido mis tierras buscándola y ahora me entero de que estaba aquí mientras vo la buscaba el diablo sabe dónde. Aquí, enferma, tendida sobre las piedras. Por culpa mía. (HEINRICH se suelta y sale con NASTY. GOETZ se repite a sí mismo:) Por mi culpa... Nada, suena hueco. Quieres vergüenza... no la siento. Orgullo es lo que exudan todas mis llagas: desde hace treinta y cinco años reviento de orgullo; es mi manera de morir de vergüenza, sería menester cambiar esto. (Bruscamente.) ¡Quítame el pensamiento! ¡Quítalo! ¡Haz que me olvide! ¡Cámbiame en insecto! ¡Así sea! (El murmullo de los campesinos crece y decrece.) ¡Catalina! (Avanza a través de la muchedumbre, mirando uno a uno y llamando.) ¡Catalina! ¡Catalina! (Avanza hacia una forma oscura tendida sobre las losas. Levanta el paño que la cubre. Lo deja caer tranquilizado. Desaparece tras un pilar. Todavia se le ove llamar.) :Catalina!

ESCENA III

Los CAMPESINOS, solos

(Un reloj da las siete.)

UN DURMIENTE (tendido sobre las losas, se despierta sobresaltado). — ¿Qué hora es? ¿Qué día es?

EL HOMBRE. — Es domingo y son las siete de la mañana.

-No, no es domingo.

—Se acabaron los domingos, se acabaron; ya nunca más los habrá; nuestro cura se los llevó consigo.

—Nos dejó los días de la semana, los días malditos del trabajo y el hambre.

EL CAMPESINO. — ¡Al diablo, entonces! ¡Me vuelvo a dormir! Me despertaréis el día del Juicio.

UNA MUJER. — Recemos.

(Entra HILDA trayendo un haz de paja y seguida por dos campesinas que traen también gavillas de paja.)

ESCENA IV

Los mismos, HILDA y luego GOETZ

MUJER 1º. — ¡Hilda, es Hilda! MUJER 2º. — Nos hacías falta. ¿Qué pasa afuera? Cuéntanos.

HILDA. — No hay nada que contar. Silencio por todas partes, salvo que las bestias berrean porque tienen miedo.

UNA VOZ. - ¿Hace buen tiempo?

HILDA. — No lo sé.

LA VOZ. - ¿No miraste el cielo?

HILDA. — No. (Pausa.) Traje paja para hacer lechos a los enfermos. (A las dos campesinas.) Ayudadme. (Levantan a un enfermo y lo tienden sobre un lecho de paja.) Ahora a éste. (El mismo juego.) Y aquélla. (Levantan a una anciana que comienza a sollozar.) No llores, te lo ruego; no les quites el valor. Vamos, abuela, si comienzas a llorar, todos se echarán a llorar contigo.

LA ANCIANA (lloriqueando). — Mi rosario, allí... (Señala las losas en el sitio en que se hallaba antes.)

HILDA (impaciente, recoge el rosario y se lo arroja sobre las rodillas). — ¡Toma! (Se domina y dice más dulcemente.) Reza, anda, reza. Más vale la oración que el llanto. Por lo menos, hace menos ruido. (Le seca los ojos con su pañuelo.) Así, así. Y ahora, suénate. Ya está. No llores más, te digo; no somos culpables y Dios no tiene derecho a castigarnos.

LA ANCIANA (lloriqueando). — ¡Ay, hija mía, ya sabes que Él tiene todos los derechos!

HILDA (con violencia). — Si tuviese derecho a castigar a los inocentes, me entregaría en seguida al diablo. (Se sobresaltan y la miran. Ella se encoge de hombros y va a recostarse contra el pilar. Permanece allí un instante, con la mirada fija, como obsesionada por un recuerdo. Luego, de repente, con asco.) ¡Puah! MUJER 1º. — ¡Hilda! ¿Oué tienes?

HILDA. - Nada.

LA MUJER. — Sabías tan bien devolvernos la esperanza...

HILDA. - ¿Esperanza en qué?, ¿en quién?

LA MUJER. — Hilda, si tú desesperas, todos desesperamos contigo.

HILDA. — Está bien. No hagáis caso de lo que digo. (Se estremece.) Hace frío. Vosotros sois el único calor del mundo. Es preciso que os apretéis unos contra otros y que esperéis.

UNA VOZ. — ¿Qué debemos esperar?

HILDA. — Tener calor. Tenemos hambre y sed, tenemos miedo, sufrimos, pero lo único que cuenta es tener calor.

LA MUJER. — Entonces, ven junto a mí, ven muy cerca de mí. (HILDA no se mueve. La MUJER se levanta y se le acerca.) Está muerta?

HILDA. — Sí.

LA MUJER. — Oue Dios reciba su alma.

HILDA. - ¿Dios? (Risa breve.) No quiere almas.

LA MUJER. — ¡Hilda! ¿Cómo te atreves a decir eso? (Rumores en la muchedumbre.)

HILDA. - Ella vio el infierno antes de morir. De repente, se levantó, dijo lo que había visto y murió luego.

LA MUJER. — ; Nadie la vela?

HILDA. - Nadie. ; Quieres ir tú?

LA MUJER. — Ni por todo el oro del mundo.

HILDA. - Está bien. Yo volveré ahora. Deja que me caliente un momento.

LA MUJER (volviéndose hacia la muchedumbre). — Oremos, hermanos. Imploremos el perdón para esa pobre muerta que vio el infierno y que puede condenarse.

(Se aleja y se arrodilla. Rumor monótono de rezos. GOETZ aparece y mira a HILDA que continúa apoyada contra el pilar.) HILDA (a media voz). — ¡Implorar tu perdón! ¿Qué tienes que perdonarnos? ¡Tú tendrías que implorar el nuestro! En cuanto a mí, no sé qué me reservas y a ella no la conocía; pero si la condenas, no quiero tu cielo. ¿Crees que mil años de paraíso me harían olvidar el terror de esos ojos? Sólo desprecio tengo para tus imbéciles elegidos cuyo corazón se regocija de que haya condenados en el infierno y pobres sobre la tierra; yo pertenezco al partido de los hombres y no lo abandonaré; puedes hacer que muera sin sacerdote, y convocarme por sorpresa ante tu Tribunal; veremos quién juzga a quién. (Pausa.) Ella lo amaba. Toda la noche aullaba por él. ¿Qué tenía, pues, ese bastardo? (Se vuelve bruscamente hacia ellos.) ¡Si queréis orar, pedid que la sangre vertida en Righi caiga sobre la cabeza de Goetz!

UNA VOZ. — ;De Goetz!

HILDA. — ¡Él es el culpable!

Voz. — ¡Qué Dios castigue a Goetz, el bastardo!

GOETZ (con una risa breve). - Bueno! Haga el Mal o haga el Bien, me hago detestar siempre. (A un campesino.) ¿Quién es esa persona?

EL CAMPESINO. — Es Hilda.

GOETZ. - ;Hilda qué?

EL CAMPESINO. — Hilda Lemm. Su padre es el molinero más rico de la aldea.

GOETZ (con amargura). — La escucháis como a un oráculo. Os dijo que oraseis contra Goetz y ahí estáis todos de rodiilas. EL CAMPESINO. — La gueremos mucho.

GOETZ. — ¿La queréis? ¿Es rica, y la queréis?

El CAMPESINO. — Ya no es rica. El año pasado debió tomar el velo pero, cuando vino el hambre, renunció a sus votos para venir a vivir con nosorros.

Coerz. - ¿Cómo bace para que la quieran?

EL CAMPESINO. — Vive como una monjita, se priva de todo, ayuda a todo el mundo...

GOETZ. — Sí, sí. Todo eso sé hacerlo yo. Pero tiene que haber otra cosa.

EL CAMPESINO. - Nada, que yo sepa.

GOETZ. -- ; Nada? ; Hum!

EL CAMPESINO. — Es... es amable.

GOETZ (echándose a reir). — ¿Amable? Gracias, buen hombre, me has iluminado. (Se aleja.) Si es verdad que hace el Bien, me regocijará. Señor. me regocijaré como es debido; con tal de que llegue tu reino, poco importa que sea obra suya o mía. (La mira con animadversión.) ¡Como una monjita! ¿Y yo? ¿Es que no vivo, acaso, como un monje? ¿Qué ha hecho ella que no haga yo? (Se le acerca.) ¡Buenos días! ¿Conoces a Catalina? HILDA (sobresaltándose). — ¿Por qué me lo preguntas? ¿Quién

HILDA (sobresaltandose). — ¿Por que me lo preguntas? ¿Quien eres?

GOETZ. -- Respóndeme ¿La conoces?

HILDA. — Sí, sí. La conozco. (Aparta bruscamente el capuchón de GOETZ. y le descubre el rostro.) Y a ti también te conozco, aunque jamás te haya visto. ¿Eres Goetz?

GOETZ. — Sí.

HILDA. — Por fin!

GOETZ. - ¿Dónde está Catalina?

(Lo mira sin responder, con una sonrisa de colera.)

HILDA. — Ya la verás, no hay prisa alguna.

GOETZ. -- ¿Crees que ella quiere sufrir cinco minutos más?

HILDA. — ¿Crees que dejará de sufrir cuando te vea? (Lo mira. Pausa.) Esperaréis ambos.

GOETZ. — ¿Esperar a qué?

H!LDA. — A que yo te haya mirado a mis anchas.

GOETZ. - ¡Loca! No te conozco, ni quiere conocerte.

HILDA. — Te conozco yo.

GOETZ. — No.

HILDA. — ¿No? Tienes en el pecho un mechón de cabellos rizados que se diría de terciopelo negro; a la izquierda de la ingle, una vena violeta que se hincha cuando haces el amor; encima de los riñones, un antojo del tamaño de una fresa.

GOETZ. — ¿Cómo lo sabes?

HILDA. — Hace cinco días y cinco noches que velo a Catalina. Estábamos tres en la habitación: ella, yo, tú. Y hemos vivido los tres. Ella te veía a ti por todas partes y yo acabé viéndote. Veinte veces por noche se abría la puerta y tú entrabas. La mirabas con un aire perezoso y fatuo y le acariciabas la nuca con dos dedos. Así. (Le toma la mano bruscamente.) Y bien, ¿qué es lo que tienen estos dedos? ¿Qué es lo que tienen? Un poco de carne con vello encima.

(Lo rechaza violentamente.)

GOETZ. - ¿Qué decía ella?

HILDA. — Todo lo necesario para que me produjeses horror.

GOETZ. - ¿Qué yo era brutal, grosero, repugnante?

HILDA. - Que eras hermoso, inteligente, valeroso; que eras insolente y cruel; que una mujer no podía verte sin amarte.

GOETZ. - Te hablaba de otro Goetz.

HILDA. - Sólo hay uno.

GOETZ. — Pero mírame con tus ojos. ¿Dónde está la crueldad? ¿Dónde está la insolencia? ¡Ay! ¿Dónde está la inteligencia? Antes veía claro y lejos, porque el Mal es sencillo; pero mi vista se ha empañado y el mundo está lleno de cosas que no comprendo. ¡Hilda, por favor, no seas mi enemiga!

HILDA. - ¿Qué puede importarte que lo sea, si carezco de me-

dios para perjudicarte?

GOETZ (señalando a los campesinos). — Me has perjudicado con ellos

HILDA. — Ellos son míos y vo de ellos; no vengas a mezclarlos en tus historias.

GOETZ. - ¿Es verdad que te aman?

HILDA. - Sí, es verdad.

GOETZ. - ;Por qué?

HILDA. — Jamás me lo he preguntado.

GOETZ. - ¡Bah! ¡Porque eres bella!

HILDA. - No, mi capitán. Vosotros amáis a las mujeres bellas porque no tenéis nada que hacer y porque coméis manjares especiales. Mis hermanos trabajan todo el día y tienen hambre: no tienen ojos para la belleza de las mujeres.

GOETZ. - Entonces qué? Es porque necesitan de ti?

HILDA. — Más bien porque yo necesito de ellos.

GOETZ. - Por qué?

HILDA. - No puedes comprenderlo.

GOETZ (acercandosele). - Te amaron desde el primer momento?

HILDA. - Sí, desde el primer momento.

GOETZ (a sí mismo). — Eso es lo que pensaba: de inmediato o nunca. Se gana o se pierde de antemano. El tiempo y el esfuerzo nada valen. (Bruscamente.) Dios no puede querer eso, es injusto. Equivaldría a decir que hay gentes que nacen condenadas.

HILDA. — Las hay; Catalina, por ejemplo.

GOETZ (sin escucharla). — ¿Qué es lo que les has hecho, bruja? Es preciso que les hayas hecho algo para triunfar donde yo he fracasado.

HILDA. — Y tú, ¿qué hiciste para embrujar a Catalina? (Se miran fascinados.)

GOETZ (sin dejar de mirarla). — Me has robado su amor. Cuando te miro, lo que veo es su amor.

HILDA. — Y yo, cuando te miro, veo el amor de Catalina y eso me causa horror.

GOETZ. -- ¿Qué es lo que me reprochas?

HILDA. — Te reprocho, en nombre de Catalina, haberla reducido a la desesperación.

GOETZ. — Eso no te incumbe.

HILDA. — Te reprocho, en nombre de estas mujeres y estos hombres, el haber arrojado sobre nosotros tus tierras por carretadas y habernos sepultado debajo de ellas.

GOETZ. — ¡Ve a que te claven!... No tengo que justificarme ante una mujer.

HILDA. — Te reprocho, en mi propio nombre, haberte acostado conmigo contra mi voluntad.

GOETZ (estupefacto). — ¿Acostarme contigo?

HILDA. — Durante cinco noches seguidas, me has poseido por la astucia y la violencia.

GOETZ (riéndose). — ¡Lástima que fuera en sueños!

HILDA. — En sueños, sí. Fue en sueños. En el de ella: me arrastró dentro. Quise sufrir con sus sufrimientos, como sufro con los de éstos; pero era una trampa; pues fue preciso que te amase con su amor. Loado se: Dios, que ahora te veo. ¡Te veo de día y me libero! De día, no eres más que tú mismo.

GOETZ. — Pues bien, sí, despiértate: todo pasó en tu cabeza; no te he tocado; hasta esta mañana, jamás te había visto; no te

ha pasado nada.

HILDA. — Nada. Absolutamente nada. Ella gritaba en mis brazos, pero qué importa: no me ha sucedido nada porque no has tocado mis senos ni mi boca. Pardiez, mi hermoso capitán, eres solitario como un rico y nunca sufriste sino de las heridas que te hicieron. Ésa es tu desgracia. Yo, apenas si siento mi cuerpo: no sé dónde comienza mi vida, ni dónde termina y no siempre respondo cuando me llaman; ¡tanto me sorprende, a veces, tener un nombre! Pero sufro en todos los cuerpos, me golpean en todas las mejillas, muero con todas las muertes; todas las mujeres que tomaste por fuerza, las has violado en mi carne.

GOETZ (triunfante). — ¡Por fin! (HILDA lo mira con sorpresa.) ¡Serás la primera!

HILDA. - ¿La primera?

GOETZ. — La primera en amarme.

HILDA. - ¿Yo? (Se rie.)

GOETZ. — Me amas ya. Te he tenido en mis brazos cinco noches, y te he marcado. Amas en mí el amor que me tenía Catalina y yo en ti amo el amor de éstos. Me amarás. Y si son tuyos, como lo pretendes, será preciso que me amen a través de ti.

HILDA. — Si mis ojos hubiesen de mirarte algún día con ternura, me los saltaría ahora mismo. (Él la toma por el brazo. Ella cesa bruscamente de reir y lo mira malignamente.) Catalina ha muerto.

GOETZ. — ¡Muerta! (La noticia lo abruma.) ¿Cuándo?

HILDA. — Hace unos minutos.

GOETZ. - ¿Ella... sufrió?

HILDA. - Vio el infierno.

GOETZ (tambaleante). - ¡Muertá!

HILDA. — Se te ha escapado, ¿eh? Anda, pues, a acariciarle la nuca. (Silencio. Luego, gritos al fondo de la iglesia. Los campesinos se levantan y se vuelven hacia la entrada de la iglesia. Un momento de espera. Crecen los rumores. Luego aparecen HEINRICH y NASTY trayendo a CATALINA en una camilla.)

ESCENA V

Los mismos, HEINRICH, NASTY y CATALINA

CATALINA (ya no grita. Balbucea, erguida a medias). — ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

GOETZ (gritando). — ¡Catalina! (A HILDA.) ¡Carroña! ¡Me mentiste!

HILDA. — Yo... yo no te mentí, Goetz. Su corazón había dejado de palpitar.

(Se inclina sobre CATALINA.)

HEINRICH. — La oímos gritar desde el camino. Dice que el diablo la acecha. Nos ha suplicado que la traigamos al pie de la cruz.

(La muchedumbre se levanta ante cllos, amenazadora.)

VOCES. — ¡No! ¡No! ¡Está condenada! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

GOETZ. — ¡Por Dios, perros, que os enseñaré la caridad cristiana! HILDA. — Cállate. Sólo sabes hacer el mal. (A los campesinos.) Es un cadáver: el alma se aferra porque está rodeada de demonios. También a vosotros os acecha el diablo. ¿Quién se apia-

dará de vosotros, si no os apiadáis de ella? ¿Quién amará a los pobres si los pobres no se aman entre sí? (La muchedumbre se aparta en silencio.) Llevadla al pie del Cristo, ya que así lo quiere.

(HEINRICH y NASTY llevan la camilla a los pies de la cruz.)

CATALINA. — ¿Está aquí?

HILDA. — ¿Quién?

CATALINA. — El cura.

HILDA. - No está todavía.

CATALINA. — ¡Ve a buscarlo! ¡Pronto! Viviré hasta que él llegue. GOETZ (aproximándose). — ¡Catalina!

CATALINA. — ; Es él?

GOETZ. - Soy yo. amor mío.

CATALINA. — ¿Tú? ¡Ah! Creía que era el cura. (Empigza a gritar.) ¡Quiero un sacerdote! ¡Id a buscarlo, pronto; no quiero morir sin confesión!

GOETZ. — No tienes nada que temer, Catalina, no te harán daño; sufriste demasiado sobre la tierra.

CATALINA. - Te digo que los veo.

GOETZ. — ¿Dónde?

CATALINA. — Por todas partes. ¡Echadles agua bendita! (Reanuda sus gritos.) Sálvame, Goetz, sálvame; tú lo hiciste todo, yo no soy culpable. ¡Si me amas, sálvame!

(HILDA la rodea con sus brazos y trata de acostarla de nuevo

en la camilla. CATALINA se debate gritando.)

GOFTZ. (suplicante). - ¡Heinrich!

HEINRICH. - Ya no soy de la Iglesia!

GOETZ. — Ella no lo sabe. Si hicieses el signo de la cruz sobre su frente, la salvarías del horror.

HEINRICH. — ¿Para qué si ha de encontrar el horror del otro iado de la muerte?

GOETZ. - Pero eso son visiones, Heinrich!

HEINRICH. - ¡Tú crees? (Se rie.)

GOETZ. — Nasty, tú que pretendes que todos los hombres son sacerdotes...

(NASTY se encoge de hombros y hace un gesto de abrumada impotencia.)

CATALINA (sin oírlos). — ¿Pero no veis que voy a morir? (HILDA quiere obligarla a tenderse de nuevo.) ¡Déjame! ¡Déjame!

GOETZ (a sí mismo). — Si al menos os pudiese... (Toma su decisión de repente y se vuelve hacia la muchedumbre.) Esta mujer se ha perdido por mi culpa y por mí será salvada. ¡Idos! ¡Idos todos! (Salen lentamente. NASTY arrastra a HEINRICH. HILDA vacila.) Tú también, Hilda.

(Ella lo mira y sale.)

GOETZ, CATALINA y, más tarde, la muchedumbre

GOETZ. — ¡Ahora te tengo, Dios! Por avaro que seas de tus milagros, ahora será preciso que hagas uno para mí.

CATALINA. - Adónde van? No me dejes sola.

GOETZ. - No, Catalina; no, amor mío, yo te salvaré.

CATALINA. - ¿Cómo harás? No eres sacerdote.

GOETZ. — Voy a pedirle a Cristo que me dé tus pecados. ¿Me entiendes?

CATALINA. - Sí.

GOETZ. — Los llevaré en lugar tuyo. Tu alma será pura como el día de su nacimiento. Más pura que si el sacerdote te hubiera absuelto.

CATALINA. - ¿Cómo sabré si te lo otorga?

GOETZ. — Voy a orar: si vuelvo a ti con el rostro roído por la lepra o la gangrena, ¿me creerás?

CATALINA. — Sí, amor mío, te creeré.

GOETZ (alejándose). — Tú sabes que tus pecados son míos. Devuélveme lo que me pertenece. No tienes derecho a condenar a esta mujer, pues yo soy el único culpable. ¡Vamos! He aquí mis brazos, he aquí mi rostro y mi pecho. Roe mis mejillas. Que sus pecados sean el pus de mis ojos y de mis oídos, que abrasen mi espalda, mis muslos y mi sexo como un ácido. ¡Dame la lepra, el cólera, la peste, pero sálvala!

CATALINA (más débilmente). — ¡Goetz! ¡Socorro!

GOETZ. — ¿No me escuchas, Dios sordo? No rechazarás el trueque que te propongo, porque es justo.

CATALINA. — ¡Goetz! ¡Goetz! ¡Goetz!

GOETZ. — ¡Ah! ¡No puedo oír más esa voz! (Sube al púlpito.) Moriste por los hombres, ¿sí o no? Entonces, mira: los hombres sufren. Es preciso recomenzar a morir. ¡Dame! ¡Dame tus heridas! ¡Dame la llaga de tu flanco, dáme los dos huecos de tus manos! Si pudo un Dios sufrir por ellos, ¿por qué no un hombre? ¿Tienes celos de mí? ¡Dame tus estigmas! ¡Dámelos! (Tiende los brazos en cruz frente al Cristo.) ¡Dámelos! ¡Dámelos! ¡Dámelos! ¡Dámelos! (Repite "¡Dámelos!" como una especie de encantamiento.) ¿Estás sordo? Soy demasiado necio: ¡ayúdate, que Dios te ayudará! (Saca un puñal del cinto, se hiere la mano izquierda con su mano derecha, la mano derecha con su mano izquierda, y luego el flanco. Arroja después el cuchillo tras el altar, se inclina y mancha con sangre el pecho del Cristo.) ¡Venid todos! (Entran.) Cristo ha sangrado. (Rumores. GOETZ levanta

las manos.) Mirad, en su misericordia ha permitido que yo lleve los estigmas. La sangre de Cristo, hermanos míos, la sangre de Cristo brota de mis manos. (Baja del púlpito y se acerca a CATALINA.) No temas nada ya, amor mío. Toco tu frente, tus ojos y tu boca con la sangre de nuestro Señor Jesucristo. (Le unta de sangre el rostro.) ¿Los ves todavía?

CATALINA. — No.

GOETZ. — Muere en paz.

CATALINA. - Tu sangre, Goetz, tu sangre. La diste por mí.

GOETZ. — La sangre de Cristo, Catalina.

CATALINA. — Tu sangre...

(Muere.)

GOETZ. — Arrodillaos. (Se arrodillan.) Vuestros sacerdotes son unos perros; pero no temáis nada; estoy entre vosotros: mientras la sangre de Cristo brote de estas manos, ninguna desgracia os ocurrirá. Regresad a vuestras casas y regocijaos: es fiesta. El reino de Dios comienza hoy para todos. Construiremos la Ciudad del Sol.

(Pausa. La muchedumbre sale lentamente, sin decir palabra. Una mujer pasa cerca de GOETZ, le agarra la mano y se embadurna el rostro con su sangre. HILDA se queda la última. Se acerca a GOETZ, pero ésto no la ve.)

HILDA. - No les hagas mal.

(GOETZ no responde. Ella se va. GOETZ vacila y se apoya contra una columna.)

GOETZ. - Son míos. ¡Por fin!

TELÓN

ACTO TERCERO

SEPTIMO CHADRO

ESCENA I

Una plaza en Altweiler

Grupo de campesinos en torno a una campesina que les sirve de instructora. Más tarde, KARL y la MUCHACHA. La INSTRUCTO-RA es una mujer joven, de aire dulce. Tiene un bastón en la mano. con el que muestra las letras dibujadas en el suelo.

LA INSTRUCTORA. — ¿Qué letra es ésa?

UN CAMPESINO. -- Es una A.

LA INSTRUCTORA. - Y ésta?

OTRO CAMPESINO. - Una M.

LA INSTRUCTORA. — ¿Y estas dos? UN CAMPESINO. — U R.

LA INSTRUCTORA. - : No!

OTRO CAMPESINO. -- O R.

LA INSTRUCTORA. -- ;Y la palabra entera?

UN CAMPESINO. - Amor.

TODOS LOS CAMPESINOS. - Amor, amor...

LA INSTRUCTORA. — ¡Ánimo, hermanos! Pronto sabréis leer. Distinguiréis el bien del mal y lo verdadero de lo falso. Y anora. tú, el de allá... respóndeme: ¿cuál es nuestra primera naruraleza?

UNA CAMPESINA (respondiendo como en el catecismo). -- Nuestra primera paturaleza es la naturaleza que teníamos antes de conocer a Goetz.

LA INSTRUCTORA. - Y cómo coa?

UN CAMPESINO (mismo juego). - Eta mala.

LA INSTRUCTORA. — ¿Cómo debemos combatic puestra primera naturaleza?

UNA CAMPESINA. — Enseñándole al cuerpo los gestos del amor.

LA INSTRUCTORA. - ¿Los gestos del amor son el amor?

UN CAMPESINO. — No, los gestos del amor no son... (Entra HILDA. Los campesinos la señalan.)

LA INSTRUCTORA. — ¿Qué pasa? (Se vuelve.) ¡Ah! ¡Hilda! ... (Pausa.) Hermana... Nos estorbas.

HILDA. - ¿En qué os estorbo? Si no digo nada.

LA INSTRUCTORA. — No dices nada, pero nos miras y sabemos que no nos apruebas.

HILDA. — ¿No puedo pensar lo que quiera?

LA INSTRUCTORA. — No, Hiida. Aquí se piensa a plena luz y en voz alta. Los pensamientos de cada cual pertenecen a todos. ¿Quieres unirte a nosotros?

HILDA. — ¡No!

LA INSTRUCTORA. - No nos quieres, pues?

HILDA. — Sí, pero a mi manera.

LA INSTRUCTORA. - No to hace feliz nuestra dicha?

HILDA. — Yo... ¡Aĥ! hermanos míos, habéis sufrido tanto: si sois felices, menester es que lo sea yo también.

(Entra KARL con una venda en los ojos, guindo por una muchacha.)

LA INSTRUCTORA. - ¿Quién es?

LA MUCHACHA. - Buscamos la Ciudad del Sol.

UN CAMPESINO. — Estáis en la Ciudad del Soi.

LA MUCHACHA (a KARL). — Lo hubicia apostado. Listima que no puedas ver qué buena cara tienen: te regocijaría.

(Los campesinos se agrupan en torno de ellos.)

LOS CAMPESINOS. — ¡Pobrecillos! ¿Tenéis hambre? ¿Tenéis sed? ¡Sentaos, pues!

KARL. - All, sois muy buenos.

UN CAMPESINO. — Aquí, rodo el mundo es bueno. Todo el mundo es feliz.

OTRO CAMPESINO. — Pero en estos tiempos inquietos ya no se viaja más. Y estamos reducidos a amarnos butre nosotros. Por eso nos colma de dicha vuestra llegada.

UNA CAMPESINA. — Es dulce poder mimar a un extranjero. ¿Oué queréis?

LA MUCHACHA. — Queremos ver al hombre cuyas manos sangran.

KARL. — ¿Es verdad que hace milagros?

UNA CAMPESINA. - No hace otra cosa.

UN CAMPESINO. — Ni un solo día dejan de sangrar.

KARL. — Quisiera, entonces, que ponga un poco de sangre sobre mis pobres ojos a fin de que me devuelva la vista.

UNA CAMPESINA. - ¡Ah! ¡Ah! Justamente es lo suyo. ¡Te curará!

KARL. — ¡Qué suerte tenéis con poseer a ese hombre! ¿Y ya nunca hacéis el mal?

UN CAMPESINO. — Nadie bebe, nadie roba.

OTRO CAMPESINO. — Prohibido a los maridos pegar a sus mujeres.

UN CAMPESINO. — Prohibido a los padres pegar a sus hijos. KARL (sentándose en un banco). — Con tal de que esto dure. UN CAMPESINO. — Durará hasta que Dios quiera.

KARL. — ¡Ay! (Suspira.)

LA INSTRUCTORA. — ¿Por qué suspiras?

KARL. — La pequeña ha visto por todas partes hombres en armas. Los campesinos y los barones van a pelear.

LA INSTRUCTORA. — ¿En las tierras de Heidenstamm?

KARL. - No; a su alrededor.

LA INSTRUCTORA. — En ese caso, no es cosa que nos concierna. No queremos mal a nadie y nuestra tarea es hacer que reine el amor.

KARL. — ¡Bravo! Dejadlos, pues, que se maten entre sí. El odio, las matanzas, la sangre de los demás, son los alimentos necesarios a vuestra felicidad.

UN CAMPESINO. — ¿Qué dices? ¿Estás loco?

KARL. — Sólo repito lo que se dice en todas partes.

LA INSTRUCTORA. — ¿Qué es lo que dicen?

KARL. — Dicen que vuestra felicidad ha hecho más insoportables sus sufrimientos y que la desesperación los ha impulsado a las resoluciones extremas. (Pausa.) ¡Bah! Razón tenéis de no preocuparos: ¡qué más da unas cuantas gotas de sangre sobre vuestra dicha! ¡No es pagarla demasiado caro!

LA INSTRUCTORA. — Nuestra felicidad es sagrada. Goetz nos lo ha dicho. Pues no somos felices solamente por cuenta nuestra, sino por cuenta de todos. Somos testimonio de todos y ante todos de que la felicidad es posible. Esta aldea es un santuario y todos los campesinos deberían volver sus ojos hacia nosotros como los cristianos hacia la tierra santa.

KARL. — Cuando regrese a la aldea, anunciaré por todas partes la buena nueva. Conozco familias enteras que revientan de hambre y que se sentirán aliviadas al saber que sois felices a costa suya. (Silencio embarazoso de los campesinos.) ¿Y qué haréis, buenas gentes, si estalla la guerra?

UNA CAMPESINA. — Rezaremos.

KARL. - ¡Ay! Temo que tengáis que tomar partido

LA INSTRUCTORA. - ¡Eso sí que no!

Todos los campesinos. — ¡No! ¡No! ¡No!

KARL. — ¿No es una guerra santa la de los esclavos que quieren convertirse en hombres? LA INSTRUCTORA. — Todas las guerras son impías. Seguiremos siendo los guardianes del amor y los mártires de la paz.

KARL. — Los señores pillan, violan, matan a nuestros hermanos a vuestras puertas, ¿y vosotros no los odiáis?

UNA CAMPESINA. — Los compadecemos por ser malos.

TODOS LOS CAMPESINOS. - Los compadecemos.

KARL. — Si son malos, ¿no es justo que sus víctimas se rebelen?

LA INSTRUCTORA. — Venga de donde venga, la violencia es injusta.

KARL. — Si condenáis las violencias de vuestros hermanos, ¿aprobáis entonces las de los barones?

LA INSTRUCTORA. — Claro que no.

KARL. — Tiene que ser, puesto que no queréis que cesen.

LA INSTRUCTORA. — Queremos que cesen por la propia voluntad de los barones.

KARL. — ¿Y quién les dará esa voluntad?

LA INSTRUCTORA. — ¡Nosotros!

TODOS LOS CAMPESINOS. — ¡Nosotros! ¡Nosotros!

KARL. — Y de aquí a entonces, ¿qué deben hacer los campesinos?

LA INSTRUCTORA. — Someterse, esperar y rezar.

KARL. — Traidores, estáis desenmascarados: solo tenéis amor por vosotros mismos. Pero andad con cuidado; si esta guerra estalla, os pedirán cuentas y no se admitirá que hayáis permanecido neutrales mientras vuestros hermanos se hacían degollar. Si los campesinos obtienen la victoria, bien podéis temer que incendien la Ciudad del Sol para castigaros por haberlos traicionado. En cuanto a los señores, si ganan, no tolerarán que una tierra noble permanezca en manos de siervos. ¡A las armas, muchachos, a las armas! Si no os batís por la fraternidad, hacedlo, al menos, por el interés; la felicidad es algo que hay que defender.

UN CAMPESINO. — No pelearemos.

KARL. — Entonces, os derrotarán.

LA INSTRUCTORA. — Besaremos la mano que nos hiera, moriremos orando por quienes nos maten. Mientras estemos vivos, tendremos el recurso de hacer que nos maten, pero cuando estemos muertos nos instalaremos en vuestras almas y nuestras voces resonarán en vuestros oídos.

KARL. — ¡Pardiez! Os sabéis bien la lección. ¡Ah! No sois vosotros los culpables; el criminal es el falso profeta que ha puesto en vuestros ojos esta extraviada dulzura.

LOS CAMPESINOS. — ¡Insulta a nuestro Goetz! (Se abalanzan sobre él.)

LA MUCHACHA. — ¿Golpearéis a un ciego, vosotros que prerendéis vivir para amar?

UN CAMPESINO (arrancando la venda de KARL). — ¡Bonito ciego! Mirad: es Karl, el criado del castillo; su cotazón está podrido por el odio y hace muchas semanas que anda por ahí, predicando la discordia y la rebelión.

LOS CAMPESINOS. — ¡Colguémosle!

HILDA. — ¿Y bien, corderillos, ya estáis tabiosos? Karl es un perro, pues os incita a la guerra. Pero dice la verdad y no os permitiré que ataquéis a quien dice la verdad, venga de donde viniere. Es verdad, hermanos, que vuestra Ciudad dei Sol está edificada sobre la miseria de los demás; para que los barones la toleren, es preciso que sus campesinos se resignen a la esclavitud. Hermanos míos, no os teprocho vuestra felicidad, pero me sentía más tranquila cuando éramos desdichados todos juntos, pues nuestra desdicha era la de todos los hombres. Sobre esta tierra sangrante, toda alegría es obscena y las gentes felices están solas.

UN CAMPESINO. — ¡Anda! Tú sólo quieres la miseria, ¡Goetz

quiere construir!

HILDA. — Vuestro Goetz es un impostor. (Rumores.) ¿Y bien? ¿Qué esperáis para herirme y ahorcarme? (Entra GOETZ.)

ESCENA II

Los mismos, GOETZ

GOETZ. - ¿Qué significan estos rostros amenazantes?

UN CAMPESINO. -- Goetz, es que...

GOETZ. — ¡Cállate! No quiero ver ceños fruncidos. Sonreíd primero y hablad luego. ¡Vamos, sonreíd! (Los campesinos sonrien.)

UN CAMPESINO (sonriendo). — Este hombre nos predicaba la rebelión.

GOETZ. — Tanto mejor. Es una prueba. Es preciso saber oír la palabra del odio.

UNA CAMPESINA (sonriendo). — Te insultó, Goetz, y te llamó falso profeta.

GOETZ. - Mi buen Karl, ¿tanto me odias?

KARL. -- A fe que sí: te odio mucho.

GOETZ. — Es que no he sabido hacerme amar, entonces: perdóname Accompañadle hasta la entrada de la aldea, dadle víveres y el beso de paz. KARL. — Todo esto terminará en una carnicería, Goetz. Que la sangre de estos hombres caiga sobre tu cabeza.

GOETZ. — Así sea. (Salen.)

ESCENA III

Los mismos, menos KARL y la MUCHACHA

GOETZ. — Oremos por ellos.

LA INSTRUCTORA. -- Goetz, hay algo que nos inquieta.

GOETZ. — Habla.

LA INSTRUCTORA. — Se refiere a Hilda. La queremos mucho, pero nos estorba; no está de acuerdo contigo.

GOETZ. - Lo sé.

HILDA. - ¿Qué os importa eso, si voy a irme?

GOETZ (sorprendido). - ¿Te vas?

HILDA. — Ahora mismo.

GOETZ. - Por qué?

HILDA. — Porque son felices.

GOETZ. — ¿Y qué? HILDA. — Soy inútil para las gentes felices.

GOETZ. — Te aman.

HILDA. -- Seguro, seguro. Pero se consolarán.

GOETZ. — Todavía te necesitan.

HILDA. — ¿Tú crees? (Se vuelve hacia los campesinos.) ¿Todavía me necesitáis? (Silencio embarazoso de los campesinos.) ¿Lo ves? ¿De qué podría servirles yo, teniéndote a ti? Adiós.

GOETZ (a los campesinos). — ¿La dejaréis partir sin una palabra? Ingratos, ¿quién os salvó de la desesperación cuando erais desgraciados? Quédate, Hilda, te lo pido en nombre suyo. Y a vosotros, os ordeno devolverle vuestro amor.

HILDA (con repentina violencia). — Guárdalo todo; me robaste mi bolsa, pero no me darás limosna con mi dinero.

LA INSTRUCTORA. — Quédate, Hilda, ya que él lo quiere. Le obedeceremos, te lo juro, y te amaremos como nos lo ordena el Hombre Santo.

HILDA. — ¡Chist! ¡Chist! Me amasteis por un movimiento natural de vuestros corazones. Ahora se acabó; no hablemos más. Olvidadme, olvidadme pronto; cuanto antes, mejor.

GOETZ (a los campesinos). — ¡Dejadnos! (Salen los campesinos.)

1 + i

ESCENA IV

GOETZ - HILDA

GOETZ. - ¿Adónde irás?

HILDA. — À cualquier sitio. La miseria no falta.

GOETZ. — ¡Siempre la miseria! ¡Siempre la desgracia! ¿Es que no hay nada más?

HILDA. - Para mí, nada. Ésa es mi vida.

GOETZ. — ¿Es menester sufrir siempre con los dolores del hom bre? ¿Es que no podemos alegrarnos de su dicha?

HILDA (violentamente). -- ¡Yo no lo puedo! ¡Bonita dicha! ¡Balan! (Con desesperación.) Oh, Goetz, desde que estás con nosotros, soy la enemiga de mi alma. Cuando habla, tengo vergüenza de lo que dice. Ya sé que ahora no tienen hambre y que su trabajo es menos duro: si quieren esa felicidad de ovejas, debo quererla con ellos. Pero no puedo, no puedo quererla. Menester es que sea un monstruo; los amo menos desde que son menos desdichados. Y, sin embargo, me horroriza el sufrimiento. (Pausa.) ¿Es que soy mala?

GOETZ. - ¿Tú? No. Eres celosa.

HILDA. — Čelosa. Sí. Hasta morir. (Pausa.) ¿Ves? Es hora de que me vaya; me has podrido. Donde quiera que yo esté y hagas tú lo que hagas, será preciso que suscites el mal en los corazones. Adiós.

GOETZ. — Adiós. (Ella no se marcha.) ¿Y bien? ¿Qué esperas? (HILDA va a salir.) Hilda, no me abandones, ¿quieres? (Ella ríe.) ¿Qué tienes?

HILDA. — ¿Eres tú, tú que me lo has quitado todo, quien me pide que no te abandone?

GOETZ. — Cuanto más me aman, mas solo estoy. Soy su techo y no tengo techo. Soy su cielo y no tengo cielo. Sí, tengo uno: éste. ¿Ves qué lejos está? Quise convertirme en columna y sostener la bóveda celeste. ¡Locura! El cielo es un hueco. Hasta me pregunto dónde habita Dios. (Pausa.) Todo viene de que no los amo bastante. He hecho los gestos del amor, pero el amor no ha venido; habrá que creer que no estoy dotado para el amor. ¿Por qué me miras?

HILDA. — Ni siquiera los amabas. Me has robado para nada.

GOETZ. — ¡Ah! No era su amor lo que había que robarte, sino el tuyo. Sería preciso que los amase con tu corazón. Mira, te envidio hasta tus celos. Estás ahí, los miras, los tocas, eres calor, eres luz y no eres yo; es insoportable. No comprendo

por que somos dos y quisiera convertirme en ti sin dejar de ser yo mismo. (Entra NASTY.)

ESCENA V

GOETZ - HILDA - NASTY

NASTY (con voz sorda). - ¡Goetz! ¡Goetz! ¡Goetz!

GOETZ (volviéndose). - ¿Quién es? ... ¡Nasty! ...

NASTY. — Los hombres están sordos.

GOETZ. — ¡Sordos? ¡Sordos a tu voz? Es cosa nueva.

NASTY. — Sí. Nueva.

GOETZ. - ¿Te pone Dios a prueba, como a los demás? Veremos cómo te portas.

NASTY. — Que Dios me pruebe tanto como guiera. No dudaré de él ni de mi misión; y si él duda de mí, es que está loco.

GOETZ. — Bueno, habla ya.

NASTY (señalando a HILDA). — Despídela. GOETZ. — Ella es lo mismo que yo. Habla o vete.

NASTY. — Está bien. (Pausa.) Ha estallado la revuelta.

GOETZ. - ¿Qué revuelta? (Bruscamente.) ¡No es cosa mía! ¡No es cosa mía! ¿Oue se maten entre sí, nada tengo que ver vo en ello!

NASTY. — Sólo les retenía el temor a la Iglesia: tú les probaste que no necesitaban sacerdotes; ahora pululan los profetas. Pero son profetas de cólera que predican la venganza.

GOETZ. - ¡Y todo eso es obra mía?

NASTY. — Sí. GOETZ. - ; Toma!

(Lo golpea.)

NASTY. - ¡Pega! ¡Pega, pues!

GOETZ. — ¡Ah! (Gira sobre sí mismo.) ¡Qué dulce era el Mal: podía matar! (Se pasea. Pausa.) Vamos, ¿qué tienes que pe-

NASTY. — Tú puedes evitar lo peor.

GOETZ. - ¡Yo? (Risa seca.) Ya sabes que hago mal de ojo, im-

bécil. ¿Cómo te atreves a servirte de mí?

NASTY. — No puedo elegir... No tenemos armas, ni dinero, ni jefes militares y nuestros campesinos son demasiado indisciplinados para formar buenos soldados. En pocos días comenzarán nuestros reveses; en unos meses, las matanzas.

GOETZ. — ;Y bien?

NASTY. — Queda una posibilidad. Hoy no puedo canalizar la revuelta; dentro de tres meses podré hacerlo. Si ganamos una batalla campal, una sola, los barones nos ofrecerán la paz.

GOETZ. — ¿Ý cuál es mi papel en todo esto?

NASTY. -- Eres el mejor capitán de Alemania.

GOETZ (lo mira y luego se aparta). — ¡Ah! (Silencio.) ¡Reparar! ¡Siempre reparar! Todos, todos me haceis perder tiempo. Buen Dios, yo tengo otras cosas que hacer.

NASTY. — ¿Y vas a dejar que el mundo entero se degüelle entre sí, con tal de poder construir tu ciudad juguete, tu ciudad

modelo?

GOETZ. — Esta aldea es una arca a cuyo abrigo he puesto el

amor. ¿Qué importa el diluvio, si salvo el amor?

NASTY. — ¿Estás loco? No podrás escapar a la guerra. La guerra vendrá a buscarte hasta aquí. (Silencio de GOETZ.) ¿Entonces, aceptas?

GOETZ. — No tan de prisa. (Vuelve a acercarse a NASTY.) Falta disciplina, será preciso que yo la cree. (Sabes lo que eso sig-

nifica? .Las horcas.

NASTY. - Lo sé.

GOETZ. — Nasty, será preciso ahorcar pobres. Ahorcarlos al azar, para escarmiento: al inocente con el culpable. ¡Qué digo! Son inocentes todos. Hoy soy su hermano y veo su inocencia. Mañana, si soy su jefe, solo habrá culpables y ya no comprenderé nada; ahorcaré.

NASTY. — Sea. Es preciso.

GOETZ. — Será preciso también que me convierta en matarife; no tenéis armas ni ciencia; vuestra única carta de triunfo es el número. Será menester derrochar las vidas. ¡Una guerra innoble!

NASTY. — Sacrificarás veinte mil hombres para salvar a cien mil

GOETZ. — ¡Si al menos estuviese seguro de eso! Puedes creerme, Nasty, sé lo que es una batalla; si presentamos ésta, tendremos cien posibilidades contra una de perderla.

NASTY. — Tomaré, pues, esa posibilidad única. ¡Vamos! Cualesquiera sean los designios de Dios, somos sus elegidos: yo su profeta y tú su verdugo; ya no es hora de retroceder.

(Pausa.)

GOETZ. — ¡Hilda!

HILDA. - ¿Qué quieres?

GOETZ. - Ayúdame. ¿Qué harías tú en mi lugar?

HILDA. — Jamás estaré en tu lugar ni quiero estarlo. Vosotros sois conductores de hombres; yo sólo soy una mujer. No tengo nada que daros a vosotros.

GOETZ. — Sólo en ti tengo confianza.

HILDA. — ¿En mí?

GOETZ. — Más que en mí mismo.

HILDA. — ¿Por qué quieres hacerme cómplice de tus crímenes? ¿Por qué me obligas a decidir en tu lugar? ¿Por qué me das poder de vida y muerte sobre mis hermanos?

GOETZ. — Porque te amo.

HILDA. — ¡Cállate! (Pausa.) ¡Ah!, ganaste; me has hecho pasar al otro lado de la barrera; estaba con los que sufrían, y ahora estoy con los que deciden los sufrimientos. ¡Oh, Goetz, ya nunca podré dormir! (Pausa.) Te prohíbo verter la sangre. Rechaza esa propuesta.

GOETZ. — ¿Tomamos la decisión juntos?

HILDA. — Ší. Juntos.

GOETZ. — ¿Y soportaremos las consecuencias juntos?

HILDA. — Juntos, pase lo que pase.

NASTY (a HILDA). — ¿Por qué te metes tú? HILDA. — Hablo en nombre de los pobres.

NASTY. — Nadie más que yo tiene derecho a hablar en su nombre.

HILDA. - ¿Por qué?

NASTY. — Porque yo soy uno de ellos.

HILDA. — ¿Tú, un pobre? Hace mucho tiempo que no lo eres. Tú eres un jefe.

(GOETZ está hundido en sus pensamientos y no ha oído. Bruscamente, levanta la cabeza.)

GOETZ. - ¿Por qué no decirles la verdad?

NASTY. — ¿Cuál verdad?

GOETZ. — Que no saben pelear y que están perdidos si comienzan la guerra.

NASTY. — Matarán al que se lo diga.

GOETZ. — ¿Y si se lo dijese yo?

NASTY. - ¿Tú?

GOETZ. — Tengo crédito ante ellos porque soy profeta y porque repartí mis bienes. ¿Para qué sirve el crédito sino para arriesgarlo?

NASTY. — Una probabilidad contra mil.

GOETZ. — ¿Una contra mil? Está bien. ¿Tienes derecho a rechazarla?

NASTY. - No. No lo tengo. Ven.

HILDA. — No vayas.

GOETZ (la toma por los hombros). — No temas; esta vez, Dios está de nuestro lado. (Llamando.) ¡Venid todos! (Los campesinos regresan a la escena.) Pelean en todas partes. Mañana arderá toda Alemania. Desciendo hacia los hombres para salvar la paz.

Todos los campesinos. — ¡Ay! Goetz, no nos abandones.

¿Oué haremos sin ti?

GOETZ. - Volveré, hermanos: aquí está mi Dios; aquí mi felicidad; aquí mis amores; volveré. Y aquí está Hilda: a ella os confío. Si durante mi ausencia quisiesen enrolaros en uno u otro partido, negaos a pelear. Y si os amenazan, responded a las amenazas con el amor. Recordad, hermanos, recordad: el amor hará retroceder a la guerra. (Salen.)

ESCENA VI

Los mismos, menos GOETZ y NASTY

Los campesinos. — ¿Y si no regresase?

(Silencio.)

HILDA. — Oremos. (Pausa.) Oremos porque el amor haga retroceder a la guerra.

LOS CAMPESINOS (arrodillándose). — Dios nuestro, que el amor haga retroceder a la guerra.

HILDA (de pie). — Que mi amor haga retroceder a la guerra. Así sea

(La escena se sume en las tinieblas y las primeras réplicas del cuadro octavo se oven inmediatamente después de las últimas palabras de HILDA.)

TELÓN

OCTAVO y NOVENO CUADROS

El campamento de los campesinos. Rumores y gritos en la oscuridad.

ESCENA I

GOETZ, NASTY, KARL, los campesinos

VOCES. — ¡No! ¡No! ¡Abajo! VOZ DE GOETZ (dominando el tumulto). — ¡Moriréis todos! VOCES. — ¡Muera! ¡Muera! (Luz. Un claro en el bosque. Es de noche. Los campesinos con palos y horcas. Algunos con espadas. Otros llevan antorchas. GOETZ 4 NASTY se hallan en un promontorio rocoso, de pie, dominando a la muchedumbre.)

GOETZ. — Pobres gentes: ¿ni siquiera tenéis el valor de mirar la verdad cara a cara?

UNA VOZ. - La verdad es que tú eres un traidor.

GOETZ. — La verdad, hermanos míos, la enceguecedora verdad, es que no sabéis pelear. (Un campesino con facha de Hércules avanza.)

EL HÉRCULES. — ¿Yo no sé pelear? (Hilaridad en la muchedumbre.) ¡Ea, muchachos, parece que yo no sé pelear! Pero puedo agarrar a un toro por los cuernos y torcerle el pescuezo.

(GOETZ salta al suelo y se acerca a él.)

GOETZ. — Aparentemente, hermanazo, eres tres veces más fuerte que yo, ¿verdad?

EL HÉRCULES. — ¿Yo, hermanito? (Le da un puñetazo que lo envía a cinco pasos.)

GOETZ. — Perfecto. (A uno de los campesinos.) Dame ese bastón. (Al Hércules.) Y tú, toma este otro. En guardia. Vamos, pica, tajo, sable, estoque. (Para y esquiva los golpes.) ¿Ves? ¿Ves? ¿Ves? ¿De qué te sirve la fuerza? Sólo haces gemir a los espíritus del viento y sangrar al aire. (Se baten.) Y ahora, hermano, perdóname: te voy a moler un poco, sólo un poquito. Sólo por el bien común. ¡Toma! (Lo golpea.) ¡Perdón, dulce Iesús mío! (El campesino se derrumba.) ¿Estáis convencidos? Él era el más fuerte y yo estoy lejos de ser el más hábil. (Pausa. Los campesinos se callan, sorprendidos. GOETZ goza un momento de su victoria y luego continúa.) ¿Oueréis que os diga por qué no tenéis miedo a la muerte? Cada uno de vosotros piensa que la muerte caerá sobre su vecino. (Pausa.) Pero he aquí que me dirijo a Dios Nuestro Padre y le digo: Dios mío, si quieres que avude a estos hombres, hazme conocer con un signo a los que perecerán en la guerra. (De repente, finge el espanto.) ¡Oh!, ¡oh! ¡oh! ¡Oh! ¿Qué veo? ¡Ay!, hermanos míos, ¿qué os sucede? ¡Qué atroz visión! ¡Ay!, arreglados estáis!

UN CAMPESINO (inquieto). — ¿Qué tiene? ¿Qué es lo que pa-sa?...

GOETZ. — ¡Que Dios ha hecho que vuestras carnes se fundan como lacre; ya sólo veo vuestros huesos! ¡Virgen Santa! ¡Todos estos esqueletos!

UN CAMPESINO. — ¿Qué crees tú que quiere decir esto?

GOETZ. — Dios no quiere la rebelión y me señala a los que van a dejar en ella el pellejo.

UN CAMPESINO. — ¿Quién, por ejemplo?

GOETZ. - ¡Quién? (Tiende el índice hacia él y dice con voz

terrible.) ¡Tú! (Silencio.) ¡Y tú! ¡Y tú! ¡Y tú! ¡Oh, qué danza macabra!

Un CAMPESINO (turbado, pero dudando todavía). — ¿Quién

nos prueba que eres profeta?

GOETZ. — Hombres de poca fe, si queréis pruebas, mirad esta sangre. (Levanta las manos. Silencio. A NASTY.) He ganado. NASTY (entre dientes). — Todavía no. (Avanza KARL.) Cuídate

de ése, es el más coriáceo.

KARL. — ¡Oh, hermanos míos, demasiado crédulos! ¿Cuándo aprenderéis a desconfiar? ¡Sois tan dulces y tiernos que ni siquiera sabéis odiar! Todavía· hoy, basta que un hombre os hable con su voz de señor para que agachéis la cabeza. ¿Y qué pasa? ¿Un poco de sangre en sus manos? ¡Valiente cosa! Es menester sangrar para convencernos, también sangraré yo. (Levanta al aire las manos, que comienzan a sangrar.)

GOETZ. — ¿Quién eres?

KARL. — Profeta como tú. GOETZ. — Profeta de odio!

KARL. — Es el único camino que lleva al amor.

GOETZ. - Pero te reconozco. Eres Karl, mi criado.

KARL. — Para servirte.

GOETZ. — Un criado-profeta. ¡Es cómico!

KARL. — No más cómico que un general-profeta.

GOETZ (descendiendo los escalones). — Déjame ver tus manos. (Les da vuelta.) Pardiez. Este hombre escondía en sus man-

gas vejigas llenas de sangre.

KARL. — Déjame ver las tuyas. (Las mira.) Este hombre rasca con sus uñas viejas cicatrices para hacer brotar unas cuantas gotas de pus. Vamos, hermanos, ponednos a prueba y decidid cuál de los dos es profeta.

RUMORES. — Sí... Sí...

KARL. — ¿Sabes hacer esto? (Hace florear una vara.) ¿Y esto? (Saca un conejo de su sombrero.) ¿Y esto? (Se rodea de humo.) Muéstranos lo que sabes hacer.

GOETZ. — Juegos de manos que he visto cien veces en las pla-

za's públicas. Yo no soy juglar.

UN CAMPESINO. — Un profeta debe saber hacer lo que un ju-

glar.

GOETZ. — No entraré en competencia de milagros con mi ayuda de cámara. Hermanos míos: antes de ser profeta, fui general. Ahora se trata de guerra; si no le creéis al profeta, tened confianza en el general.

KARL. — Confiaréis en el general cuando el general haya pro-

bado que no es un traidor.

GOETZ. — Ingrato. Por amor a ti y a tus hermanos me he despojado de mis bienes.

KARL. — ¿Por amor a mí?

GOETZ. — Sí, por amor a ti, que me odias.

KARL. — ¿De modo que me amas? GOETZ. — Sí, hermano mío, te amo.

KARL (triunfante). — ¡Se ha traicionado, hermanos! ¡Nos miente! Mirad mi jeta y decidme cómo podría amarme nadie. Y vosotros, muchachos, todos vosotros, ¿creéis que sois amables? GOETZ. — ¡Idiota! Si no los amase, ¿por qué iba a darles mis tierras?

KARL. — En efecto. ¿Por qué? Toda la cuestión está ahí. (Bruscamente.) ¡Dios! ¡Dios que penetra en los riñones y en las almas, socorro! Te presto mi cuerpo y mi boca para que nos digas por qué Goetz, el bastardo, ha dado sus tierras. (Comienza a lanzar gritos espantosos.)

LOS CAMPESINOS. — ¡Dios está en él! ¡Dios va a hablar! (Se arrodillan.)

GOETZ. — ¡Dios! ¡Sólo esto faltaba!

KARL (ha cerrado los ojos y habla con una voz extraña, que parece no pertenecerle). — ¡Hola! ¡Oh! ¡Oh!, ¡la tierra!

LOS CAMPESINOS. — ¡Hola, oh! ¡Hola, oh!

KARL (el mismo juego). — Aquí, Dios os veo; hombres, os veo.

LOS CAMPESINOS. — ¡Ten piedad de nosotros!

KARL (el mismo juego). — ¿Está ahí Goetz?

UN CAMPESINO. — Sí, Padre nuestro, a la derecha, un poco detrás de ti.

KARL (el mismo juego). — ¡Goetz! ¡Goetz! ¿Por qué les diste tus tierras? ¡Responde!

GOETZ. — ¿A quién tengo el honor de hablar? KARL (el mismo juego). — Soy aquel que soy.

GOETZ. — Pues bien; si eres quien eres, es que sabes lo que sabes y debes saber por qué hice lo que hice.

LOS CAMPESINOS (amenazadores). — ¡Uh! ¡Uh! ¡Responde! ¡Responde!

GOETZ. — A vosotros os respondo, hermanos. A vosotros, no a él. Repartí mis tierras para que todos los hombres fueran iguales. (KARL ríe.)

LOS CAMPESINOS. - ¡Dios ríe! ¡Dios ríe!

(NASTY ha descendido los escalones y se ha colocado detrás de GOETZ.)

KARL (el mismo juego). —

Mientes, Goetz, mientes a tu Dios.

Y vosotros, hijos míos, escuchad! Haga un Señor lo que haga, nunca será vuestro igual. Y he ahí por qué os pido que los matéis a todos. Éste os ha dado sus tierras. Pero vosotros, ¿podíais darle las vuestras? Regalo del mediodía, ;hastía! Él podía escoger entre dar o guardar. Pero vosotros, ¿podíais rechazar? Al que da un beso o un golpe Devolvedle un beso o un golpe Pero al que da sin que podáis devolver Ofrecedle todo el odio de vuestro corazón Pues érais esclavos y él os avasalla Pues estabais humillados y él os humilla más. Regalo de la mañana, ¡engaña! Regalo de la tarde, ;arde!

GOETZ. — ¡Ah!, ¡hermosa prédica! ¿Quién os ha dado la vida y la luz? Dios. El don es su ley. Haga lo que haga, da. ¿Y qué es lo que podéis devolverle vosotros, que no sois más que polvo? ¡Nada! Conclusión: es a Dios a quien debes odiar.

UN CAMPESINO. — Dios es diferente.

GOETZ. — ¿Por qué nos creó a su imagen? Si Dios es generosidad y amor, el hombre, su criatura, debe ser amor y generosidad. Hermanos míos, os conjuro: aceptad mis dones y mi amistad. No os pido, oh no, gratitud; quisiera simplemente que no condenaseis mi amor como un vicio y que no me reprochaseis mis regalos como crímenes.

UN CAMPESINO. - Sigue hablando, pero en cuanto a mí, no me

gustan las limosnas.

KARL (recobrando su voz natural y señalando al mendigo). — He ahí uno que ha comprendido. Las tierras son vuestras; el que pretende dároslas, os engaña, pues da lo que no es suyo. ¡Tomadlas! Tomad y matad, si queréis ser hombres. Por la violencia nos educaremos.

GOETZ. — ¿No hay nada más que el odio, hermanos míos? Mi amor...

KARL. — Tu amor viene del diablo y pudre cuanto toca. ¡Ah!, muchachos, si pudieseis ver a las gentes de Altweiler: le han bastado tres meses para hacer de ellos unos castrados. Os amará tanto que cortará todo los testículos del país para reemplazarlos por un ramillete de violetas. No os dejéis engañar: érais bestias y la ira os ha tornado hombres; si os la quitan, volveréis a caer en cuatro patas y hallaréis de nuevo la pena muda de las bestias.

GOETZ. — ¡Nasty! ¡Ayúdame!

NASTY (señalando a KARL). — La causa está juzgada. Dios está con él.

GOETZ (estupefacto). - ¡Nasty!

LOS CAMPESINOS. -- ¡Vete! ¡Vete al diablo!

GOETZ (arrastrado por la ira). — Me voy, no temáis. Corred a la muerte; si reventáis, yo danzaré. ¡Qué horrendos sois! Pueblo de lémures y larvas, agradezco a Dios que me haya mostrado vuestras almas; pues he comprendido que me había engañado; es justo que los nobles posean la tierra, porque tienen altiva el alma; es justo que andéis a cuatro patas, villanos, porque no sois otra cosa que cerdos.

LOS CAMPESINOS (queriendo arrojarse sobre él). — ¡Muera!

:Muera!

GOETZ (arrebatando la espada a un campesino). — ¡Venid por mí!

NASTY (levantando la mano). — ¡Basta! (Silencio absoluto.) Este hombre se ha fiado a vuestra palabra. Aprended a cumplirla, incluso con el adversario.

pliria, incluso con el adversario.

(La escena se vacía poco a poco y vuelve a caer en las tinieblas. La última antorcha está clavada en la roca. NASTY la toma y va a salir.)

NASTY. - ¡Vete, Goetz, vete pronto!

GOETZ. - ¡Nasty! ¡Nasty! ¡Por qué me abandonaste?

NASTY. - Porque fracasaste.

GOETZ. - Nasty, son lobos. ¿Cómo puedes quedarte con ellos?

NASTY. — Todo el amor de la tierra está en ellos.

GOETZ. — ¿En ellos? Si has podido encontrar una brizna de amor en esas toneladas de estiércol, es que tienes buenos ojos. Yo, nada he visto.

NASTY. — Es verdad, Goetz: no has visto nada.

(Sale.)

La noche.

Rumores que se alejan, un grito remoto de mujer, luego una débil luz sobre GOETZ.

ESCENA II

GOETZ, solo

GOETZ. — ¡Reventaréis, perros! Os dañaré de manera memorable. ¡A mí, maldad mía; ven a hacerme ligero! (Pausa.) Es para reír. El Bien me ha enjuagado el alma; ni una gota de veneno ya. Perfecto; en ruta hacia el Bien, en ruta hacia Altweiler; o me ahorco o hago el Bien. Me esperan mis hijos; mis capones, mis castrados, mis ángeles de gallinero; me festejarán. Dios mío; ¡cómo me hastían! A los otros, a los lobos, es a los que amo. (Se pone en marcha.) Y bien, Señor, a ti te toca guiarme en la noche oscura. Puesto que se debe perseverar a pesar del fracaso, que todo fracaso me sea un signo, toda desventura una suerte, toda desgracia una gracia; dame le buen empleo de mis infortunios. Señor, lo creo, quiero creerlo; permitiste que el mundo me expulsara porque me quieres todo para ti.

Pues bien, Dios mío; de nuevo estamos cara a cara, como en el buen tiempo viejo en que yo hacía el mal. ¡Ah!, no debí ocuparme nunca de los hombres; estorban. Son malezas que es preciso apartar para llegar a ti. Voy a ti, Señor, voy, ando en tu noche; dame la mano. Dime: ¿la noche eres tú, verdad? ¡La noche, la ausencia desgarradora de todo! Pues tú eres aquel que está presente en la universal ausencia, aquel a quien se escucha cuando todo es silencio, aquel a quien se ve cuando va no se ve nada. Vieja noche, gran noche anterior a los seres, noche del no-saber, noche de la desgracia y el dolor, escóndeme, devora mi cuerpo inmundo, deslízate entre mi alma y yo y róeme. Quiero la desnudez, la vergüenza y la soledad del desprecio, pues el hombre está hecho para destruir al hombre en sí mismo y para abrirse como una hembra al gran cuerpo tenebroso de la noche. Mientras no lo guste todo, no tendré gusto por nada; hasta que no lo posea todo, no poseeré nada. Hasta que lo sea todo, no seré nada en nada. Me rebajaré por debajo de todos y tú, Señor, me apresarás en las redes de tu noche y me levantarás por encima de ellos. (Con una voz recia y angustiada.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es ésta tu voluntad? Este odio del hombre, este desprecio de mí mismo, ¿no los busqué ya, cuando era malo? La soledad del Bien, por qué la reconozco en la soledad del Mal? (El día ha comenzado lentamente.) Comienza el día: he atravesado tu noche. Bendito seas por darme tu luz; voy a ver claro. (Se vuelve y ve a Altweiler en ruinas. HILDA se halla sentada sobre un montón de piedras y escombros, con la cabeza entre las manos. GOETZ grita.) ; Ah!

ESCENA III

GOETZ, HILDA

HILDA (levanta la cabeza y mira). — ¡Por fin! GOETZ. — ¿Dónde están los demás? ¿Muertos? ¿Por qué? ¡Porque se negaban a pelear! HILDA. — Sí.

GOETZ. — Devuélveme mi noche, ocúltame los hombres. (Pausa.) ¿Cómo sucedió?

HILDA. — Vinieron campesinos de Walsheim, armados; nos pidieron que nos uniésemos a ellos y no quisimos.

GOETZ. — Entonces, incendiaron la aldea. ¡Perfecto! (Se echa a reir.) ¡Por qué no moriste con los demás?

HILDA. — ¿Lo lamentas?

GOETZ. — ¡Pardiez! Hubiese sido tanto más sencillo que no hubiese sobrevivientes.

HILDA. — También yo lo lamento. (Pausa.) Nos encerraron en una casa y le prendieron fuego. Estaba bien.

GOETZ. - Ší, estaba bien, estaba muy bien.

HILDA. — Finalmente, se abrió una ventana. Salté por ella. La muerte me era igual, pero quería verte de nuevo.

GOETZ. — ¿Para qué? Me hubieses vuelto a ver en el cielo.

HILDA. — No iremos al cielo, Goetz, y aun si entrásemos juntos, no tendríamos ojos para vernos, ni manos para tocarnos. Allá arriba, uno solamente se ocupa de Dios. (Se acerca para tocarlo.) Estás aquí; un poco de carne usada, rugosa, miserable, una vida, una pobre vida. Y es esta carne y esta vida lo que yo amo. Sólo se puede amar sobre la tierra y contra Dios.

GOETZ. — Yo sólo amo a Dios y ya no estoy sobre la tierra.

HILDA. — ¿Entonces, no me amas?

GOETZ. — No. Y tú tampoco, Hilda, tú tampoco me amas. Lo que crees ser amor, es odio.

HILDA. - ¿Por qué habría de odiarte?

GOETZ. — Porque crees que maté a los tuyos.

HILDA. - Fui yo quien los mató.

GOETZ. - ¿Tú?

HILDA. — Fui yo quien dijo no. Los prefería muertos antes que asesinos. ¡Oh! Goetz, ¿con qué derecho elegí por ellos?

GOETZ. — ¡Bah! ¡Haz lo que yo! Lávate las manos de toda esa sangre. No somos nada, no podemos nada en nada. El hombre sueña que obra, pero es Dios quien conduce.

HILDA. — No, Goetz, no. Sin mí, vivirían todavía.

GOETZ. — Pues bien, sea. Sin ti, tal vez. Yo nada tengo que ver en eso.

HILDA. — "Juntos tomamos la decisión y juntos soportaremos las consecuencias." Acuérdate.

GOETZ. — No estamos juntos. ¿Querías verme? Pues bien; mírame, tócame. Y ahora, vete. En mi vida miraré ya a un rostro. Sólo tendré ojos para la tierra y las piedras. (Pausa.) Te interrogué, Dios mío, y me respondiste. Bendito seas por haberme revelado la malignidad de los hombres. Castigaré sus faltas en

mi propia carne, atormentaré este cuerpo por el hambre, el frío v el látigo; a fuego lento, a muy lento fuego. Destruiré al hombre, pues lo creaste para que fuera destruido. Éste era mi pueblo; un pueblo pequeñito, una sola aldea, casi una familia. Mis vasallos están muertos y yo, el vivo, muero para el mundo y pasaré el resto de mi vida meditando sobre la muerte. (A HILDA.) ¿Todavía estás aquí? Vete. Ve a buscar en otra parte la miseria y la vida.

HILDA. — El más miserable eres tú; aquí está mi sitio. Y aquí me quedaré.

TELÓN

DÉCIMO CUADRO

La aldea en ruinas, seis meses más tarde.

ESCENA I

HILDA, luego HEINRICH

(Sentada en el mismo lugar que en el cuadro precedente, HILDA mira bacia la carretera. Se adivina de pronto que ve venir a alguien. Se vergue a medias y espera. Entra HEINRICH. Trae el sombrero adornado con flores y un ramo en la mano.)

HEINRICH. — Ya estamos. (Se vuelve bacia un personaje invisible.) Quitate la gorra. (A HILDA.) Me llamo Heinrich; antaño dije misas, ahora vivo de limosnas. (Al diablo.) ;Adónde corres? Ven acá. (A HILDA.) Cuando huele la muerte, está en lo suyo. Pero no haría daño a una mosca.

HILDA. — Hoy hace un año y un día, ¿verdad? ¿Un año y un día desde lo de Worms?

HEINRICH. - ¿Quién te lo dijo?

HILDA. — He contado los días.

HEINRICH. - ¡Te han hablado de mí?

HILDA. - Sí. Hacè tiempo.

HEINRICH. — Hermoso día, ¿eh? Recogi estas flores en el camino, es un ramo de aniversario. (Se las ofrece.)

HILDA. — No las quiero. (Las deja a su lado.)

HEINRICH. — No hay que tener miedo de las gentes felices. HILDA. - Tú no eres feliz.

HEINRICH. — Te digo que hoy es fiesta; anoche dormí. Vamos,

hermanita, tienes que sonreírme; amo a todos los hombres salvo a uno y quiero que todo el mundo esté contento. (Bruscamente.) Ve a buscarlo. (Ella no se mueve.) ¡Vamos! No le hagas esperar.

HILDA. — El no te espera.

HEINRICH. — ¿Él? Me sorprendes. Somos un par de amigos y apuesto a que se ha hermoseado para recibirme.

HILDA. — Perdónalo. Toma tu ramo y vete.

HEINRICH (al diablo). — ;La oyes?

HILDA. -- Deja a tu diablo; no creo en él.

HEINRICH. — Yo tampoco.

HILDA. — ¿Y entonces?

HEINRICH (riendo). — ¡Ja! ¡Ja! ¡Eres una niña!

HILDA. — El que te ofendió no existe ya: murió para el mundo. Ni siquiera te reconocería y estoy segura de que tampoco tú podrías reconocerle. Buscas a un hombre y encontrarás a otro.

HEINRICH. — Tomaré lo que encuentre.

HILDA. — Perdónale, te lo suplico. ¿Para qué habrías de dañarme a mí, que nada te he hecho?

HEINRICH. — No pienso danarte; me gustas mucho.

HILDA. — Sangraré por todas las heridas que a él le hagas.

HEINRICH. - ¿Lo amas?

HILDA. — Sí.

HEINRICH. — ¿Se puede, pues, amarlo? Es cómico. (Ríe.) Yo... y muchos ensayamos. Pero sin éxito. ¿Te quiere él?

HILDA. — Me amó mientras se amó a sí mismo.

HEINRICH. — Si te ama, lamentaré menos hacerte su rir.

HILDA. — Perdónale sus ofensas y Dios te perdonará las tuyas. HEINRICH. — Pero si no tengo el menor deseo de que Él me

perdone. La condenación tiene sus lados buenos; todo está en acostumbrarse. Yo me he acostumbrado. Todavía no estoy en el infierno y ya tengo mis pequeñas costumbres de condenado.

HILDA. — ¡Pobre hombre!

HEINRICH. — ¡No! ¡No! ¡No! No soy un pobre hombre. Soy feliz, te digo que soy feliz. (Parisa.) ¡Vamos! Llámalo. (Ella se calla.) Es mejor que seas tú quien lo llame; tendrá la sorpresa de verme. ¿No quieres? Lo llamaré yo entonces. ¡Goetz! ¡Goetz! ¡Goetz!

HILDA. — No está aquí.

HEINRICH. - ¿Dónde está?

HILDA. — En el bosque. A veces permanece allí semanas enteras.

HEINRICH. — ¿Lejos de aquí?

HILDA. — A veinticinco leguas.

HEINRICH (al diablo). — ¡Le crees tú? (Cierra los ojos y escucha

lo que le sopla el diablo.) Sí. Sí. Sí. (Sonrie maliciosamente.

Luego:) Bueno, ¿cómo podré encontrarlo?

HILDA. — Busca, buen cura, busca. Tu camarada sabrá guiarte. HEINRICH. — Dios te guarde, hermana. (Al diablo.) ¡Vamos, tú! (Desaparece. HILDA se queda sola, siguiéndole con la mirada.)

ESCENA II

HILDA, GOETZ

(Entra GOETZ trayendo un azote en la mano derecha y un cántaro en la izquierda. Parece agotado.)

GOETZ. — ¿Quién me llama? (HILDA no responde.) Alguien me llamaba. Oí su voz.

HILDA. — Siempre oyes voces cuando ayunas.

GOETZ. — ¿Y esas flores?

HILDA. — Las recogí yo.

GOETZ. — No lo haces muy a menudo. (Pausa.) ¿Qué día es hoy? ¿En qué día del año estamos?

HILDA. — ¿Por qué me lo preguntas?

GOETZ. — Alguien debía venir este otoño.

HILDA. - ¿Quién?

GOETZ. — No lo sé ya. (Pausa.) Dime: ¿qué día? Qué día y qué mes.

HILDA. — ¿Crees que yo cuento los días? Ya sólo hay uno, siempre recomenzado; nos lo dan al alba y nos lo retiran a la noche. Tú eres un reloj detenido que repite siempre la misma hora.

GOETZ. — ¿Detenido? No; yo avanzo. (Agita el cántaro.) ¿Qué? Murmura. El agua hace una música angelical; tengo el infierno en la garganta y el paraíso en los oídos.

HILDA. — ¿Cuánto hace que no bebes?

GOETZ. — Tres días. Debo aguantarme hasta mañana.

HILDA. — ¿Por qué hasta mañana?

GOETZ (riendo con aire idiota). — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Es preciso! ¡Es preciso! (Pausa. Mueve el cántaro.) ¡Clap! ¡Clap! ¿Eh? No conozco ruido más desagradable para un hombre que se muere de sed.

HILDA. — Diviértete, mima tus deseos. ¡Beber cuando se tiene sed, sería demasiado simple! Si no mantuvieses incesantemente una tentación en tu alma, correrías el riesgo de olvidarte.

GOETZ. — ¿Cómo podría vencerme si no me tentase?

HILDA. — Oh, Goetz; ¿es posible que creas vivir este día por

primera vez? El cántaro, el ruido del agua, esos pellejos blancos sobre tus labios, lo conozco todo de memoria. ¿No sabes, acaso, lo que va a pasar?

GOETZ. — Aguantaré hasta mañana por la mañana; eso es todo.

HILDA. — Jamás has podido aguantar hasta el fin porque te impones pruebas demasiado largas. Vas a remover ese cántaro hasta que caigas. Y cuando caigas, yo te haré beber.

GOETZ. — ¿Quieres algo nuevo? Mira. (Inclina el cántaro.) Las flores tienen sed. Bebed, flores, bebed mi agua; que el cielo visite vuestras pequeñas gargantas de oro. ¿Ves? Renacen. La tierra y las plantas aceptan mis dones; sólo los hombres los rechazan. (Voltea el cántaro.) Ya está; no hay modo ya de beber. (Ríe y repite penosamente.) No hay modo... No hay modo...

HILDA. — ¿Es la voluntad de Dios que caigas en la chochez? GOETZ. — Seguro. Es menester destruir al hombre, ¿verdad? (Arroja el cántaro.) ¡Bueno, y ahora, hazme beber! (Cae.)

HILDA (lo mira fríamente y luego se echa a reír). — Piensas que siempre tengo agua de reserva; te conozco. (Va a buscar un cántaro lleno, regresa y levanta la cabeza de GOETZ.) Anda, bebe.

GOETZ. — No, hasta mañana.

HILDA. — Dios te desea maniático y chocho, pero no muerto.

Tienes, pues, que beber.

GOETZ. — Hago temblar a Alemania y heme aquí de espaldas como un crío en las manos de su nodriza. ¿Estás satisfecho, Señor? ¿Conoces peor abyección que la mía? Hilda, tú que lo prevés todo, ¿sabes lo que vendrá después si sacio mi sed?

HILDA. — Sí, lo sé; el gran juego, la tentación de la carne.

Querrás acostarte conmigo.

GOETZ. — ¿Y, sin embargo, quieres que beba?

HILDA. — Ší.

GOETZ. - ;Y si me arrojase sobre ti?

HILDA. — ¿En el estado en que estás? Vamos, todo está regulado como en la misa; gritarás injurias y obscenidades y para terminar te azotarás. Bebe.

GOETZ (tomando el cántaro). — ¡Otra derrota! (Bebe.) El cuerpo es una perrería. (Bebe.)

HILDA. — El cuerpo es bueno. La perrería es tu alma.

GOETZ (dejando el cántaro). — Se fue la sed; me siento vacío. (Pausa.) Tengo sueño.

HILDA. — Duerme.

GOETZ. — No, porque tengo sueño. (La mira.) Muéstrame tus

senos. (Ella no se mueve.) Vamos, muéstramelos, tiéntame; hazme morir de deseo. ¿No? ¡Ah, zorra! ¿Por qué?

HILDA. — Porque te amo.

GOETZ. — ¡Pon tu amor al rojo, húndelo en mi corazón de manera que abrase y humee! Si me amas, debes atormentarme.

HILDA. — Soy tuya; ¿por qué habría de hacer de mi cuerpo un instrumento de tortura?

GOETZ. — Si vieses en mí, me aplastarías la jeta. Mi cabeza es un aquelarre en el que todas las brujas son tú.

HILDA (riendo). — Presumes.

GOETZ. — Quisiera que fueses una bestia para cubrirte como una bestia.

HILDA. — ¡Cómo sufres siendo hombre!

GOETZ. — No soy un hombre, no soy nada. Sólo hay Dios. El hombre es una ilusión óptica. Te asqueo, ¿eh?

HILDA (tranquilamente). — No, porque te amo.

GOETZ. — ¿Y no ves que trato de envilecerte?

HILDA. — Ší, porque soy tu bien más precioso. GOETZ (colérico). — ¡No estás jugando el juego!

HILDA. - No, no lo juego.

GOETZ. — Mientras estés a mi lado, no me sentiré totalmente inmundo.

HILDA. — Por eso me quedo.

(GOETZ se levanta penosamente.)

GOETZ. — Si te tomo en mis brazos, ¿me rechazarás?

HILDA. — No.

GOETZ. — ¿Aunque me acerque a ti con el corazón henchido de inmundicias?

HILDA. — Si te atreves a tocarme, es porque tu corazón está puro.

GOETZ. — Hilda, ¿cómo se puede amar sin vergüenza? El pecado de concupiscencia es el más abyecto.

HILDA. — Mírame, mírame bien, mira mis ojos, mis labios, mi pecho, mis brazos: ¿soy yo un pecado?

GOETZ. — Eres bella. La Belleza es el Mal.

HILDA. — ¿Estás seguro?

GOETZ. — Ya no estoy seguro de nada. (Pausa.) Si sacio mis deseos, peco pero no me libero de ellos; si me niego a satisfacerlos, infectan toda el alma... Cae la noche; en el crepúsculo hay que tener buena vista para distinguir a Dios del diablo. (Se aproxima, la toca y se aleja bruscamente.) ¿Acostarme contigo bajo el ojo de Dios? No, no me gustan los veedores. (Pausa.) Si conociese una noche bastante profunda para ocultarnos a su mirada...

HILDA. — El amor es una noche; a las gentes que se aman, Dios no las ve.

(GOETZ vacila y luego retrocede.)

GOETZ. — Dadme los ojos del lince de Beocia para que mi mirada penetre bajo esta piel. Muéstrame lo que se oculta en sus narices y en sus orejas. ¿Cómo puedo desear yo, a quien repugna tocar con el dedo el estiércol, tener entre mis brazos al saco mismo de los excrementos?

HILDA (violentamente). — Más inmundicias hay en tu alma que en mi cuerpo. Es en tu alma en donde están la fealdad y la suciedad de la carne. Yo no necesito la mirada del lince; te he curado, te he lavado, he conocido el olor de tu fiebre. ¿Y he dejado de amarte? Cada día te pareces un poco más al cadáver que serás y te amo siempre. Si mueres, me acostaré contra ti y me quedaré ahí hasta el fin, sin comer ni beber; te pudrirás entre mis brazos y te amaré carroña, pues no se ama nada si no se ama todo.

GOETZ (tendiéndole el azote). — Azótame. (HILDA se encoge de hombros.) Vamos, azota, azota, venga en mí a Catalina muerta, tu juventud perdida y todas esas gentes que ardieron por mi culpa.

HILDA (estallando de risa). — Sí, te azotaré, sucio monje, te azo-

taré porque has arruinado nuestro amor.

(Toma el azote.)

GOETZ. — En los ojos, Hilda, en los ojos.

ESCENA III

Ls mismos, HEINRICH

HEINRICH. — ¡Azota! ¡Azota! Obra como si yo no estuviera aquí. (Avanza. A HILDA.) El camarada me aconsejó que diese un paseíto y regresase suavemente. No es posible engañarle, ¿sabes? (A GOETZ.) Quería impedir que nos viésemos de nuevo. ¿Es verdad que no me esperabas?

GOETZ. — ¿Yo? Contaba los días.

HILDA. — ¿Los contabas? ¡Oh! Goetz, me mentiste. (Lo mira.) ¿Qué tienes? Tus ojos brillan. Ya no eres el mismo.

GOETZ. — Es el placer de verlo nuevamente.

HILDA. — Curioso placer; va a hacerte todo el daño que pueda. GOETZ. — Prueba de que me ama. Estás celosa, ¿eh? (Ella no responde. Él se vuelve hacia HEINRICH.) ¿Las flores, las recogiste tú?

HEINRICH. — Sí, para ti.

GOETZ. — Gracias. (Recoge el ramo.)

HEINRICH. - Feliz aniversario, Goetz.

GOETZ. — Feliz aniversario, Heinrich.

HEINRICH. — Probablemente, morirás esta noche.

GOETZ. - ; De verdad? ; Por qué?

HEINRICH. — Los campesinos te buscan para matarte. Fue menester que vo corriera para llegar antes que ellos.

GOETZ. - ¡Matarme! ¡Demonios! Es hacerme mucho honor; me creía perfectamente olvidado. ¿Y por qué quieren matarme?

HEINRICH. — El jueves último, en la llanura de Gunsbach. los barones hicieron picadillo al ejército de Nasty. Veinticinco mil muertos: la derrota total. En dos o tres meses, la rebelión estará aplastada.

GOETZ (violentamente). - ¡Veinticinco mil muertos! ¡No había que librar esa batalla! ¡Imbéciles! Hubiesen debido . . . (Se calma.) ¡Al diablo! Nacimos para morir. (Pausa.) ¡Naturalmente, me echan la culpa de todo?

HEINRICH. — Dicen que hubieras evitado la matanza encargándote del mando de las tropas. Puedes estar contento; eres el hombre más odiado de Alemania.

GOETZ. — ¿Y Nasty? ¿Se halla en fuga? ¿Prisionero? ¿Muerto? Heinrich. — Adivina.

GOETZ. — ¡Ve a que te empalen! (Se sume en sus pensamientos.)

HILDA. — ¿Saben que está aquí?

HEINRICH. — Sí.

HILDA. — ¿Quién se lo dijo? ¿Tú? HEINRICH (señalando al diablo). — Yo no, él.

HILDA (dulcemente). — ¡Goetz! (Le toca el brazo.) ¡Goetz! GOETZ (sol resaltado). — ;Eh? ;Qué?

HILDA. — No puedes quedarte aquí.

GOETZ. - Por qué no? Hay que pagar, verdad? HILDA. — Nada tienes que pagar; tú no eres culpable.

GOETZ. — Métete en tus cosas!

HILDA. - Esto es cosa mía. Goetz, hay que partir.

GOETZ. — ; Adónde?

HILDA. — No importa adónde, con tal de que estés seguro. No tienes derecho a hacerte matar.

GOETZ. - No.

HILDA. — Sería hacer trampa.

GOETZ. - ¡Ah, sí!; hacer trampa... ;Y qué? ;No hice trampas toda mi vida? (A HEINRICH.) Tú, comienza tu requisitoria; es el momento, estoy a punto

HEINRICH (señalando a HILDA). — Dile que se vava.

HILDA. — Tendrás que hablar delante de mí, no lo dejaré.

GOETZ. — Tiene razón, Hilda, este proceso debe juzgarse a puerta cerrada.

HILDA. — ¿Qué proceso?

GOETZ. — El mío.

HILDA. — ¿Por qué permites que te hagan ese proceso? Ex-

pulsa a este sacerdote y abandonemos la aldea.

GOETZ. — Hilda, necesito que me juzguen. Todos los días, a todas horas, me condeno, pero no llego a convencerme porque me conozco demasiado para tenerme confianza. Ya no veo mi alma, porque tengo metidas las narices en ella; necesito que alguien me preste sus ojos.

HILDA. — Toma los míos.

GOETZ. — Tampoco tú me ves; me amas. Heinrich me detesta, luego puede convencerme. Cuando mis pensamientos salgan de su boca, creeré en ellos.

HILDA. — Si me voy ahora, ¿me prometes huir luego conmigo?

GOETZ. — Sí, si gano mi proceso.

HILDA. — Bien sabes que has decidido perderlo. Adiós, Goetz. (Se le acerca, lo besa γ sale.)

ESCENA IV

GOETZ - HEINRICH

GOETZ (arrojando el ramo). — ¡Pronto, a la obra! Hazme todo el mal que puedas.

HEINRICH. — No es así como yo te imaginaba.

GOETZ. — Valor, Heinrich, la tarea es fácil. La mitad de mí mismo es tu cómplice contra la otra mitad. Anda, húrgame hasta el ser, ya que es mi ser lo que se halla en entredicho.

HEINRICH. — ¿Es cierto, pues, que quieres perder?

GOETZ. — No, no tengas miedo. Sólo que prefiero la desesperación a la incertidumbre.

HEINRICH. — Pues bien ... (Pausa.) Espera; una laguna en mi memoria. Sufro de estas ausencias; ahora lo recordaré. (Se pasea agitadamente.) Y, sin embargo, había tomado mis precauciones; esta mañana lo repasé todo en la cabeza... Es culpa tuya; no eres como deberías ser. Debías estar coronado de rosas y triunfantes los ojos; entonces, yo hubiera arrojado tu corona y pisoteado tu triunfo. Finalmente, habrías caído de rodillas..., Dónde está tu insolencia? Estás casi muerto..., qué placer quieres que encuentre rematándote? (Con rabia.) ¡Ah, todavía no soy suficientemente malo!

GOETZ (riendo). — Te crispas, Heinrich; sosiégate, no te apresures. HEINRICH. — No tengo un minuto que perder. Te digo que pisan tus talones. (Al diablo.) Sóplame, sóplame, ayúdame a odiarlo. (Quejumbrosamente.) Jamás está a mi lado cuando lo necesito.

GOETZ. — Voy a soplarte yo. (Pausa.) Las tierras.

HEINRICH. - ¿Las tierras?

GOETZ. - ¿Cometí un error al darlas?

HEINRICH. — ¡Ah! Las tierras... Pero si no las diste; sólo se

puede dar lo que se tiene.

GOETZ. — ¡Bien dicho! La posesión es una amistad entre el hombre y las cosas; pero en mis manos, las cosas aullaban. Nada di. Públicamente leí un acto de donación y eso fue todo. No obstante, cura, si es verdad que jamás di mis tierras, también es verdad que los campesinos las recibieron. ¿Qué respondes a esto?

HEINRICH. — No las recibieron, puesto que no pueden conservarlas. Cuando los barones hayan invadido el dominio e instalado a cualquier primo de Conrad en el castillo de los

Heidenstamm, ¿qué quedará de toda esta fantasmagoría?

GOETZ. — Enhorabuena. Ni dadas ni recibidas; es mucho más simple. Las pistolas del diablo se trocaban en hojas muertas cuando se quería gastarlas; mis buenas obras se les parecen; cuando se las toca, se convierten en cadáveres. Pero, de todos modos, ¿qué dices de la intención? ¿Eh? Si verdaderamente tuve la intención de hacer el Bien, ni Dios ni el diablo pueden quitármela. Ataca la intención. Róela.

HEINRICH. — No será difícil: como no podías gozar de esos bienes, quisiste elevarte por encima de ellos simulando des-

pojarte

GOETZ. — Oh, voz de bronce, publica, publica mi pensamiento: ya no sé si te escucho o si soy yo quien habla. ¿Así, pues, todo era simple mentira y comedia? No obré, hice gestos. ¡Ah!, cura, me rascas donde me pica. ¿Y después? ¿Después? ¿Qué hizo el comicucho? ¡Vamos, te cansas muy proporte.

HEINRICH (contagiado del frenesi de GOETZ). — Diste para

destruir.

GOETZ. — ¡Acertaste! No me bastaba con haber asesinado al heredero...

HEINRICH (el mismo juego). — Quisiste pulverizar la herencia. GOETZ. — Levanté en el puño el viejo dominio de Heidenstamm...

HEINRICH (el mismo juego). — Y lo arrojaste contra el suelo para reducirlo a briznas.

GOETZ. — Quise que mi bondad fuese más devastadora que mis vicios.

HEINRICH. — ¡Y lo lograste; veinticinco mil cadáveres! En un día de virtud causaste más muertos que en treinta y cinco años de malicia.

GOETZ. — Agrega que esos muertos son pobres; los mismos a quienes simulé ofrecer los bienes de Conrad.

HEINRICH. — ¡Diablo! Los detestaste siempre.

GOETZ (levantando el puño). — ¡Perro! (Se detiene y se echa a reir.) Ouise pegarte: señal de que estás en lo cierto. ¡Ja! Ahí, pues, me aprieta el zapato. ¡Insiste! Acúsame de detestar a los pobres y de haber explotado su gratitud para avasallarlos. Antaño violaba las almas mediante la tortura, ahora las violo mediante el Bien. Hica de esta aldea un ramillete de almas marchitas. Pobres gentes; me imitaban y yo imitaba la virtud; murieron como mártires inútiles, sin saber por qué. Escucha, cura: vo había traicionado a todo el mundo, v a mi hermano; pero no había saciado mi apetito de traición; entonces, una noche, bajo las murallas de Worms, inventé traicionar al Mal. Y ésta es toda la historia. Sólo que el Mal no se deja traicionar tan fácilmente; no fue el Bien lo que salió del cubilete de los dados, sino un Mal peor. ¡Por lo demás, qué importa! : Monstruo o santo, me importaba un bledo! Lo que deseaba era ser inhumano. Di, Heinrich, di que estaba enloquecido por la verguenza y que quise sorprender al cielo para escapar del desprecio de los hombres. ¿Vamos, qué esperas? :Habla! ;Ah!, es verdad, no puedes hablar; si es tu voz la que habla por mi boca. (Imitando a HEINRICH.) No has cambiado de piel, Goetz, has cambiado de lenguaje. Llamaste amor a tu odio a los hombres y generosidad a tu rabia destructora. Pero has seguido siendo semejante a ti mismo; semejante: nada más que un bastardo. (Recobrando su voz natural.) Dios mío, doy testimonio de que él dice la verdad; yo, el acusado, me reconozco culpable. He perdido mi proceso, Heinrich. ¿Estás contento? (Titubea y se apoya contra el muro.)

HEINRICH. — No.

GOETZ. - Eres difícil.

HEINRICH. — ¡Ah! Dios mío: ¿es ésta mi victoria? ¡Qué triste es!

GOETZ. — ¿Qué harás cuando yo esté muerto? Te voy a hacer falta.

HEINRICH (señalando al diablo). — Éste me dará mucho que hacer. No tendré tiempo de pensar en ti.

GOETZ. — ¿Al menos estás seguro de que quieren matarme?

HEINRICH. - Seguro.

GOETZ. — ¡Buenas gentes! Les tenderé el cuello, y terminará todo: buena limpieza para todo el mundo.

HEINRICH. — Nada termina nunca.

GOETZ. — ¿Nada? ¡Ah!, sí, hay el infierno. Bueno, al menos será un cambio.

HEINRICH. — No habrá tal cambio; estás en él. (Señalando al diablo.) El compadre me ha enseñado que la tierra es apariencia; no hay más que el cielo y el infierno. La muerte es un engañabobos para las familias; para el difunto, todo continúa.

GOETZ. - ¿Todo va a continuar para mí?

HEINRÍCH. — Todo. Gozarás de ti mismo durante la Eternidad.

GOETZ. — Qué próximo parecía el Bien, cuando yo era malvado. No había más que tender los brazos. Los tendí y se convirtió en corriente de aire. ¿Era, pues, un espejismo? Heinrich, Hein-

rich, ¿el Bien es posible?

HEINRICH. — ¡Feliz aniversario! Hace un año y un día que me hiciste la misma pregunta. Y te respondí que no. Era de noche, tú reías mirándome y decías: "Pareces una rata". Luego, saliste del paso con una jugada de dados. ¿Y ahora, ves? Es de noche, una noche semejante a aquélla y, ¿quién está en la ratonera?

GOETZ (bufonesco). — Yo.

HEINRICH. — Podrás salir?

GOETZ (dejando la bufonería). — No. No saldré. (Se pasea.) Señor, ¿si nos niegas los medios para hacer el Bien, por qué nos das el aspero deseo de hacerlo? ¿Si no permitiste que yo me hiciese bueno, por qué me quitaste el deseo de ser malo? (Se pasea.) Es curioso, de todos modos, que no haya una salida. HEINRICH. — ¿Para qué simulas hablarle? Bien sabes que no

responderá.

GOETZ. — ¿Y por qué ese silencio? Él, que se hizo presente a la burra del profeta, ¿por qué se niega a mostrárseme?

HEINRICH. — Porque tú no cuentas. A Dios le importa un bledo que tortures a los débiles o te martirices a ti mismo, que beses los labios de una cortesana o los de un leproso, que mueras de privaciones o de voluptuosidades.

GOETZ. - ¿Quién cuenta, entonces?

HEINRICH. — Nadie. El hombre es nada. No te hagas el sorprendido; siempre lo supiste. Lo sabías cuando echaste los dados. ¿Por qué, si no, hubieses hecho trampa? (GOETZ trata de hablar.) Hiciste trampa: Catalina te vio: forzaste la voz para cubrir el silencio de Dios. Las órdenes que pretendes recibir, eres tú quien las envía.

GOETZ (reflexionando). — Sí, yo.

HEINRICH (sorprendido). — Pues sí. Tú mismo.

GOETZ (el mismo juego). - Sólo yo.

HEINRICH. — Sí, te digo que sí.

GOETZ (levantando la cabeza). — Sólo yo, cura, tienes razón. Sólo yo. Yo suplicaba, mendigaba un signo, enviaba al cielo mis mensajes; y no había respuesta. El cielo ignora hasta mi nombre. A cada minuto me pregunto lo que podía ser yo a los ojos de Dios. Ahora sé la respuesta: nada. Dios no me ve, Dios no me oye, Dios no me conoce. ¿Ves ese vacío por encima de nuestras cabezas? Es Dios. ¿Ves esa brecha en la puerta? Es Dios. ¿Ves ese hueco en la tierra? También es Dios. El silencio, es Dios. La ausencia, es Dios. Dios es la soledad de los hombres. Estaba yo solo; yo solo decidí el Mal; solo, inventé yo el Bien. Fui yo quien hizo trampa, yo quien hizo milagros, yo quien me acuso hoy, sólo yo puedo absolverme; yo, el hombre. Si Dios existe, el hombre es nada; si el hombre existe... ¿Adónde corres?

HEINRICH. — Me voy; ya nada tengo que hacer contigo.

GOETZ. — Espera, cura; voy a hacerte reír.

HEINRICH. - Cállate!

GOETZ. — Pero si todavía no sabes lo que voy a decir. (Lo mira y bruscamente.) ¡Tú lo sabes!

HEINRICH (gritando). — ¡No es verdad! No sé nada, no quiero saber nada.

GOETZ. — Heinrich, voy a darte a conocer una importante travesura; Dios no existe. (HEINRICH se arroja sobre él y le pega. GOETZ ríe y grita bajo los golpes.) Dios no existe. ¡Alegría, lágrimas de alegría! ¡Aleluya! ¡Loco! No pegues; te estoy libertando, y libertándome. No más cielo; no más infierno; sólo la Tierra.

HEINRICH. — ¡Ah! ¡Que me condenen cien veces, mil veces, pero que exista! Goetz, los hombres nos han llamado traidores y bastardos; y nos han condenado. Si Dios no existe, no hay manera ya de escapar a los hombres. ¡Dios mío, este hombre ha blasfemado; pero yo creo en ti, yo creo! Padre Nuestro que estás en los Cielos, prefiero ser juzgado por un ser infinito y no por mis iguales.

GOETZ. — ¿A quién hablas? Acabas de decir que Él era sordo. (HEINRICH lo mira en silencio.) Ya no hay manera de escapar a los hombres. Adiós los monstruos, adiós los santos. Adiós

el orgullo. Sólo hay hombres.

HEINRICH. — Hombres que te rechazan, bastardo.

GOETZ. — ¡Bah! Ya me las arreglaré. (Pausa.) Heinrich, no he perdido mi proceso; no hay lugar a proceso por falta de juez. (Pausa.) Lo recomienzo todo.

HEINRICH (sobresaltado). — ; Recomienzas qué?

GOETZ. — La vida.

HEINRICH. — Sería demasiado cómodo. (Se lanza sobre él.) No recomenzarás. Todo acabó para ti; hoy es el día del balance.

GOETZ. — Déjame, Heinrich, déjame. Todo ha cambiado, quiero vivir. (Trata de escapar de las manos de HEINRICH.)

HEINRICH (estrangulándolo). — ¿Dónde está tu fuerza, Goetz, dónde está tu fuerza? ¡Qué suerte que quieras vivir; morirás en la desesperación! (GOETZ, debilitado, intenta vanamente rechazarlo.) Que toda tu parte de infierno se concentre en este último instante.

GOETZ. — ¡Suéltame! (Debatiéndose.) ¡Si uno de nosotros ha de morir, que seas tú!

(Lo hiere con un cuchillo.)

HEINRICH. — ¡Ah! (Pausa.) No quiero dejar de odiarte, no quiero dejar de sufrir. (Cae.) No habrá nada, nada, nada. Y tú, mañana, verás el día.

(Mucre.)

GOETZ. — Has muerto y el mundo sigue igualmente lleno; no le faltarás a nadie. (Toma las flores y las arroja sobre el cadáver.) La comedia del Bien ha terminado con un asesinato; tanto mejor, ya no podré retroceder. (Llamando.) ¡Hilda! ¡Hilda!

ESCENA V

HILDA, GOETZ

GOETZ. - Dios ha muerto.

HILDA. — ¡Muerto o vivo, qué me importa! Hace ya mucho tiempo que no me ocupo de él. ¿Dónde está Heinrich?

GOETZ. — Se marchó.

HILDA. — ¿Ganaste tu proceso?

GOETZ. — No hubo proceso; te digo que Dios ha muerto. (La toma en sus brazos.) Ya no tenemos testigo, yo soy el único que ve tus cabellos y tu frente. Qué verdadera eres desde que El ya no es. Mírame, no dejes un momento de mirarme; el mundo ha quedado ciego; si volvieses la cabeza, tendría miedo de aniquilarme. (Ríe.) ¡Por fin solos!

(Luz. Antorchas que se aproximan.)

HILDA. — Ya están aquí. Ven.

GOETZ. — Quiero esperarlos.

HILDA. — Te matarán.

GOETZ. — ¡Bah! ¿Quién sabe? (Pausa.) Quedémonos: tengo necesidad de ver hombres.

(Las antorchas se aproximan.)

TELÓN

UNDECIMO CUADRO

El campamento de los campesinos

ESCENA ÚNICA

KARL, LA BRUJA, LOS CAMPESINOS y luego NASTY

(LA BRUJA frota a los campesinos con una mano de madera.)

NASTY (entrando). — ¿Qué haces?

LA BRUJA. — Los hombres a quienes froto con esta mano de madera se vuelven invulnerables; dan golpes sin recibirlos.

NASTY. — ¡Arroja esa mano! (Marcha sobre ella.) ¡Vamos! ¡Arrójala! (LA BRUJA se esconde detrás de KARL.) ¡Karl! ¿También tú estás metido en eso?

KARL. — Sí. Déjala.

NASTY. — Mientras yo mande, los jefes no mentirán a sus tropas.

KARL. — Entonces las tropas reventarán con sus jefes.

NASTY (a los campesinos). — ¡Despejad el campo!

(Salen. Pausa. KARL se dirige hacia NASTY.)

KARL. — ¡Vacilas, Nasty, y sueñas mientras tanto se multiplican las deserciones! El ejército pierde sus soldados como un herido su sangre. Es preciso contener la hemorragia. Y ya no tenemos derecho a ser delicados en los medios.

NASTY. — ¿Qué quieres hacer?

KARL. — Dar órdenes a todos de que se dejen frotar por esta bella muchacha. Si se creen invulnerables, se quedarán.

NASTY. — Yo había hecho de ellos hombres, tú los cambias en bestias.

KARL. — Más valen las bestias que se dejan matar en su puesto que los hombres que desertan.

NASTY. - ¡Profeta de error y de abominación!

KARL. — Pues bien, sí, soy un falso profeta. ¿Y tú, qué eres?

NASTY. — Yo no quería esta guerra...

KARL. — Es posible, pero si no pudiste impedirla es porque Dios no estaba contigo.

NASTY. — Yo no soy un falso profeta, sino un hombre al que el Señor engaño. Haz lo que quieras. (KARL sale con LA BRUJA.) Sí, Dios mío, me engañaste pues me dejaste creer que era tu elegido; pero cómo reprocharte que mientas a tus criaturas y cómo dudar de tu amor, yo que amo a mís hermanos como los amo y les miento como les miento.

(NASTY, GOETZ, HILDA y tres campesinos armados.)

NASTY (sin sorpresa). — ¡Ah, ya estáis aquí!

UN CAMPESINO (señalando a GOETZ). — Lo buscábamos para degollarlo. Pero ya no es el mismo hombre; reconoce sus errores y dice que quiere pelear en nuestras filas. Entonces, decidimos traértelo.

NASTY. — Déjanos. (Salen.) ¿Quieres pelear en nuestras filas?

GOETZ. — Sí.

NASTY. - Por qué?

GOETZ. — Os necesito. (Pausa.) Quiero ser un hombre entre los hombres.

NASTY. — ¿Nada más que eso?

GOETZ. — Ya sé que es lo más difícil. Por eso debo comenzar por el comienzo.

NASTY. — ¿Cuál es el comienzo?

GOETZ. — El crimen. Los hombres de hoy nacen criminales; debo reivindicar mi parte en sus crímenes si quiero mi porción de su amor y de sus virtudes. Quise el amor puro; necedad; amarse, es odiar al mismo enemigo; me desposaré, pues, con vuestro odio. Quise el Bien; tontería; sobre esta tierra y en estos tiempos, el Bien y el Mal son inseparables; acepto ser malvado para llegar a ser bueno.

NASTY (mirándolo). — Has cambiado.

GOETZ. — ¡Cómicamente! Perdí a alguien que me era caro.

NASTY. - Quién?

GOETZ. — Alguien que no conoces. (Pausa.) Quiero servir bajo tus órdenes como simple soldado.

NASTY. — No acepto.

GOETZ. - ¡Nasty!

NASTY. — Qué quieres que haya yo con un soldado cuando pier-

do cincuenta por día?

GOETZ. — Cuando vine a ti, orgulloso como un rico, me rechazaste y era justo porque yo pretendía que me necesitáseis. Pero ahora te digo que tengo necesidad de vosotros y si me rechazáis seréis injustos, pues es injusto rechazar a los mendigos.

NASTY. — Yo no te rechazo. (Pausa.) Desde hace un año y un

día, tu puesto te espera; ocúpalo. Mandarás el ejército.

GOETZ. ; No! (Pausa.) No nací para mandar. Quiero obedecer. NASTY. — Perfectamente. Te ordeno, entonces, que te pongas a

nuestra cabeza. Obedece.

GOETZ. — Nasty; estoy resignado a matar y me haré matar si es preciso; pero no enviaré a nadie a la muerte; ahora sé lo que es morir. No hay nada, Nasty, nada; sólo tenemos nuestra vida.

HILDA (imponiéndole silencio). - ¡Goetz! ¡Cállate!

GOETZ (a HILDA). — Sí. (A NASTY.) Los jefes están solos; yo quiero tener hombres por todas partes: en torno mío, por encima de mí, y que me oculten el cielo. Nasty, permíteme ser un desconocido.

NASTY. — Pero si eres un desconocido. ¿Crees tú que un jefe vale más que otro? Si no quieres mandar, vete.

HILDA (a GOETZ). — Acepta.

GOETZ. - No. Me bastan treinta y seis años de soledad.

HILDA. — Yo estaré contigo.

GOETZ. — Tú eres yo. Estaremos solos juntos.

HILDA (a media voz). — Si eres soldado entre los soldados, ¿les dirás que Dios ha muerto?

GOETZ. — No. HILDA. — ¿Lo ves? GOETZ. — ¿El qué?

HILDA. — Nunca serás semejante a ellos. Ni mejor ni peor: distinto. Y si os ponéis de acuerdo será por equivocación.

GOETZ. — Maté a Dios porque me separaba de los hombres y he aguí que su muerte me aísla todavía más. No permitiré que ese gran cadáver envenene mis amistades humanas; si es preciso, lo diré todo.

HILDA. - ¿Tienes derecho a robarles el valor?

GOETZ. — Lo haré poco a poco. Al cabo de un año de pacien-

HILDA (riendo). — Vamos, dentro de un año estaremos todos muertos.

GOETZ. — Si Dios no existe, por qué yo, que quisiera vivir con todos, estoy solo?

(Entran los campesinos empujando ante sí a LA BRUJA.)

LA BRUJA. — Os juro que no hace mal alguno. Si esta mano os frota, seréis invulnerables.

LOS CAMPESINOS. — Te creemos si Nasty se deja frotar.

(LA BRUJA se acerca a NASTY.)

NASTY. - ¡Vete al diablo!

LA BRUJA (a media voz). — De parte de Karl; déjame obrar o todo está perdido.

NASTY (en voz alta). - Está bien. Date prisa. (LA BRUJA lo frota. Los campesinos aplauden.)

UN CAMPESINO. — Frota también al monje.

GOETZ. - ¡Por la muerte de Dios!

HILDA (dulcemente). - Goetz!

GOETZ. - Frota, linda muchacha, frota bien fuerte.

(Acción de LA BRUJA.)

NASTY (violentamente). — ¡Idos! (Salen.)

GOETZ. - A esto has llegado, Nasty?

NASTY. — Ší.

GOETZ. - ¿Entonces, los desprecias?

NASTY. — Sólo a mí me desprecio. (Pausa.) ¿Conoces tú más extraña bufonería? Yo, que odio la mentira, miento a mis hermanos para darles el valor necesario para que se hagan matar en una guerra que yo odio.

GOETZ. — ¡Pardiez! Hilda, este hombre está tan solo como yo. NASTY. — Mucho más. Tú lo estuviste siempre. Yo era cien mil y ahora soy sólo yo. Goetz, yo no conocía ni la soledad, ni la derrota, ni la angustia y carezco de recursos contra ellas. (Entra un soldado.)

EL SOLDADO. — Los jefes quieren hablarte.

NASTY. — Que entren. (A GOETZ.) Van a decirme que ha muerto

la confianza y que ya no tienen autoridad.

GOETZ (con voz fuerte). — No. (NASTY lo mira.) El sufrimiento, la angustia, los remordimientos están bien para mí. Pero si tú sufres, se apaga la última luz, y será entonces la noche. Tomo el mando del ejército.

(Entran los jefes y KARL.)

UN JEFE. — Nasty, hay que saber concluir una guerra. Mis hombres. . .

NASTY. — Hablarás cuando te conceda la palabra. (Pausa.) Os anuncio una noticia que vale una victoria: tenemos un general y es el más famoso capitán de Alemania.

UN JEFE. — ¿Ese monje?

GOETZ. — ¡Todo menos monje!

(Se despoja del hábito y aparece vestido de soldado.)

Los Jefes. — ¡Goetz!

KARL. - ¡Goetz! ¡Pardiez! ...

UN JEFE. — ¡Goetz! ¡Eso lo cambia todo!

UN JEFE. — ¿Qué es lo que cambia, eh? ¿Qué es lo que cambia? ¡Es un traidor! Veréis cómo os hace caer en una memorable emboscada.

GOETZ. — ¡Acércate! Nasty me ha nombrado jefe y capitán. ¿Me obedecerás?

UN JEFE. - Prefiero reventar.

GOETZ. — Revienta, pues, hermano. (Lo apuñala.) Y en cuanto a vosotros, oídme: tomo el mando contra mi voluntad; pero no lo soltaré. Creedme, si hay alguna posibilidad de ganar esta guerra, la ganaré. Anunciad inmediatamente que se ahorcará a todo soldado que trate de desertar. Quiero tener esta noche un inventario completo de las tropas, las armas y los víveres; me respondéis de todo con la cabeza. Estaremos seguros de la victoria cuando vuestros hombres me teman más a mí que al

enemigo. (Los jefes tratan de hablar.) No. Ni una palabra. Id a cumplir mis órdenes. Mañana conoceréis mis planes. (Salen. GOETZ empuja el cadáver con el pie.) El reino del hombre comienza. Bonito comienzo. Vamos, Nasty, seré verdugo y carnicero.

(Tiene un breve desfallecimiento.)

NASTY (poniéndole la mano en el hombro). - Goetz...

GOETZ. — No tengas miedo, no flaquearé. Les causaré horror, ya que no tengo otra manera de amarlos; les daré órdenes, ya que no tengo otra manera de obedecerles; permaneceré solo con este vacío por encima de mi cabeza, ya que no tengo otra manera de estar con todos. Hay que hacer esta guerra y la haré.

TELÓN